

RAUL TELLEZ YAÑEZ



FRAY CAMILO HENRIQUEZ

EL PATRIOTA

RAUL TELLEZ YANEZ

FRAY CAMILO HENRIQUEZ
EL PATRIOTA

SANTIAGO DE CHILE

1945

Es propiedad Inscripción
Nº 10685

INTRODUCCION

Cuando un hombre combate por un ideal guiado por fuertes impulsos que germinan en el fondo de su alma, sale de sí al terreno de la lucha; entonces ese hombre ocupa un lugar preponderante entre los de su época.

Es el caso de Camilo Henríquez. ¿Qué sabemos nosotros de él, sino que sacó a luz la "Aurora de Chile"? Es poco decir, sin duda alguna. Nos podemos imaginar talvez, que ello no fué difícil y que por lo tanto no es grande el lugar que debe ocupar en la historia gloriosa de nuestra patria.

¿Qué puede importarnos un pobre fraile que edita un periódico?

Camilo Henríquez, no fué solamente sacerdote, sino periodista, luchador y por sobre todas las cosas gran patriota.

Había nacido para luchar, estaba destinado a gritar a voz en cuello por la independencia de su tierra, tierra hermosa y fecunda regada en todo tiempo por la sangre noble y generosa de sus hijos. Y así le cantó Ercilla:

“la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda, y belicosa,
que no ha sido por Rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida”.

Fray Camilo Henríquez, heredó el empuje de esa raza; en su alma estaba la violencia de la época.

Un sueño era la libertad, pero un sueño realizable. El lo veía. Fué visionario. Todo su ser pedía una patria libre, ajena a todo tutelaje sin ofender a su antigua dueña: España.

El mismo tenía en sus venas de la generosa y heroica sangre española, pero, por primera vez había llenado sus pulmones con el aire de la tierra de Caupolicán y de Lautaro.

Al esbozar la vida del Monje de la Buena Muerte, me guía el anhelo de dar a conocer más a fondo la vida de este Padre de la Patria que tenía su alma entregada al servicio de Dios, y su mirada fija en el porvenir de su tierra, dando ejemplo a las generaciones venideras.

Chile tiene una deuda de gratitud y que debe saldar.

Camilo Henríquez merece algo más que un simple medallón que tan sólo especifica un nombre y una fecha y que en el Parque Forestal sólo sirve para que a su alrededor juegen los niños al pillarse.

No basta una humilde pirámide en el Cementerio, la cual pasa desapercibida de todos, para recordar a aquel que dedicó su vida entera al servicio de la patria.

Confieso sinceramente que, no creí fuera tanto el olvido de nosotros, los chilenos, para con este fraile que tantas y tantas veces se jugó la vida en servicio de sus semejantes.

"A la memoria del Padre Camilo Henríquez.

"Eminente patriota.

"Fundador del diarismo.

"Uno de los más decididos defensores de la independencia.

"Nació en Valdivia el 20 de Julio de 1769 y falleció en esta Capital el 16 de Marzo de 1825".

Estas frases son sin duda expresivas, pero poco valen dada la calidad del gran patriota.

Hay silencio y paz sobre su tumba y también olvido.

Este Chile no debe continuar siendo ingrato; es su deber perpetuar la memoria de este humilde servidor por medio de un monumento digno de su persona, de su valor, de su sacrificio y de su patriotismo, hasta donde lleguen año a año los ciudadanos no a dejarle una ofrenda floral que se marchita, sino a fortalecer sus corazones con su ejemplo desinteresado e incomparable.

El lanzó el primer grito de independencia, en seguida nos dió el primer diario y la primera revista.

Meditado ésto: ¿no siente nuestro corazón un acercamiento hacia él?

Fray Camilo Henríquez, descansa en paz, pero no debe permanecer en el olvido.

Vivimos una época excepcional en la cual es necesario recordar a la generación lo que hicieron sus antepasados para darnos una patria libre y dejarnos donde actuar a nuestro gusto en busca de la felicidad.

Fueron los padres de la patria los que sobre sus hombros colocaron la responsabilidad de hacer de una colonia una nación respetada y considerada como tal.

Ellos dieron por nosotros los primeros pasos, los más difíciles y nos legaron una tierra hermosa y fértil para que la conserváramos digna y noble para siempre.

Fray Camilo fué uno de esos, junto a su corazón todo bondad reposaba dulce y tranquila la cruz de Jesucristo, pero en su mano esgrimía la espada de la libertad, la incansable espada que habría de cesar de combatir cuando las sombras de la muerte la hiciesen desprenderse suavemente de su mano.

Y así fué, murió en el sitio de combate con el ardiente anhelo de seguir sirviendo a Chile, y ese ejemplo que nos legó tenemos el deber de difundirlo a fin de que la generación presente y las venideras se empapen en esa fé y amor a la patria y sientan por ella algo más que un simple apego.

Un monumento debe perpetuar la figura de Camilo Henríquez y este deseo no es nuevo. Recuerdo que, cuando comencé a buscar datos sobre él, adquirí un facsímil de la "Aurora" que arrumbado yacía en una librería cualesquiera; entre sus hojas encontré una proclama dirigida por el gobierno al pueblo solicitando su óbolo para levantar una estatua a este Padre de la Patria; ésta no tenía firma ni fecha, pero presumo que fué cuando el centenario de la aparición del primer periódico chileno o sea el 13 de Febrero de 1912.

Digno y justo era; sin embargo dicho monumento no se ha erigido.

Pueda ser que la generación presente salde esta deuda de gratitud y de justicia, para que cuando nuestros pequeños estudiantes al recorrer el principal paseo y admirar los monumentos a O'Higgins, San Martín, Carrera etc. al

ver el del Monje de la Buena Muerte puedan exclamar: ¡Ah, este es Fray Camilo Henríquez el que tanto amó a la patria y lo dió todo por servirla!

Al hacer este bosquejo de la vida de Fray Camilo Henríquez, me he esforzado en deshechar de mi pluma toda aquella envoltura "literaria", a la que tantos se aficianan.

Creo que en las obras históricas aunque tengan un poco de novela, debe huirse de la cansadora retórica y escribir en un lenguaje claro y sencillo, al alcance de grandes y chicos.

Es lo que he tratado de hacer: ojalá lo haya conseguido.

Además de lo estrictamente histórico, me he preocupado de pintar en forma fiel y sincera el ambiente que imperaba en Chile entre las familias patriotas de aquella época. Con ese objeto —y para darle más amenidad a la natural frialdad de la Historia— he recurrido a algunos personajes imaginarios, que como no afectan la armonía del conjunto, me sentiré plenamente recompensado del esfuerzo hecho.

Raúl Téllez Y.

— I —

En su humilde habitación, sentado junto a una mesa colonial, en que arde indiferente una gruesa vela de sebo, se encuentra Fray Camilo.

Frente a él y pendiente del muro, una tosca cruz de madera, sostiene el moribundo cuerpo del Crucificado. Más allá, un estante repleto de libros completa el adorno de la habitación.

Fray Camilo revuelve una vez más los papeles que caprichosamente están esparcidos sobre la mesa. Un chisporroteo de la vela y la atención del fraile se distrae un instante en el movimiento rápido de su sombra en el muro. "Así ha sido mi vida —piensa— rápida, intranquila, rebelde".

Ahora su espíritu estaba más sereno.

¿Habría realizado todo lo que de él se esperaba?

Su naturaleza combativa, reclamábale aún más lucha, sin embargo se dominaba. Era dueño absoluto de sí mismo.

Quiso escribir algo, más, su mano negóse a hacerlo. Con cierta impaciencia dejó la pluma sobre la mesa y se encaminó a su lecho, llevando hacia él un grueso legajo.

Sentía un cansancio extraño. ¿Serían acaso achaques de la edad o el frío de una noche del crudo invierno de 1824?

No tuvo tiempo para meditarlo, sus nerviosos dedos abrieron la primera hoja del legajo y a medida que sus ojos recorrían las palabras, su pensamiento se encauzó por caminos recorridos muchos años ha.

Ahora estaba en la etapa final de su existencia. Leyó:

“En el nombre de Dios, Nuestro Señor Todopoderoso, amén.

“Sea notorio a los que la presente carta de mi testamento vieren cómo yo el señor doctor don Camilo Henríquez, natural de Valdivia, hijo lejítimo de don Félix Henríquez i de doña Rosa González, mis padres finados, que Dios tenga en gloria, estando, aunque con algunas indisposiciones, pero por la misericordia de Dios en mi acuerdo natural, creyendo como firmemente creo en el alto y divino misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo i Espíritu Santo, tres personas distintas i un solo Dios verdadero i en todos los demás misterios de fe que tiene, cree, confiesa i enseña nuestra santa madre iglesia católica, apostólica, romana, bajo cuya fe i creencia he vivido i protesto vivir i morir como fiel i católico cristiano, i temiéndome de la muerte natural, i que no me halle desprevenido, he resuelto disponer de mis bienes temporales, para lo cual invoco por mi abogada e intercesora a la serenísima reina de los ángeles María Santísima, madre de Dios i señora nuestra,

al santo ángel de mi guarda i demás cortesanos de la patria celestial para que intercedan por mí i me alcancen de la divina Majestad el perdón de mis pesados i que mi alma salga en paz a gozar de Dios, bajo cuya divina protección e invocación lo otorgo en la forma siguiente:

“1º Primeramente, encomiendo mi alma a Dios Nuestro Señor, que la creó, i redimió con el valor de su preciosísima sangre, i el cuerpo a la tierra, como oríjen de su formación; i cuando sea servido llevarme de esta presente vida a la eterna dejo a la disposición i arbitrio de mi albacea mis exequias i el beneficio espiritual de mi alma para que lo haga según lo tengo comunicado i prevenido.

“2º Item. Mando se pague lo dispuesto por el gobierno por manda forzosa.

“3º Item. Declaro que no tengo deudas pasivas.

“4º Item. Declaro debérseme por el gobierno ciento cincuenta i tantos pesos del sueldo que gozo de mil quinientos pesos como oficial mayor de la secretaria de relaciones exteriores, que recaudará mi albacea.

“5º Item. Declaro que mis bienes todos los que se hallaren por mi fallecimiento i en cualquier tiempo se conocieren por de mi propiedad, de que mi albacea se impondrá, tomando una razón estrajudicial i aposeionándose de todos ellos sin intervención de juez, pues solo la solicitará en lo que fuere necesario a su recaudación i reintegro.

“6º. Item. Declaro que doña Trinidad Gana, me ha servido i asistido en mis enfermedades, lo está haciendo i lo ha de hacer hasta el fin de mi vida; i debiendo remunerárselo, i no teniendo, como no tengo, herederos forzosos, ascendientes ni descendientes, es mi voluntad instituir-la, como desde luego por la presente la instituyo, por mi

única i universal heredera de todos mis bienes, deudas, derechos, acciones i futuras sucesiones para que los goce i herede con la bendición de Dios Nuestro Señor. La nombro por mi albacea tenedora de bienes i ejecutora de estas disposiciones. Le confiero el poder de albaceazgo en derecho necesario para que use de él todo el tiempo que necesitare y hubiere menester, aunque sea pasado el que el derecho dispone.

“Con lo cual revoco, anulo i doi por de ningún valor ni efecto otro cualesquiera testamentos, codicilos, poderes para testar i últimas disposiciones que antes de éste haya hecho por escrito o de palabra, para que no valga, ni haga fe en juicio, ni fuera de él, salvo el presente que se ha de guardar i cumplir por mi última i final voluntad”.

Eso era todo.— Los años se habían deslizado uno a uno. Se aproximaba la eterna soledad. Dió un suspiro Fray Camilo; era la noche de sus recuerdos. Valdivia, su inolvidable Valdivia que le viera nacer. Se imaginaba aquel 20 de Julio de 1769, don Félix Henríquez, su padre, sentía en el corazón la nerviosidad del que por primera vez va a escuchar los llantos de un pequeñuelo que es suyo. Su esposa, doña Rosa González, lo contemplaba tranquila, con esa dulce paz que Dios da a los que nada temen. ¡Cuán lejanos estaban ya esos tiempos! ¡Cómo el olvido había borrado en parte el camino de su existencia! El recuerdo de sus hermanos lo tenía latente en el corazón. Uno de ellos había muerto en la infancia, el otro defendiendo una de las trincheras en Octubre de 1814, en la Plaza de Rancagua. Su hermana se había unido en matrimonio a un caballero argentino y estaba lejos.

Eso había sido lo suyo. Su propia sangre. Con verdadero enternecimiento recordaba los años de su niñez. Ya a los 9 años era un pilluelo precoz, ocurrente, serio; más de algún muchacho había probado sus manos, aún cuando no eran fornidas. El tenía sus ideas y las hacía respetar, pese a los peligros que esto le significaba. Un día cualesquiera fué llevado a Santiago para comenzar sus estudios y más tarde cuando aún no cumplía 15 años, su tío materno el M. P. -R. J. Antonio González Laguna lo pidió a sus padres para llevarlo a Lima, al Convento de San Camilo de la Buena Muerte, en cuyo claustro él vivía. Allí recibió las sabias lecciones que habrían de hacer de él un hombre de lucha, amante de su Dios y firme defensor de su patria.

La filosofía, el latín, las ciencias matemáticas y físicas le atraían. Sus amigos del Convento le indujeron a tomar el hábito al notar en él tanta afición al estudio y dominio del espíritu. El 17 de Enero de 1787 entraba de novicio. Su decisión estaba tomada; en vano se entablaban a veces en su pecho, signos de rebeldía; la voluntad los sabía acallar. ¿Dónde podría estar mejor que a la sombra bendita del claustro? ¿Dónde podría encontrar la paz definitiva del espíritu, sino bajo las acogedoras sombras de los árboles del convento?

Lo que habría de ser estaba claro. El 28 de Enero de 1790, las campanas del convento tuvieron un repique diferente; sus sonos eran tristes y alegres a la vez. Paso a paso hacia la capilla va un joven pálido y melancólico, más bien bajo y de contextura delicada. Su faz absolutamente serena acusa la tranquilidad de su alma de niño.

Momentos después, postrado a los pies de la imagen del Redentor queda convertido en padre de almas: Fray Camilo.

El nuevo fraile de la Orden de la Buena Muerte, había visto abrirse ante sus ojos el horizonte celestial sintiendo al mismo tiempo su alma impregnada de la gracia divina, pero junto a aquella visión, había divisado una sombra que le oprimía el corazón. ¿Qué era todo aquello? Nada... Simplemente un anhelo extraño al que tendría que dar curso a través del tiempo.

En el claustro se entregó de lleno al estudio, era esa su distracción y en ella se fueron largos años de su vida, los más hermosos, los mejores: los de su juventud. A veces pasaba como una sombra sobre sus libros el recuerdo de la patria y sentía ensancharse el corazón en deseos de respirar su aire, de contemplar sus montañas nevadas y sus verdes valles con sus árboles floridos.

Todo eso lo ensimismaba. Sus amigos de Lima le hacían ver el ambiente que tenía allí, donde gozaba de tanta estimación, fruto de su trato amable; pero él siempre enviaba su pensamiento hacia la tierra amada que dejara cuando pequeñuelo. Sus mejores amigos, los primeros literatos limeños, influyeron inconcientemente en su ánimo hasta hacerle sentir verdadera obsesión por la suerte de su patria. ¿Era posible que en época aún prematura sintiera sonar el clarín de la libertad sobre las nevadas cumbres de los Andes?

Sí, los libros que en lo más oscuro de su celda ocultaba, bien claro lo decían. ¿Qué eran Voltaire y Rousseau, sino los faros de la libertad y de la civilización? Y él amó esa libertad y la deseó para su tierra como desea el

hombre el aire puro para ensanchar sus pulmones. Ya todo encierro se le hizo imposible, porque deseaba cambiar ideas, opinar y llegar a conclusiones que pudieran ser de provecho para estas colonias tan escarnecidas y humilladas por los de la Península.

Una mañana, cuando su razón estaba caldeada con las libertarias ideas de los autores franceses, sintió de improviso que férreas manos oprimían sus brazos. La Inquisición estaba allí para hacer justicia. Podía darse ya por condenado. Era el primer tributo que tendría que pagar con su sangre y padecer con resignación. El Tribunal iba a sufrir una derrota, quiso hacer de Fray Camilo un esclavo y lo transformó en un apóstol.

¡Cosas de la vida!, es la frase corriente; designios de Dios, es la que encuentro más justa. La piedra no se labra con suavidad, sino a golpes. Las obras de arte se han hecho a golpe de cincel y de martillo. Fray Camilo sería apóstol de su religión y de la libertad de su patria después de recibir terribles latigazos sobre sus débiles espaldas. Cada latigazo era un eslabón más que lo unía a la futura independencia de su tierra. ¿Pero estaba seguro de salir de esos calabozos que contemplaron tantos crímenes?

Algo en su interior se lo aseguraba.

Habría de seguir otro camino: el que conducía a la gloria. El había de ser inolvidable, los siglos reconocerían sus pesares. Los verdaderos muertos no son los que abandonan la vida, sino los que han dejado de existir en el recuerdo de los vivos.

Su pensamiento era rápido e intuitivo.

¿Qué habían sido para él esos libros que lo llevaron a una oscura y húmeda celda?

— El motivo de su acusación; pero el pedestal de su gloria. Allí en medio de las espesas tinieblas, percibió una vez más la aurora de la libertad.

El Tribunal Inquisitorial miraba las cosas bajo un aspecto diferente. El sacudir las cadenas que oprimían, se consideraba un delito, sobre todo cuando esa opresión era la base del mismo tribunal. Esclavitud de la idea, sometimiento a una voluntad, única y soberana.

Europa se había revolucionado a causa de esos libros. ¿Sería tolerable permitir que en las colonias hubiese admiradores, futuros propagandistas de tales ideas?

Para la Inquisición era imposible, para Fray Camilo, sublime. Su rebeldía le costó muchos pesares, pero no arrepentimientos. ¿Por qué tanto temer a las ideas que hacían grandes a otros pueblos?

Quizás si el último latigazo dado en sus espaldas terminó por confirmarle que esas ideas eran nobles y realizables.

Salió de la cárcel débil y triste. Sus pasos no fueron hacia donde sus amigos, sino hacia sus hermanos en Cristo. Iba con la cabeza baja, los ojos marcados de tristeza, pero con el alma más que nunca puesta en su tierra por cuya libertad ya había sufrido duros tormentos. Corría 1809, bien lo recordaba, cuando de nuevo pasaba los umbrales del Convento de San Camilo, meses solamente había sido su ausencia, su martirio. Postrado a los pies del Superior, reconoce haber faltado a las reglas del Convento, pero había algo en él que lo instaba, lo inducía. Hasta su mente llegaba aquel diálogo inolvidable: "Padre, de nuevo se han abierto las puertas de esta santa casa para recibirme, yo quiero hacer por ella, todo lo que esté en mi ma-

no, soy vuestro humilde servidor, no despreciéis padre, mi súplica. Sé que hay dificultades económicas con el convento de Quito, que significan la ruina del nuestro y que es necesario cancelar con premura. Dejadme partir.

— Fray Camilo: iréis. Se os darán las recomendaciones necesarias y hablaréis allá con el buen obispo Cuero y Caicedo y nos conseguiréis un plazo prudente para satisfacer nuestra deuda.

Y partió a los pocos días el fraile melancólico, triste. Los recuerdos lo abrumaban, pero en esa terrible lucha triunfaba su ideal. No habría de desmayar sin duda alguna. ¿Acaso esa cruz que llevaba junto a su corazón no le recordaba al idealista máximo de la humanidad? Y, ¡cuánto le había costado implantar la doctrina más sublime, la más profunda, la de todos los tiempos! Ese ejemplo sin duda alguna hizo fermentar en el alma del sacerdote su anhelo de libertad, la que buscaba en los libros prohibidos. Y esa libertad tampoco existía en la tierra que iba a pisar, pero ya estaba el germen; en esos mismos días las tropas realistas sembraban el terror en Quito.

¿Qué había pasado?

Que los patriotas del Ecuador acababan de ser vencidos en su primera tentativa de independencia.

El 30 de Enero de 1810, Camilo Henríquez dejaba el Callao. Muchos amigos le daban el adiós; y sus hermanos en religión, los mismos que lo habían sacado de los fríos calabozos de la inquisición, también estaban allí, más no para decirle adiós, sino solamente: hasta luego. Partió el barco rumbo a Guayaquil, las manos agitábanse en el aire, desde el puerto. El, con su corazón oprimido, sólo pensaba que jamás habría de volver a desembarcar en esas

tierras que consumieron su juventud e hicieronle sufrir los más duros tormentos.

Algunos días después de desembarcar, ¡qué bien lo recordaba! En Quito se tomaba preso a los patriotas, llenando de consternación a las familias quiteñas. ¿Quién no tenía a algún pariente en la cárcel? ¿Qué hogar no lloraba amargamente en esos instantes? Y esto, ¿por qué?, por defender una idea, la misma por la cual él había sufrido, la que traía como un relicario en el fondo de su alma.

El fraile entonces se apresuró en llegar hasta el obispo de esa diócesis don José de Cuero y Caicedo, cumplió su misión y desde ese instante sólo pensó ya en los destinos de su patria.

El Obispo ante todo era un gran patriota, que gozaba del respeto y estimación de su pueblo. Entre los realistas había causado escándalo su actitud por estar con los revolucionarios y más aún, cuando formó parte de la Junta de Gobierno.

Allí Fray Camilo confirmó una vez más sus ideas. El venerable obispo, el primer defensor de los quiteños, fué preso. Ya no dudó, sus ideas eran buenas y legítimas. Su primer paso fué la de ponerse de inmediato al lado del prelado. Desde ese momento se convirtió en el portavoz del consuelo a tantos infelices y llevó a sus familias la conformidad y la paz en medio de tantas desgracias.

Y cuando la sangre manchaba las calles de Quito, junto con otros eclesiásticos las recorría calmando los ánimos y conteniendo a la soldadesca que nada respetaba.

Al poco tiempo, en Octubre de 1810, llegó a sus oídos la noticia de que Chile se encontraba agitado por un movimiento revolucionario. No tenía que pensarlo, su

puesto esta allí, donde tanto había anhelado encontrarse. El 13 de ese mismo mes se embarcó en Guayaquil, rumbo a su patria. La situación del Ecuador no le inquietaba, había podido darse cuenta perfecta que sus hijos eran hombres dispuestos a la lucha, ardientes patriotas y firmes defensores de su suelo.

En todo esto había estado él.

Fray Camilo cerró el legajo; la gruesa vela de sebo se consumía, siempre indiferente; él había recorrido los 40 años de su vida, 26 de los cuales pasó lejos de su patria.

Apagó la luz y tan pronto colocó las sienes en la almohada, el cansancio lo sumió en profundo sueño.

La vieja Trinidad entrando en la habitación, cubrióle bien con las ropas de cama y salió en puntillas.

Eran los últimos días del invierno de 1824.

— II —

Indiscutiblemente, los aires de 1808, estaban cargados de rebeliones, no solamente en América, sino en Europa. Localicemos lo que más nos interesa: España.

Reinaba en el nombre, el rey Carlos IV; manejaba a su antojo la monarquía su favorito Manuel Godoy.

El pueblo los odiaba y no sin razón y entre las acusaciones de que los hacía víctimas, estaba nada menos que la de querer entregar el trono a los franceses.

El pueblo español se levantó en armas en contra del régimen. El rey midió en parte las consecuencias y es así como obligado por las circunstancias abdicó en favor de su hijo don Fernando. Sin embargo en su pecho con fuerzas avasalladoras rugía el arrepentimiento. ¿Por qué habría de entregar su trono? ¿Qué tenía que ver el pueblo en su voluntad soberana? No. No era posible. Napoleón habría de ayudarle a recuperarlo y estaba dispuesto a luchar para conseguir su objetivo.

El astuto Napoleón, deseaba con toda su alma servirlos y sobre todo terminar con las querellas entre padre

e hijo, y tal era el ofuscamiento de sus majestades que no comprendieron la gravedad de su situación, hasta cuando ella no tuvo arreglo.

“Vengan a Bayona dijo el Emperador, tendremos una entrevista y todo se subsanará como corresponde”.

Lógicamente que Carlos IV se sentía nuevamente con la corona sobre la cabeza: don Fernando, en cambio, no estaba dispuesto a quitársela de la suya. En este estado de espíritu ambos llegaron al lugar de la cita.

Napoleón los recibió como las reales personas se lo merecían; mucho agasajo, muchas venias, mucha algazara, pero enseguida les obligó a renunciar al trono y cedérselo a él, dejándoles detenidos en Francia.

Fué aquél un golpe de audacia magistral... y maquiavélico.

Y dice la historia: “Quiso Napoleón, para que no se faltase en aquella ocasión a ninguno de los usos establecidos en la corte de España, que hubiese un besamanos general. Verificóse el besamanos, y en él Fernando ocupando su lugar de hijo y príncipe de Asturias. fué a postrarse ante sus augustos padres leyendo todos en el semblante de éstos la impresión que experimentaban sus corazones. Al terminarse la ceremonia el rey y la reina cansados trataron de recogerse; quisieron Fernando VII y su hermano seguirle a su aposento, y Carlos IV no pudiendo contenerse detuvo por el brazo a su primogénito diciéndole: “Qué vas a hacer? ¿No has deshonrado ya bastante mis canas? Respeta al menos mi reposo”. De modo que no quiso verle más que en público. Fernando VII a quien la mera etiqueta de algunas horas había rebajado otra vez a la condición de príncipe de Asturias, se juzgó perdido. Quedaba ya cas-

tigado y vengado Carlos IV. Pero pronto iba a tener que entregar éste a Napoleón el pago de la venganza”.

“Carlos IV viendo la “imposibilidad” en que estaban él y su familia de asegurar la tranquilidad de España, cedía la corona, de que se declaraba legítimo poseedor, a Napoleón para que éste dispusiera de ella como mejor le conviniese. Cedíala bajo estas condiciones:

“1º Integridad del territorio de España y de sus colonias, del cual no pudiera cederse parte alguna.

“2º Conservación de la religión católica como culto dominante, con exclusión de todos los demás.

“3º Entrega a Carlos IV del palacio y bosques de Copiegne por toda su vida y del palacio de Chambord a perpetuidad, además de una pensión de 30 millones de reales (siete millones quinientos mil francos) pagados por el tesoro francés.

“4º Pensiones proporcionadas para todos los príncipes de la familia real.

“Fernando VII al volver a su alojamiento comprendió perfectamente que estaba destronado.

“Dos castillos y diez millones anuales venían a ser el precio que debía satisfacer, al padre y a los hijos por la soberbia corona de España: precio bien módico y vulgar en verdad, pero que reclamaba como terrible complemento, ignorado entonces, seis años de una guerra abominable, la muerte de muchos centenares de miles de soldados, la división funesta de las fuerzas del imperio y una mancha indeleble para la gloria del conquistador”.

Con el engaño de Bayona, Napoleón destronó a los últimos Borbones reinantes en Europa.

Pasemos de largo todos estos acontecimientos que tanto influyeron en la suerte de las colonias y acerquémonos más a España.

El ambicioso Napoleón les mandaba nada menos que a su hermano José para que los gobernase; pero éste iba a la cabeza de un poderoso ejército con el cual entró a Madrid en 1808.

¡No podía ser de otra manera!

La forma hostil con qué fué recibido, podría haber descorazonado a cualquiera, pero no a un Bonaparte. Los españoles tenían ya una junta de gobierno que siguiera sus destinos mientras duraba el cautiverio de su amado rey don Fernando VII. Y así España estuvo en poder de los franceses, cinco largos años. Los tres primeros habrían de ser decisivos para las colonias y sin duda que los supieron aprovechar.

Este año 1808, era año de sorpresas; veamos: gobernaba Chile el brigadier don Luis Muñoz de Guzmán, antiguo oficial de marina, que gozaba del respeto y verdadero aprecio de sus gobernados.

Lo bueno no dura, reza un dicho, y es así como una mañana (11 de Febrero) las campanas de la Catedral, anunciaban al pueblo que el presidente había pasado de esta vida perezca a otra mejor y menos complicada.

No era posible quedar sin gobernante, por lo cual se nombró en su reemplazo a don Juan Rodríguez Ballesteros. Las tropas desconocieron el nombramiento hecho por la Audiencia de Santiago y en una junta que celebraron en Concepción, los jefes militares proclamaron sucesor de Muñoz Guzmán al brigadier de ingenieros don Francisco García Carrasco.

La Audiencia avergonzada tuvo que reconocer esta designación, porque era justa. En 1806, el rey había dispuesto que por muerte o ausencia del gobernador propietario, tomase el mando el militar de mayor graduación.

García Carrasco se llenó de gozo. No se imaginó nunca que lo iba a pasar mal.

Las cosas hay que hablarlas con franqueza; el nuevo mandatario, era un pobre hombre, sin inteligencia, incapaz de ser malo, pero falto de corazón. Para mal de sus pecados, desde un principio se rodeó de favoritos, captándose así la enemistad de todo el mundo. Cuando recibió las noticias de España, se estremeció en su sitio y quiso el destino que para que sus días estuviesen mejor contados, dictara de inmediato decretos prohibiendo hasta las conversaciones que se relacionaran con los asuntos de su tierra. Pareciéndole esto poco, ordenó allanamientos a las casas de los llamados patriotas haciendo apresar a prominentes ciudadanos como don José Antonio Rojas, don Juan Antonio Ovalle (procurador del Cabildo) y a don Bernardo Vera, firmando enseguida una orden de destierro al Perú.

Las noticias de España pese a la prohibición, andaban de boca en boca y contribuyó a aumentarlas la prisión de estos patriotas.

“El rey estaba preso y gobernaba una Junta”.

Don Juan Martínez de Rozas, opinaba que la Junta española, nada tenía que hacer con las colonias y que éstas debían prepararse para no caer en manos de los franceses proclamando que era necesario darse gobierno propio y aún declararse independientes.

Los criollos sentían en el fondo de su alma el deseo de libertad, pero no lo podían expresar públicamente.

Los españoles en cambio se horrorizaban sólo de pensar en que hubiesen quienes deseaban gobierno propio.

¡Qué ocurrencia, España perder sus colonias!

—¡Hay que obedecer a la Junta!— exclamaban.

Los patriotas por lo bajo murmuraban:— Veremos...

García Carrasco no se dió cuenta de la tempestad hasta que no la tuvo encima y creyó que castigando a algunos se atemorizarían los otros. Ordenó entonces el traslado de los señores Rojas, Ovalle y Vera a Valparaíso para ser sumariados y salieran de allí al destierro por el grave delito de "conspiración".

Cuando se supo ésto, la ciudad se alarmó. El alma de los patriotas se llenó de angustia. ¿Permitirían ellos tal cosa? No... Una idea estaba sembrada en el alma del pueblo y esa idea era la de libertad.

En la mañana del 11 de Julio, un griterío enorme se sintió en la Plaza Mayor, era el pueblo que pedía la libertad de los patriotas detenidos.

García Carrasco profundamente agitado se paseaba por el salón del palacio; un fuerte puntapié dado al bracero de bronce hace caer sobre la estera algunas brasas encendidas.

—¡Lo único que faltaba!— grita— estos pícaros argentinos han depuesto al virrey español y ya piensan establecer esas malditas juntas de gobierno; éstos envalentados pretenden exigirme lo que les da la gana. (En realidad la junta ya estaba en funciones desde el 25 de Mayo).

García Carrasco se preocupaba más de lo que sucedía allende los Andes que de lo que había a las puertas del palacio.

Un grupo de los manifestantes se entrevistan con el gobernador y piden la libertad de los patriotas en nombre del pueblo allí reunido y cuyos gritos llenan la sala.

García Carrasco accede por temor y firma un decreto ordenando que los tres presos sean devueltos a la Capital; bien sabía que por orden secreta suya éstos ya habían sido embarcados y estaban lejos.

Su farsa le costó cara. Había demostrado claramente la pequeñez de su alma y la falsedad de sus viriles actitudes.

El 16 de Julio, lo más representativo de la ciudad se presentaba de nuevo ante el Gobernador a exigirle dejara el mando.

El pueblo ya no se encerraba a esperar los acontecimientos, sino que en patrullas recorría las calles y se apostaba junto a las casas de los patriotas más caracterizados a fin de protegerles. ¿Qué se podía esperar de un hombre que traicionaba su propia palabra? Los patriotas comprendieron que su deber era estar preparados y entonces comenzaron a armarse.

Espantado ante el giro de los acontecimientos García Carrasco entregó el mando en manos del Conde de la Conquista don Mateo de Toro y Zambrano que tenía el título de brigadier de milicias y que por lo tanto poseía los requisitos exigidos por la real cédula de 1806.

Al día siguiente en los cuatro costados de la Plaza podía leerse el siguiente bando:

— III —

BANDO, POSESION DEL CONDE DE LA CONQUISTA

“D. Mateo de Toro Zambrano, caballero del órden de Santiago, Conde de la Conquista, Brigadier de los Reales Ejércitos, Presidente Gobernador y Capitán General del Reino &c. Por cuanto por la renuncia hecha por el Sr. D. Francisco Antonio García Carrasco en el día de ayer 16 del corriente, aceptada por el Tribunal de la Real audiencia, por el Ilustre Ayuntamiento de esta Ciudad y por los S. S. Coroneles y Comandante militares, ha recaído en mí, en virtud de lo resuelto por S. M. en la Real órden de 23 de Octubre de 1806, el mando político y militar del Reino en el cual he sido posesionado con la jeneral satisfacción de que estoy reconocido al mismo tiempo que obligado por los juramentos que he prestado a la defensa de la relijión, Rei y Patria a la puntual observancia de las leyes. Por tanto deseando llenar tan importantes deberes aunque bien satisfecho de que todos los vecinos de esta Ciudad y Reino están bastantes penetrados de lo que las mismas leyes les imponen para no desviarse de su cumplimiento, siendo de mi obligación el recordarlo en las actuales circuns-

tancias, he tenido por conveniente ordenar y mandar lo que sigue:

1º Que siendo el principal escudo de la defensa de nuestros enemigos y el principio del acierto y felicidad de los Gobiernos el Santo temor de Dios y el ejercicio de las virtudes, se procuren éstas con todo esmero, evitándose los escándalos y pecados públicos, las enemistades y rencillas que, con ocasión de cualesquiera ocurrencias se hayan podido provenir, lo que se olvidará enteramente, conservándose todo el más cristiano amor y la más constante armonía observada hasta hoy entre Españoles, Europeos y Criollos. 2º Que se guarde el debido respeto y consideración a la persona apreciable de mi antecesor el Sr. D. Francisco Antonio García Carrasco. Lo 3º que no se tengan juntas ni formen corrillos en que se trate de proyectos perturbadores de la tranquilidad, del orden establecido por las leyes, de la subordinación que éstas mandan a las autoridades constituidas y que sean opuestos en lo menor a la íntegra conservación de estos dominios en el de nuestro amado Soberano el Sr. D. Fernando 7º, cuya puntual obediencia consiste en la de los legales estatutos que enteramente prohíben los proyectos. Lo 4º que se observen exactísimamente los bandos de buen Gobierno de mis antecesores en que se veda el uso de las armas prohibidas, se previenen las horas de recojerse cada cual a sus casas en las estaciones del año, las de cerrarse las pulperías o bodegones para evitar las embriagueces, y que cada vecino ponga en la puerta de su casa y los bodegones, y los que ocupen esquinas, farol que alumbré toda la noche, por ser estas providencias las más necesarias para consultar la seguridad personal de cada uno de los vecinos. Lo 5º que todo lo ordenado en este bando que se publicará

en la forma acostumbrada y cuyas copias se fijarán en las cuatro esquinas de la plaza, se observe y cumpla bajo las penas que por las leyes, y autos acordados de la Real Audiencia se hallan impuestas a la transgresión y delincuencia en cada uno de los delitos que se han espresado, encargándose su ejecución y observancia de lo mandado al vigilante celo de todas las Justicia de S. M. y así lo proveyó, mandó y firmó S. Señoría en Santiago de Chile a 17 del mes de Julio de 1810 años de que doi fé. El Conde de la Conquista —Agustín Díaz— Escribano sustituto de Gobierno e interino de Cámara”.

Había terminado el Gobierno de García Carrasco quien obscuramente seguiría viviendo en Santiago durante diez meses; demasiado tiempo quizás demoró en partir a Lima. Aquí no se le necesitaba.

Chile comenzaba el pedregoso camino de la gloria.

La primera Junta de Gobierno se eligió en Cabildo Abierto el 18 de Septiembre de 1810, quedando así constituida:

Presidente: don Mateo de Toro y Zambrano, Conde de la Conquista.

Vice Presidente: don José Antonio Martínez de Aldunate, Obispo de Santiago.

Vocales: don Fernando Márquez de la Plata

don Francisco Javier de Reina

don Juan Martínez de Rozas

don Ignacio de la Carrera y

don Enrique Rosales

Secretarios: don Gaspar Marín y

don José Gregorio Argomedo.

Las campanas de varias iglesias fueron echadas a vuelo, no digo de todas, porque sería faltar a la verdad: las había realistas y sus propietarios no estaban dispuestos a hacerlas sonar así no más. Vinieron pues las grandes fiestas populares. El pueblo recorría las calles viviendo a la Junta y a los patriotas más conocidos.

La algazara era grande, el motivo de la alegría muy justificado.

Un mes después volvían los desterrados señores Ovalle, Rojas y Vera, éste último había sido dejado en Valparaíso por enfermedad.

Someramente vamos a ver la personalidad del presidente de la Junta de Gobierno y de don Juan Martínez de Rozas. El primero al recibir el poder tenía nada menos que 85 años, había sido regidor, alcalde, oficial de ejército; pero la mayor parte de su vida la había dedicado a los negocios, haciendo fortuna de tal manera que pudo comprar en España el título que ostentaba y que no dejaba de ser bonito: Conde de la Conquista. El segundo, era un hombre de 51 años de edad, educado en la Universidad Argentina de Córdoba y recibido de abogado en la Universidad Chilena de San Felipe. Había desempeñado puestos importantes, como asesor letrado del Intendente de Concepción don Ambrosio O'Higgins y cuando éste pasó a Gobernador de Chile, quedó de intendente interino; ahora lo vemos en la primera Junta de Gobierno. Desde aquí todo su pensamiento es trabajar por la independencia de Chile.

Estos dos nombres quedarían para siempre grabados en el corazón de los chilenos.

Expiraba ya 1810.

Un nuevo personaje hacía su aparición en el revuelto ambiente. Los innovadores lo llevaron a sus filas. Mostró un programa que traía preparado. América española tenía que emanciparse. ¿Hasta cuándo de explotaciones y tiranías?

América era un tesoro para España, lógico entonces que tratara de conservarlo por todos los medios.

Los revolucionarios chilenos, no deseaban chocar con la Madre Patria, pero sí, ser libres.

El país sufría un verdadero letargo en su desenvolvimiento. Sus problemas eran profundos. El nuevo personaje no inclinó la cabeza abrumado por ellos, sino que dijo:— Patriotas, para todo problema hay solución, pues bien, estamos en antecedentes de ellos, vamos ahora a darles fin.

Ese era: Fray Camilo Henríquez.

Respiraba ya el aire puro de su tierra, volvía ahora de 41 años; forjado por los duros sufrimientos y anhelante de seguir sufriendo por un ideal, la libertad de su patria.

Años más tarde él habría de pintar el ambiente en la siguiente forma:

“La población de Chile se divide en dos clases, nobles i plebeyos. Aquellos son en jeneral hacendados i entre sí, parientes.

“Los plebeyos por vivir precisamente en las posesiones de los nobles o por ser jornaleros o paniaguados suyos, están sujetos a una total dependencia de aquellos, la cual verdaderamente es servidumbre, casi ninguno de los nobles tuvo educación: unos pocos recibieron en el Seminario i conventos una instrucción monacal. Las obras filosóficas liberales les eran desconocidas como la jeografía i las matemáticas. Ni sabían qué era libertad ni la deseaban. Mayor

era aún la ignorancia de la plebe, i como en ella ha permanecido, fué indispensable sacarla de su letargo. Esta es obra de largo tiempo i de la política. La plebe adora el nombre del rei, sin saber que es. Ella juzga que un hombre debe pelearse por la lei de Dios, sin observarla i sin saber qué es lei i qué es Dios”.

Apliquemos este estado de cosas para el momento en que va corriendo esta historia, fines de 1810. La clase privilegiada con su estiramiento ridículo hacía notoria la diferencia con otra clase que también trataba de aparentar y en esa lucha la segunda pasaba a ser poco menos que subyugada por la primera y sobre la cual se cometían incontables abusos. Veamos ahora que participación tenían algunas familias en los acontecimientos que se iban desarrollando lentamente y que habrían de culminar con el flamear de la estrella solitaria sobre el hermoso paisaje de esta tierra libre.

— IV —

Doña Agueda Lecaros, está visiblemente alterada, ha tenido disgustos con todo el mundo. La "china" de los recados es la que se ha llevado la peor parte; el "tironeo" ha sido continuo y violento. En vano ha suplicado a su "amita" que la culpa no es de ella: pero no quiere decir de quien es.

¿Qué ha pasado, que la tranquila doña Agueda ni ha concurrido siquiera a la "distribución" de la tarde a San Francisco?

¿Qué motivo la ha sacado de sus casillas y está operando sobre su dulce carácter?

Su hermana Corina, nos va a dar la clave del asunto.

—Hasta cuando, Agueda —le dice— todo lo que Cata ha dicho lo ha oído y nada más; ella no puede estar informada. Además te aseguro que no hay nada cierto.

—Dáte cuenta, niña —exclama la aludida—; esta negra tal por cual ha venido a decirme que oyó hablar a un cura, el cual vociferaba en contra de nuestro amado rey. ¡Imagínate niña, imagínate; cómo no he de estar furiosa!

Da una mirada a la negrita que en un rincón permanece quieta, inmóvil, en sus ojitos brillan las lágrimas.

—¡Sal fuera, negra indecente —le grita— antes que te rompa la crisma!

No se hizo repetir Catita y desapareció con la rapidez que le permitían sus 13 primaveras.

Corina estaba intrigada: ¿Quién sería el osado que levantaba su voz en contra del rey? ¿Sería el monje valdiviano de quien hablaban todas sus amistades?

—Díme Agueda —le dice aparentando desinterés— ¿Qué noticia fuera de las anteriores te dió Cata? ¿Dónde vió al cura que con tanto énfasis hablaba del rey?

—No sé, niña; pero es lo cierto que una duda me asalta: ésta se ha encontrado con el apóstata, el tal Camilo Henríquez, que se fugó de los calabozos de la Inquisición. ¡Qué barbaridad! ¡Qué se puede esperar de este gobierno de insurgentes!

—No hables así Agueda, los pueblos deben prosperar bajo sus propios gobiernos. ¿Qué podríamos esperar de gobernantes que desde muy lejos nos dan órdenes, que no conocen nuestros problemas y que por último no les interesan? Ahora en cuanto al padre Camilo Henríquez, tienes una mala opinión porque te han informado mal: él no es un prófugo como te lo ha inculcado fray Melchor Martínez, sino que sus ideas que lo llevaron a la cárcel no eran de la gravedad como para que permaneciera en ella para siempre o diera su vida allí como le sucedió a la mayoría de los cayeron en manos de los inquisidores; él salió, porque sus hermanos en religión lo consiguieron; además reconozcamos que tuvo suerte, porque el pensar por su cuenta ya era un delito y fray Camilo leía y pensaba lo que le

parecía aplicándolo todo al bienestar de la tierra en que había nacido.

—¡Corina, qué dices! —exclamó su hermana—. ¿De cuando acá defiendes a un insurgente?

—No lo defiendo, Agueda, sino que veo las cosas como toda chilena debiera hacerlo. Las fechorías de los españoles las hemos palpado muy bien, no hay que olvidarlo; es necesario ser libres. Los patriotas y este es el nombre que se nos debe dar...

—¡Jesús! —gritó espantada doña Agueda.

—Escúchame un instante —díjole Corina— tú estás en un grave error, crees que los que gobiernan en la actualidad no lo pueden hacer mejor que los españoles y esto es imperdonable. ¿Qué han hecho sino explotar esta mina sin darle un aliciente, una recompensa, ni tan siquiera una esperanza?

—¡Calla Corina, calla por el amor de Dios! Yo que siempre pensé que en mi casa se veneraría el nombre del rey.

—Y se venera —le respondió— pero, como rey de España. ¿No te parece ridículo que un extraño, porque otra cosa no es, nos dé órdenes y nos rija a su antojo, a nosotros los dueños de esta tierra y se nos relegue al lugar de subalternos, porque sí, porque según ellos no tenemos derecho a gozar de lo que nos pertenece?

Corina amaba sinceramente a su patria; aún cuando apenas contaba 19 años, dedicaba su vida a las obras de piedad cristianas; huérfana desde pequeña, no había conocido otro cariño que el de su hermana Agueda quien la trataba como a una hija. Doña Agueda era profundamente realista, más que por convicción, porque los rebeldes no res-

petarían —según ella— el escudo de los Lecaros, cosa que no podía tolerar. Sus 50 años, los había llevado bajo una capa de orgullo muy propio de ciertas gentes que quieren aparecer ante los demás como seres superiores. Ella después de su misa, a la cual concurría acompañada de su "china" que le llevaba la alfombra y el piso, se encerraba en su casa a hacer un poco de música. Corina, había innnovado por completo esas costumbres; para cumplir su deber de cristiana no se hacía acompañar más que de su fiel devocionario el que muchas veces abría antes de llegar al sitio de oración. De vuelta a casa se esmeraba en su arreglo y en las tardes se reunía con sus amigas; por supuesto que a estas reuniones no concurría doña Agueda. He de advertir que no convidaban a ellas a ningún varón. Aquí se cambiaban ideas sobre el giro que tomaban los acontecimientos en el país. En una palabra y ocupando una frase del ex-gobernador García Carrasco "en este país, hasta las mujeres conspiran" y era la verdad. Doña Agueda, y ésto dejémoslo bien en claro, no maliciaba que las damas que se reunían en su casa lo hacían con el fin de atacar al régimen español, sino que las estimaba demasiado liberales, hoy serían "democráticas" ya que sólo concurrían a la misa de la mañana y pasaban por alto la distribución de la tarde.

No vamos a discutir aquí si la piedad de las primeras era mayor que las de las segundas; pero lo cierto es que el último grupo conspiraba. ¿Cómo? Lo vamos a ver: aún no existía un periódico que informara sobre tal o cual acontecimiento, lógico entonces que se aprovecharan las conversaciones como la mejor manera de difundir las ideas. Corina actuaba por medio de ese grupito; muchas de las que lo formaban estaban en contacto con fray Camilo, quien las

aleccionaba, encargándoles de propagar las ideas libertarias, en lo relacionado a independencia de todo yugo extranjero. Grandes patricias como misiá Paula Jara Quemada, Javiera Carrera etc. preparaban en su ambiente el camino de ser libres.

En la casa misma del Conde de la Conquista existían dos bandos: los realistas y los patriotas, y así se iba extendiendo sobre la colonial ciudad, la idea emancipadora.

Catita criada a su manera por doña Agueda, contaba todo lo que oía, constituyendo así un dolor de cabeza para la realista señora.

Las tres personas sólo se reunían los domingos para ir a misa, y mejor que fuera así, porque desde el comienzo de esta historia, doña Agueda encuentra que hay un abismo entre ella y su hermana: el amado rey don Fernando VII ha sido la manzana de la discordia.

Esa tarde, mientras doña Agueda y Catita se encontraban en San Francisco, Corina se reunía con su "grupito" a servirse un chocolate con bizcochos y otros "engañositos". Dos nuevas personas concurrían a esta reunión: doña Candelaria Ballesteros de la Cerda y la señorita Carmen Martínez Altamirano; la primera, dama de cuarenta años, de singular belleza, casada con el señor don Jaime Blanco, de quien se puede decir que no era chicha ni limonada; hoy patriota, mañana realista y de quien se decía también, era un cero a la izquierda; la segunda, una encantadora muchacha de 18 años, alegre, despierta y de clarísima inteligencia. Ambas estaban unidas por el intenso amor a la patria y que no podían manifestar en su hogar por no ser allí compartidas las ideas; pero había algo más que hacía profundos los vínculos de amistad entre doña Candelaria

y Carmen, y era Abel Blanco Ballesteros, hijo de la primera, y prometido de la segunda.

Carmencita —así la llamaremos en lo sucesivo— traía nuevas ideas para la reunión y las expuso en la siguiente forma:— Hasta aquí, fácil ha sido reuniros y cambiar ideas sobre la situación del país y tratar de colaborar con vuestros medios al triunfo de la causa; la señora Candelaria y yo —aunque por primera vez concurrimos aquí— antes de hacerlo hemos pensado que este sitio de reunión no es el más apropiado para ello y las razones que hemos tenido para llegar a esta conclusión son éstas: primero, la señora Agueda, tu hermana —dijo dirigiéndose a Corina—, es abiertamente realista, el que no sea por convicción no interesa, pero es el caso que es realista; en segundo lugar, aquí no pueden venir fuera de nosotras ninguna otra persona, porque nos haríamos sospechosas y tercero, porque necesitamos la presencia de varios patriotas que nos den a conocer la situación tal cual es y que se estudia en otro círculo muy ajeno al nuestro. ¿Quién duda que sería interesante oír a Fray Camilo, a Manuel Rodríguez, a Martín Larraín, a los Carreras etc.? ¿Quién mejor que ellos nos podrían guiar dentro del trabajo o plan que habremos de seguir? Corina, no tomará a mal lo que propongo, hemos sido amigas desde pequeñas y sabe que la considero una hermana, pero creo que es mejor prevenir que remediar.

Varias de las damas asistentes movieron la cabeza en señal de asentimiento.

Carmencita tenía sus mejillas sonrosadas las que hacían resaltar su hermosura; había hablado sin afectación alguna. Su rostro de niña, parecía iluminado por una luz misteriosa que irradiaba de su corazón. Doña Candelaria

se sentía orgullosa de ella y pensaba cuán feliz sería si su hijo Abel, llegara a ser patriota como esta niña, a quien él amaba con toda su alma. "No pierdo la esperanza" —decía para sí— algún día se dará cuenta de que perderá lo que más ama si no lucha a su lado.

No pudo seguir reflexionando; las damas asistentes cambiaban ideas entre ellas formando una algazara de la cual era mejor participar.

Corina, en tanto, dejaba oír su voz: —Si Uds. me lo permiten lleguemos a una conclusión: todas estamos de acuerdo en que es necesario buscar bajo otro alero, refugio para nuestras ideas y más aún si han de reunirse con nosotras algunos jóvenes cuya presencia causaría extrañeza en esta casa, es precisamente la mayor dificultad, ya que tampoco podemos dejar de reunirnos aquí, pues sería motivo para que se sospechase de nosotras; pero ello podríamos subsanarlo, efectuando ambas reuniones, o sea, la de costumbre y la extraordinaria a la cual llevaríamos los resultados de las comisiones que se nos encomendasen o bien ver en lo que pudiesemos ser útiles.

Hubo un momento de absoluto silencio.

Una a una las damas manifestaron su opinión y Carmencita con misiá Candelaria, fueron las encargadas de buscar el sitio para las futuras reuniones.

El tema tratado hasta aquí varió por completo al sentirse los pasos de doña Águeda y Catita sobre el empedrado del viejo caserón de los Lecaros.

La señora avanzó hasta el corredor, sentándose enseguida en un largo escaño de madera situado entre dos de las amplias ventanas del mismo.

Catita había demorado adrede el paso a fin de que la dama tuviera tiempo de observar la unción con que volvía del rezo del rosario y movía los labios, como si aún estuviese en ellos una de las tantas Avemarías. Luego pasó junto a la señora que a no haberle ésta llamado la atención habría sido estrellada por la negrita en su afán de congraciarsele.

Las brisas de la tarde penetraban suavemente por las entreabiertas ventanas del salón; las damas fueron despidiéndose una a una. Llegó el momento en que Corina quedó sola, encaminóse entonces a su habitación; sacó de la cómoda un rosario de nácar y fué a postrarse a los pies de una imagen de la Virgen que con el niño en los brazos ponía frente a su vista un hermoso escapulario.

La tarde ha llegado a su término. Las sombras de la noche se ciernen sobre la ciudad, sólo se oye el ruido de los altos álamos mecidos por las brisas del verano.

— V —

1811 iba a ser sin duda alguna año de sorpresas. El 6 de Enero, la ciudad se sintió estremecida y a la vez escandalizada; una proclama manuscrita de fray Camilo Henríquez, era la causa. Los realistas estaban consternados.

Los ejemplares eran varios, las letras diferentes, la firma una sola. Doña Javiera Carrera y doña Mariana Toro las habían copiado con una paciencia digna de elogio.

Los patriotas estaban de pláceme, se abrazaban al encontrarse. La proclama había causado sensación; en ella, sin tapujos, se hacía ver la necesidad de gobernarse a sí mismos. ¿Hasta cuándo estar subyugados? ¿No era hora ya de ser libres?

“Soi, decía a los chilenos, un compatriota que os ama i que viene desde las rejiones vecinas al Ecuador con el único deseo de serviros hasta donde alcancen sus luces, i sostener las ideas de los buenos i el fuego patriótico y hablaros del mayor de vuestro intereses”.

“La proclama no solamente circuló en Chile sino que llegó hasta Europa.

“Los realistas mandaron copia al Virrey del Perú don Fernando de Abascal, denunciando a este agitador peligroso.

“El escritor Blanco White imprimió la proclama en Londres el 30 de Junio de 1811.

“Y tal fué la importancia que se le dió al escrito que pasó rápidamente de un mundo a otro, tomándose ello como el pensamiento fiel hispano-americano”.

Los timoratos se tomaron la cabeza a dos manos ¿Qué clase de fraile es éste, que no respeta la autoridad del rey? —decían..—

Era necesario hacerle callar. Pero, ¿Quién sería ese valiente? No serían ellos sin duda alguna. Fray Camilo estaba contento del resultado obtenido, la proclama había circulado por más manos que las que él se imaginara. En algunas partes se habían formado grupos para leerla y comentarla en conjunto; manos femeninas deslizaban suavemente algunas en sitios donde pudieran causar efecto.

El Monje de la Buena Muerte seguía su obra de preparar el camino de la revolución. La idea de ser libres estaba lanzada; el grito de independencia dado por él, fué el primero que con extrema valentía se escuchó bajo el cielo de Chile y se unió con el recién dado más allá de los Andes.

¡Qué gloria para el monje! ¡Qué orgullo para Chile! ¡Qué laurel para la Iglesia!

Con tintes sangrientos habría de iniciarse el camino de la libertad.

El 1º de Abril de 1811 era el día fijado por la Junta para la elección de diputados. Los patriotas tenían cifra-

das aquí sus esperanzas, sin embargo un acontecimiento trágico puso una nota amarga en su desarrollo.

Esa tarde llegaban a la Plaza, tropas al mando del comandante realista don Tomás de Figueroa. ¿Qué fin perseguían? ¿Qué significaba aquello? Muy sencillo: Figueroa trataba de impedir las elecciones, disolver la Junta y, ¡grande optimismo el suyo!, terminar con nuestras conquistas y dejarnos de nuevo bajo el despotismo español.

Una descarga cerrada puso en conmoción a la ciudad.

Doña Agueda Lecaros, corrió apresurada hacia su casa, seguida de Catita que no podía más de terror.

—¡Corina, Mañunga, Cata, atranquen las puertas por el amor de Dios! —gritó doña Agueda apenas cruzó el umbral del caserón. ¡Ha estallado la revolución...! la revolución!— exclamaba con voz entrecortada.

Al llamado concurrió Corina con su calma acostumbrada y Mañunga, la cocinera, cuya gordura le impedía caminar a prisa. Catita, debajo de su cuja, clamaba a los cielos porque un sueño repentino la hiciera dormir hasta el día siguiente.

Corina sentía en el alma una inmensa inquietud. ¿Qué habría sucedido? ¿Sería un encuentro entre realistas y patriotas? ¿Cómo investigar algo?

Un golpecito dado en el portón la hizo cruzar rápidamente la distancia que había entre éste y el corredor donde ella se encontraba. Felizmente doña Agueda, se había recogido a su habitación a reponerse del susto. Avanzó hasta colocar el oído en la misma madera, otro golpe más fuerte, le hizo preguntar inconcientemente: ¿Quién va?

—¡Por favor, ábrame Ud.!— clamó una voz angustiada.

—Si no me dice Ud. quien es, no abriré — le respondió Corina.

—Por caridad, ábrame...

Corina sintió que algo rozaba la puerta y un grito como un gemido, trajo enseguida el más profundo silencio..

Su alma generosa no pudo resistir; comenzó a remover todos los obstáculos que impedían abrir el portón; por fin logró levantar la aldaba. El corazón le saltaba con violencia, poco a poco entreabrió ambas hojas; miró hacia afuera: tendida en el suelo estaba Carmencita Martínez. Como movida por una fuerza extraordinaria se lanzó hacia el exterior, tomola en sus brazos y encaminóse como pudo, hacia adentro. Recién pasaba el umbral de la ancha puerta cuando una segunda descarga atronó el espacio. Corina, rápidamente empujó la puerta colocando la firme aldaba, puso enseguida la cabeza de la joven en su falda, sin saber que hacer. Recostóla junto a la muralla y corrió en busca de agua. Minutos después, Carmencita, comenzaba de nuevo a dar señales de vida. Corina, sentada en un piso, tenía sobre sus rodillas la cabeza de la niña. Entre el portón de madera y el de fierro, ésta habría de derramar las lágrimas más sinceras de su vida.

—Corina— sollozó la jóven —¡Abel, Abel!...

El llanto le impidió seguir.

—¿Qué ha pasado?— díjole ésta aparentando calma.

—No sé— respondió la joven — lo único que puedo decirte es que los del Cuartel de San Pablo iban hacia la plaza al mando de Figueroa.

—¿Si? ¿Y qué crees tú?

—Nada, nada Corina, la Virgen Santísima lo proteja— observó la niña encondiendo su cabeza entre los brazos de su amiga y rompiendo en largos sollozos.

—Calma, Carmencita —díjole Corina— nada obtienes con desesperarte, trataremos de averiguar lo sucedido y ver que podemos hacer por Abel.

Más tranquila la niña, secóse las lágrimas, dejando escapar de su pecho profundos suspiros.

Corina la levantó y después de ayudarle a arreglar bien sus ropas, por si se encontraban con doña Agueda, le contó el susto de su hermana y lo necesario de que no se impusiese de nada.

Paso a paso, ambas se encaminaron al interior, sin ser vistas por nadie. En el dormitorio de Corina comenzaron a hacer conjeturas.

¿Qué había pasado en realidad?

La primera descarga fué hecha por Figueroa sobre los patriotas, la segunda los patriotas sobre los de San Pablo: el triunfo estaba de parte de los primeros. Las tropas al mando de don Juan de Dios Vial, habían hecho la dispersión entre las fuerzas realistas y también en las propias filas. Los muertos y heridos quedaron tendidos en la plaza. El comandante Figueroa al ver el desastre huyó.

El miedo dejó a muchos de los tranquilos santiaguinos, suspenso el aliento.

¡A quién si no a los deschavetados patriotas, se les había ocurrido hablar de libertad, de independenciam y tantas otras locuras! Así pensaban no pocos, sobre todo aquellos que sólo juzgaban la vida a través de placenteras tertulias.

Más de alguna imprecación salió para el "hereje" que no perdía ocasión de revolucionar el ambiente.

Fray Camilo corrió de los primeros a la plaza a auxiliar a los heridos. Allí, hincado junto a ellos, cura sus heridas y los acomoda lo mejor posible; a su lado don Juan Martínez de Rozas, vocífera furioso. Lo acompaña el Capitán don Luis Carrera, éste último, reposado, tranquilo.

—Capitán Carrera —dícele Martínez de Rozas— es necesario perseguir a éste pícaro de Figueroa, su castigo servirá de escarmiento, no sólo a los "godos" sino a sus partidarios. Y vos, Fray Camilo, también me acompañaréis porque vuestros servicios van a ser muy necesarios.

Camilo Henríquez tomó a su cargo una de las patrullas y comenzó a recorrer las calles; era indispensable perseguir a los fugitivos para que no volvieran por otra.

"Una de éstas, dice el cronista español Talavera, era mandada por Camilo Henríquez, quien con un gran palo en mano, sin capa ni sombrero, dando voces a los patriotas frente al palacio directorial, reunió mucha mocería y formando su división y cuadrilla, la capitaneó, dirigiéndose al cuartel de San Pablo, que era el punto de reunión de los penquistas".

Martínez de Rozas, el Capitán Carrera y fray Camilo, se volvieron a encontrar. Cambiaron algunas ideas en caminando enseguida sus pasos directamente hacia el Convento de Santo Domingo.

No se habían equivocado; allí estaba escondido el valiente Comandante realista don Tomás de Figueroa, sintiendo en el fondo de su corazón el fracaso de su tentativa. El consideraba que la dominación española era justa y por

tal cosa luchó como siempre lo había hecho; ahora la suerte le era adversa. ¡Qué le iba a hacer!

Salió resignado. Comprendía bien que ya no volvería a recorrer solo aquellas calles.

Con la mirada altiva y paso firme siguió a sus perseguidores.

Martínez de Rozas, tenía ahora un deber más que cumplir: hacerle juzgar. Así se hizo y la condena fué a muerte. A las 4 de la mañana el comandante Figueroa pasaría a mejor vida.

Fray Camilo sintió helársele la sangre al escuchar la sentencia, su corazón latió violentamente; al comandante no podía considerarlo como enemigo, no sabía por qué.

Un momento después entraban al calabozo a comunicarle al reo la sentencia.

La recibió estoicamente, como buen español; sólo rogó que le permitiesen confesarse con el padre franciscano fray Blas Alonso. Su ferviente súplica no fué escuchada.

El secretario de la Junta don José Gregorio Argomedo, le notificó que el padre Camilo Henríquez sería su confesor.

Don Tomás de Figueroa sintió ensancharse su pecho de indignación. ¿Sería posible que él vaciara su corazón en el de un enemigo? ¿Acaso aquel revoltoso no tenía en parte culpa de su prisión? ¿Iría él a agachar la cabeza y con la mansedumbre de un cordero pedir perdón de sus pecados en esas circunstancias?

El corazón cristiano del realista, humillóse al máximo. Recordó que el sacerdote patriota era el representante

de Dios, del mismo Dios de España, el mismo que tenía en el fondo de su alma.

Y sólo murmuró: ¡Dios mío, que se haga tu santa voluntad!

Entraba en el calabozo Fray Camilo.

—Buenas noches, comandante— le dice.

El profundo silencio fué la respuesta.

Fray Camilo avanzó hasta él.

En un viejo sillón de cuero estaba sentado. Sus 64 años le daban un aspecto venerable. Al verlo cargado de esposas y grillos sintió un vuelco en el corazón, el alma del fraile se llenó de congoja.

La vela de sebo encerrada en un farol iluminaba el trágico cuadro.

Fray Camilo tocó el hombro del prisionero con suavidad, como lo haría un amigo.

Don Tomás de Figueroa, levantó sus manos hasta tomar las del fraile y afirmándose en ellas se hincó.

—Padre —le dice— no puedo morir sin que Dios perdone mis pecados y Ud. me dé la absolución.

—Dios en su infinita misericordia ya os ha perdonado —respondió fray Camilo— y os dará el consuelo y paz de la vida eterna; poned vuestra mirada lejos de este mundo y veréis que la gloria del cielo no tiene comparación a ninguna otra; pensad en el ejemplo de Jesús, él también fué idealista como vos y sufrió y murió; vos igual, con la sinceridad de vuestra alma habéis luchado por vuestra patria, sin egoísmo, sin ambiciones. Los designios de Dios son inescrutables.

Don Tomás de Figueroa ha dejado en el alma del Monje de la Buena Muerte hasta el último secreto lleno de profunda piedad.

Minuto a minuto la muerte se acercaba. Rondaba ya las firmes puertas del calabozo.

Venían pasos hacia la celda.

El monje sacó una cruz que tenía junto a su pecho y pasósela al reo. Este la estrechó a su corazón después de besarla.

Lo ayuda a sentarse de nuevo en el sillón.

Se abre la puerta del calabozo; ambos fijan su mirada hacia allá. Un capitán, doce soldados y un teniente avanzan.

Amarran en el sillón al infortunado comandante.

Fray Camilo le toca el hombro diciéndole:— Que el Dios todopoderoso os dé la vida eterna.

Acercóse a la puerta, en sus labios y corazón se unía a las plegarias del condenado.

Un instante después los arcabuceros habían dejado sin vida al comandante realista don Tomás de Figueroa.

Eran exactamente las 4 de la mañana.

Fray Camilo salió con el alma desgarrada. No pudo explicarse jamás por qué se había sentido atraído al comandante en su desgracia.

Desde entonces tendría otra cosa por qué luchar y sería por la abolición de la pena de muerte, sobre todo por motivos políticos.

El recuerdo de don Tomás de Figueroa lo acompañaría toda la vida.

Con la trágica muerte del comandante realista, un abismo insondable separaría a realistas y patriotas.

A las 4 de la tarde del día siguiente, se levantó una horca en la Plaza y en ella se colocaron cinco cadáveres de los soldados de Figueroa, declarándolos reos de alta traición a la patria. A esta ceremonia se obligó asistir a las tropas y milicias que se encontraban en la Capital.

Más allá, en la puerta de la Cárcel estaba el cadáver de Figueroa a la vista del pueblo para que sirviera de escarmiento a los que desearan alterar el orden mantenido por la Junta.

Ese mismo día el gobierno, por medio de un bando, explicaba los acontecimientos y pedía al mismo tiempo que le ayudasen a buscar a los soldados cómplices de Figueroa ofreciendo una recompensa de diez pesos por cada uno. Los fugitivos habían tomado el camino a Valparaíso sin orden ni concierto. En el camino fueron muchos aprehendidos conduciéndoseles a la Capital. Se les sometió a proceso, condenándoseles a prisión.

La energía desplegada por don Juan Martínez de Rozas había salvado la situación.

¿Estaba comprometida la Audiencia? Pues bien: se disuelve y reemplázase por un tribunal patriota. Con su fuerza de carácter y visión don Juan Martínez de Rozas comenzó a levantar los cimientos de la República.

Mientras tanto, y repuesta ya de su crisis nerviosa, Carmencita salía sigilosamente con Corina por el zaguán y se encaminaban en dirección a la Plaza. Sus cabezas cubiertas con sendas mantillas les cubrían casi por completo el

rostro. La agitación del pueblo era visible. El día anterior había sido una terrible pesadilla.

¡Cuánto luchó Corina por retener a Carmencita; y ver modo de hacer llegar a casa de ésta noticias suyas ¡Ahora ambas poseídas del mismo temor recorrían las calles.

¿Qué habría sido de Abel?

Se hablaba de varios muertos entre los del Cuartel de San Pablo. ¿Estaría entre ellos?

—Vamos donde Luis Carrera— dijo Carmencita.

—¡Yo no me atrevo! —exclamó Corina

—¡Por caridad!— volvió a insistir la niña.

Corina cuyo corazón dominaba su ser no pudo negarse.

Don Luis las recibió con profunda sorpresa.

—¿Uds. por aquí?

—Sí, Luis —díjole Carmencita— dígame Ud. ¿qué es de Abel?

La voz de la joven se estremecía. Su cuerpo estaba próximo a desplomarse.

Ante el silencio de Carrera ella volvió a insistir: —Por favor Luis, infórmeme de todo aunque sea doloroso, dígamelo mi corazón ya no puede más.

Don Luis compadecido del dolor de la niña le explicó lo sucedido: la muerte de Figueroa, la huída de sus tropas hacia Valparaíso y la orden de buscarlas.

Carmencita poseída de horrendo dolor se había quedado muda. Corina preguntó entonces: ¿Entre los heridos no estaría Abel?

—Francamente no sé —respondióle don Luis— el que pudiera informarles sería fray Camilo que los atendió.

—¡Fray Camilo! —exclamó llena de ansiedad Carmencita— iremos allá, él es tan bueno, no lo habrá dejado morir.

—Uds. me perdonarán, si no he podido servirles como quisiera, pero, permitidme al menos acompañarlas — díjoles don Luis.

—No sabe Ud. el favor que nos hace— exclamó con voz temblorosa Carmencita, secándose las lágrimas que resbalaban por sus pálidas mejillas. Corina como una estatua, a su lado, escuchaba hundida en quizás qué pensamientos.

Un momento después llegaban a presencia del monje de la Buena Muerte.

Carmencita corre hasta él.

—¡Padre! — le `dice— ¡cuán terrible es mi desgracia! ¡Mi pobre Abel!

El llanto le impidió proseguir.

Fray Camilo con toda calma le toca suavemente el brazo diciéndole: —¿Por qué tanta aflicción hija mía? ¿En qué quedó vuestra confianza en Dios? ¿Abel? vive, pero no lo podréis ver por mucho tiempo.

—¿Está herido acaso? — sollozó la joven.

—Calma, calma, muchacha, ya os lo diré todo: en medio de la plaza, cuando recorría los heridos para prestarles auxilio, entre los que ya estaban muertos encontré a Abel, sangraba abundantemente de un brazo. ¡Padre! —me dijo— no comprendo qué ha pasado. Yo sí — respondíle: Por el momento seguid en el suelo donde estáis, yo os haré salir de aquí inmediatamente. Minutos después y cubierto en una capa mía, que ocultaba su uniforme de oficial del Cuartel de San Pablo, le eché dentro de una calesa, enviándole

a un sitio seguro. Sois pues —agregó el fraile— guardadores de un secreto y de vuestra reserva depende la vida de él.

Carmencita lloraba amargamente. Corina la atrajo a su pecho; en su rostro se dibujaba la intensa emoción que la dominaba. Don Luis Carrera, serio, contemplaba la escena.

—Fray Camilo —le dice— ¿Vos amparáis a un realista?

—No, mi amigo Luis —le responde de inmediato— yo soy su consejero, tengo en él plena fé y sé que si hubiese estado en antecedente de lo que se fraguaba me lo habrí informado. Soy su confesor y su amigo.

—Allá vos con lo que hacéis —díjole Carrera— que yo por mi parte soy una tumba.

—Gracias Luis —gimió Carmencita.

—Decidme padre —agregó enseguida— ¿dónde está Abel?, decidmelo, no diré a nadie, os lo juro.

—Confía en mí, hija mía, a su debido tiempo hablaré con don Juan Martínez de Rozas, ahora es imposible, sería sometido a proceso y condenado posiblemente. Os ruego que tratéis de consolar a doña Candelaria y convencerla de que su hijo tomó el camino a Valparaíso, estando ya salvo. Yo por mi parte sólo puedo deciros que confiéis en Dios y en mi pobre persona. Por el momento nadie debe saber donde se encuentra Abel, pero tened tranquilidad ya que está bien o al menos libre.

Más calmada, despidióse de fray Camilo y volvióse a su casa, acompañada de Corina y Luis Carrera.

Allí reinaba un verdadero desconsuelo; doña Matilde Altamirano, madre de Carmencita, había sufrido varios síncope y habríase agravado si no vé a su hija y la estrecha

junto a su pecho. Don Jerónimo Martínez, en cambio, estaba hecho un "quique". Bien se lo había dicho su amigo don Jaime Blanco: "mi mujer y tu hija conspiran", la primera por llevarme la contraria y la segunda por congraciarse con la que va a ser su suegra. Tenía razón el bueno de don Jaime. Avanzó hasta su hija que lloraba amargamente. La presencia de Luis Carrera y Corina le hizo retenerse. Pero cuando éstos se retiraron, con afectada actitud le dijo: —insurgente, rebelde, una hija mía— ¡qué castigo tan grande!— ¡Dios nos proteja, ofender así a Su Majestad!.

Doña Matilde no escuchaba a su marido, quien en su afán de aparecer como un hombre enérgico y decidido, volvía a repetir las mismas recriminaciones a la muchacha. Cansado ya de tanta indiferencia, lanzó una frase que tenía que ser contestada:— Matarán a Abel, eso es seguro. ¡Qué lo van a respetar estos pícaros!

Carmencita sintió que una flecha le atravezaba el corazón y cayó desplomada en brazos de su madre.

Doña Matilde dió una mirada de fastidio a su consorte y dedicóse a auxiliar a su desventurada hija, sin dejar de lanzarle a su marido esta frasecita: ¡No te das cuenta del daño que haces? Déjanos en paz que para nada necesitamos tus consejos.

Don Jerónimo, no se hizo repetir y salió de la habitación, encaminándose de inmediato a casa de don Jaime; bien sabía que de toda lucha emprendida con su mujer él salía derrotado.

Aqué! día don Jaime había amanecido profundamente patriota y es así como al recibir a su amigo su saludo fué:— ¡Qué gran desgracia la nuestra, pero tengo confianza en los que nos gobiernan!

—¡Cómo! — exclamó alarmado don Jerónimo. ¿Tú crees que estos tales por cuales van a tenerle consideración a tu hijo si cae en sus manos?

—Sí, lo creo — dijo con cierto aire de superioridad el caballero.

—Tienes razón — respondió el indeciso don Jerónimo— a lo mejor, a lo mejor...

—¡Cómo es eso don Jerónimo; don Juan Martínez de Rozas, es muy mi amigo; además Abel, no se dejará atrapar tan fácilmente!

—Por más que lo sea, mi señor don Jaime: Martínez de Rozas tiene una voluntad indomable.

—Así es, así es.. —exclamó el caballero— pero ante los llantos de vuestra esposa mi señora doña Matilde y los de vuestra encantadora hija doña Carmen agregados a los de mi mujer, no podrá persistir en su resolución.

Misiá Candelaria Ballesteros, había llorado amargamente su desgracia y al día siguiente de la revuelta, en compañía de misiá Javiera Carrera y misiá Paula Jara Quemada, habían conversado ya con don Juan Martínez de Rozas.

Este les manifestó que, la ley regía para todos por igual, pero que como Abel, pertenecía al Cuartel de San Pablo por ser realista de sangre y no había hecho actividad alguna en contra de la patria, existía ya un poderoso atenuante; además, agregó: El tribunal es el que tiene que juzgarle cuando aparezca, y yo solamente conocer su resolución.

Doña Candelaria tenía el alma oprimida, en vano las dos damas trataban de alentarla con su entereza y biza-

rría. Ahora lamentaba más que nunca la indecisión de su marido que jamás había prestado un servicio a ninguna causa.

Aquella tarde en el rincón más obscuro de la Iglesia Catedral, doña Candelaria y Carmencita desahogaban sus doloridos corazones.

— VI —

El Conde de la Conquista don Mateo de Toro y Zambrano, desde el 26 de Febrero, dormía el plácido sueño de la muerte y el obispo don José Antonio Martínez de Aldunate, por sus años, no se mezclaba en los asuntos de gobierno, es por esta razón que vemos actuar a don Juan Martínez de Rozas y cargamos a su haber la responsabilidad de la situación producida.

Toda su preocupación era la constitución del primer Congreso Nacional y vió coronado sus desvelos en Julio de 1811, con la primera reunión. Allí pronunció un vibrante discurso en su calidad de presidente accidental haciéndoles ver a los señores diputados sus obligaciones y deberes de la hora presente.

Fray Camilo, no tenía en sus manos el garrote con que recorrió las calles el 1º de Abril, pero sí, el cargo de diputado suplente por la Florida; el propietario era el ca-

nónigo don Juan Fretes. Aquí hay algo muy interesante que anotar:— el flamante diputado suplente no habló nunca en el Parlamento. ¿Por qué? Aquí viene lo increíble: porque el diputado Fretes concurrió de la primera a la última sesión.

Las fiestas de celebración de la apertura del primer Congreso Nacional consultaban como principal número un solemne Te Deum. “La tropa presentó las armas, y entre el estruendo marcial de una salva de artillería se dirigió el pomposo congreso a la Santa Iglesia Catedral en donde prevenido el Cabildo eclesiástico, se dió principio a la misa que celebró el vicario capitular. Acabado el Evangelio, se les dió incienso, y a besar el Misal a los vocales de la Junta”.

Es de advertir que a esta ceremonia asistieron “moros y cristianos” o sea realistas y patriotas.

Y es así como aquel día las amplias naves del templo estaban atestadas de gente. Los realistas asistieron por curiosidad, los otros por mirarles la cara ante la sorpresa que les tenían preparada.

Un murmullo se produjo en la multitud, en el momento en que debía pronunciarse la oración. Con paso firme y decidido avanzaba al púlpito: Fray Camilo Henríquez.

Los realistas, y entre ellos doña Agueda Lecaros, se horrorizaron. Catita díjole:— Ese es....

—Calla, negra “de moledera” — musitó la señora, que olvidó por un instante la santidad del recinto. Ella lo sabía mucho tiempo ha.

¿Qué iría a decir el Monje de la Buena Muerte?

Muchas cosas que tenía preparadas y no encontró hasta entonces la ocasión de manifestarlas. Los patriotas miraban de reojo. Más de alguna dama aristocrática se persignó dos veces, una porque correspondía al Evangelio y la otra por lo que sus oídos iban a tener que escuchar.

Con sencillez comenzó el fraile su oración "dando a conocer el origen, progreso y fin de todos los principales imperios del mundo y entró a probar enseguida que la mutación del Gobierno de Chile era autorizada por nuestra Santa Religión Católica; que era conforme y sostenida por la razón en que se fundaban los derechos del hombre y que entre el gobierno y el pueblo, existía una recíproca obligación, en el primero, promover la felicidad del segundo, y en éste la de someterse con entera obediencia y confianza al gobierno".

Si fray Melchor Martínez, estuvo presente, debe haber sufrido un patatúz.

Las coloniales señoras estaban escandalizadas, aún cuando poco habían entendido de sermón.

Terminada la Acción de Gracias, unos salieron satisfechos y otros despechados. El único que no pensó nada fué Fray Camilo. Tan acostumbrado estaba ya de manifestar sus ideas.

La ciudad entera comentó lo sucedido; al paso del monje de la Buena Muerte, le apuntaban con el dedo, agregando a ello algún comentario.

Al poco tiempo, Camilo Henríquez presentaba por medio del Cabildo un plan de enseñanza para el pueblo de Chile en que se incluían clases de gramática castellana y literatura; establecía también un curso de matemáticas, otro

de ciencias sociales en que debía enseñarse a los alumnos el conocimiento de sus derechos, se incluía aquí la economía política.

Pero la cosa no era tan fácil como parecía, la falta absoluta de textos lo impedía todo, sin embargo, fray Camilo pidió a los patriotas que si tuviesen en su poder libros de estudio se los proporcionasen y fué así como logró juntarse con algunos de inapreciable valor, otros sólo habrían servido para aquellos que les gusta formar bibliotecas y no leer jamás. Había salvado un escollo; le quedaban muchos todavía. ¿Iría a desconsolarse por eso? Quién no lo conociera podría creerlo. Iba aún más allá, a la fundación del Instituto Nacional, establecimiento al cual se uniría el Seminario y contaría también con un museo. La educación debía ser cívica, literaria, científica y militar.

Claro está que su idea era realizable, puesto que el 27 de Julio de 1813 la Junta y el Senado acordaron dicha fundación. Y afirma don Miguel Luis Amunátegui: "La fundación del Instituto Nacional basta y sobra para su gloria".

Al plan de estudios de dicho Instituto nada había que objetarle; la cabeza que lo confeccionara tenía certeros conocimientos de causa.

Y se le dió tal importancia a este colegio, que el general don Francisco Antonio Pinto y el general don Joaquín Prieto, en sus respectivas presidencias, asistían a los exámenes, á fin de alentar a los alumnos y felicitarles para conseguir de ellos buenos ciudadanos.

El fraile tenía un anhelo en su alma y era que los sacerdotes se dedicaran a la educación. ¿Quién mejor que

ellos que conocen las fibras más íntimas del corazón humano podían educar intelectual y moralmente a un pueblo que comenzaba a vivir?

Un pueblo sin cultura, no es un pueblo. ¿Qué se puede esperar de aquellos que sólo siguen el rodar de las horas contando así hasta el final de su existencia, sin un ideal, sin un anhelo, sin una esperanza? ¿Qué se hubiera conseguido de fray Camilo encerrado en la celda de un convento? Nada... Y él pensaba:— ¿Qué se puede esperar de un pueblo rutinario que pudiendo combatir, no combate, que pudiendo luchar, no lucha; que pudiendo ser libre, prefiere la opresión, no faltándole por cierto el diario sustento?

Nada, absolutamente nada.

Felizmente el pueblo de Chile no estaba entre esos. Corría por sus venas la sangre indomable de Arauco y allí estaba el secreto del por qué los chilenos deseaban el ser libres y muchos realistas cuyos pulmones se alimentaron con el aire de esta tierra de Lautaro, Caupolicán y Galvarino, también.

Y la pesada labor de guiar a un pueblo e inculcarle un ideal que le hiciese cristalizar en el pecho el deseo de hacerse grande y respetado, fray Camilo se la deseaba a sus hermanos en religión. Era la obra de mayor trascendencia, la más noble, la que daría cimientos a esta patria nueva.

Vió pues, coronados sus esfuerzos y plenamente.

El incansable monje tenía preparado un plan e iba dándole curso poco a poco. ¿Los tropiezos? ¿Qué importan si hay con quien tratar de eliminarlos? ¿Acaso una pléyade de patriotas no lo asesoraban y junto con él meditaban so-

bre el futuro de esta tierra? Habían nacido aquí, es cierto, pero tenían además la ventaja de considerarla suya, propia, y es por eso, que la guían y defienden con verdadero ahínco; la quieren instruída, noble y respetada, con derecho a figurar como nación.

— VII —

Han pasado tres meses de la dolorosa escena del 1° de Abril; mientras doña Candelaria, postrada en su lecho, no hace más que llorar la ausencia de su hijo; Carmencita Corina y Ana María Cotapos, han recorrido la ciudad averiguando el paradero de Abel; pues fray Camilo permanece inmutable. Todo ha sido en vano. Entre los juzgados por el tribunal tampoco figura. Terrible desconsuelo invade el corazón de la joven. ¿Habría muerto acaso y se lo ocultaban? Pero, ella había visto los cadáveres colocados en la horca de la plaza y ninguno era Abel.

Mientras tanto en casa de una amiga de Manuel Rodríguez, en La Chimba, Abel Blanco se reponía lentamente de sus heridas. Ambos habían sido siempre amigos muy sinceros; el día de la revuelta Rodríguez fué de los primeros en llegar a la plaza, allí encontróse con fray Camilo; un instante después estaba Abel en una "calesa" guiada por su amigo. Una vez puesto a salvo, en medio de la confusión, llevólo a casa de una vieja patriota donde estaba él alojado y comenzaron la curación de sus heridas.

Ahora podía andar y esperaba impaciente la llegada de Rodríguez. Cuando las sombras de la noche se extendían ya por la ciudad, éste, golpeaba suavemente a la puerta; la vieja dió grandes señales de alegría. Abel permaneció en un rincón, siempre triste, siempre pensativo. Su pensamiento iba veloz hacia su pobre madre y hacia la dueña de su corazón que sufrirían enormemente. Por fray Camilo estaba informado de lo que pasaba, pero, ¿hasta cuándo se iría a prolongar su amarga situación? ¿Qué se habían hecho las misivas que él dirigiera a Martínez de Rozas diciéndole donde se encontraba y el motivo por qué no podía llegar hasta allá? ¿Cómo salía si no le era posible caminar y además por la vigilancia de doña Peta?

Nada se explicaba en su dolor el pobre oficial; pero las cosas estaban claras; cuánta carta dirigía a Martínez de Rozas o a otros miembros de la Junta, era entregada a Rodríguez por el mensajero, por este motivo y a medida que la mejoría se acentuaba, se estrechaba su vigilancia. Rodríguez temía que el joven cometiera la locura de entregarse cuando aún no era tiempo. Así y todo y pese al verdadero espionaje existente a su alrededor, una tarde, Abel Blanco, desapareció. Rodríguez vino a saberlo cuando el Tribunal ya lo había juzgado y el joven oficial del Cuartel de San Pablo había sido condenado a tres años de destierro a Juan Fernández.

Cuando Carmencita se impuso de lo sucedido cayó desplomada de dolor, y éste se prolongó en forma amarga en las diversas diligencias para conseguir el indulto. En vano don Jaime Blanco y don Jerónimo Martínez se entrevistaron con el presidente de la junta, rogándole la conmutación de la pena; la medida estaba ya tomada y dos días

después el reo debería emprender viaje. Lo único que habían podido conseguir era que la familia lo visitara en su prisión.

Fray Camilo, los Carreras y otros patriotas se toparon con la firmeza de carácter de Martínez de Rozas. Varios fueron cuantos pasos dieron en favor del procesado. En el fondo aquél tenía la razón: los pueblos no se gobiernan con sentimentalismos, sino con rectitud y energía. La libertad de Abel significaba un acto de enorme injusticia puesto que los otros participantes con el mismo delito habían recibido su respectiva condena, así lo comprendieron los solicitantes, que sólo pudieron desear conformidad al procesado. Fray Camilo desde un principio había manifestado a Abel que apenas mejorara de las heridas recibidas se entregara, de igual opinión fué Manuel Rodríguez. El joven también lo estimó así.

Misiá Candelaria Ballesteros, se consumía en su lecho lentamente, no había para ella consuelo posible: todo era hablar de su hijo y del ardiente deseo de tenerlo entre sus brazos.

—¡Ah! —vociferaba doña Agueda Lecaros— estos patriotas no tienen corazón ¡qué hombres tan malos!

Don Jaime movía la cabeza en señal de asentimiento.

En ese instante entraba a la habitación fray Camilo.

Se acercó a la enferma que permanecía con los ojos cerrados para decirle al oído: —Señora Candelaria, le traigo una sorpresa...

Abrió los ojos la enferma al sentir la voz del fraile; brillaban lágrimas en ellos.

—Padre —le dice— ¿me traéis acaso noticias de mi hijo? Decídmelo pronto, por Dios...

—Calma, señora, os lo suplico; sí, os traigo esas noticias y mejores de las que voís imagináis.

Misiá Candelaria sacó de debajo del almohadón un pañuelo y enjugóse las lágrimas.

—Abel —prosiguió el monje —está aquí.

—¡Padre, padre...! — gritaba la señora tratando de tomarle las manos.

Entrando, ante la emoción de todos, corrió hasta el lecho el hijo ausente.

—¡Madre mía! — exclamó — ya no me iré de vuestro lado, nunca más...

Don Jaime lloraba como un niño. Doña Agueda sacó un pequeño pañuelo pasándoselo también por los ojos.

—No es tan malo al fin Martínez de Rozas ya que lo ha dejado venir — murmuró enseguida.

Fray Camilo emocionado invitó a don Jaime y a doña Agueda a salir de la habitación, mientras la señora Candelaria no dejaba de abrazar y besar a su hijo. El, recostado sobre el pecho de su madre la consolaba dulcemente.

—Mamita —le dice— Ud. como buena patriota debe tener serenidad.

—¡Ah, yo soy lo que tú seas, hijito! —le dice en medio de convulsiones nerviosas— ¿No te irás de mi lado, verdad?

—No mamita, ahora la cuidaré hasta que se mejore — prosiguió el joven.

La buena señora lo mantenía firmemente estrechado a su corazón, parecía temer que se lo volvieran a quitar.

Minutos después la señora dormía. Sus mejillas estaban marcadas por la fiebre.

El doctor entró a la alcoba, tomó el pulso a la enferma, observóla un momento y luego llamó a Abel.

—Joven— le dijo— no abandone un instante el puesto que ella le ha designado, porque mi señora doña Candelaria se nos va...

Palideció de súbito Abel. No, no era posible... el doctor no sabía lo que hablaba.

La realidad vino a confirmar el pronóstico: a la mañana siguiente, misiá Candelaria había dado por última vez una mirada al hijo de su alma. Junto a su lecho, fray Camilo le había proporcionado los auxilios de la santa religión.

Abel comprendió tristemente, que su vida desde ese instante era otra, el espíritu de su madre se había unido al suyo, en el corazón.

—¡Padre! —le dice a fray Camilo— desde este instante soy patriota como ella y Ud., partiré al destierro, pero a la vuelta lucharé por el ideal que ella luchó y que acaba de dejar sembrado en mi alma.

—¡Madre! —gritó lleno de dolor corriendo hacia el lecho— ¡yo seré lo que tú fuiste, os lo juro!

Fray Camilo levantó al joven que permanecía hincado junto al lecho de su madre y lo sacó de la habitación.

Doblaban las campanas de San Francisco, cuando los restos de misiá Candelaria Ballesteros de la Cerda, eran depositados en su última morada.

Esa misma tarde Abel estaba de nuevo en la cárcel, después de haber pasado por el terrible dolor de ver morir

a su madre, despedirse de la desconsolada Carmencita y dejar solo a su padre en medio de su pena.

Fray Camilo había compartido con ellos la tragedia.

Llegaba el sol al ocaso.

Una leve brisa penetraba por la enrejada ventana agitando la rubia cabellera del joven oficial.

El reloj de los Teatinos esparcía por sobre la ciudad el rumor de sus siete campanadas.

—VIII—

Intranquilo andaba de nuevo el monje de la Buena Muerte. ¿Qué idea embargaba su mente? ¿Qué pensamiento le abstraía hasta tenerle recogido y alejado de sus amigos?

Nunca el fraile visionario sonó lo imposible.

No era poco lo que deseaba ahora: quería nada menos que sacar un periódico, que llevase a todos, además de las noticias de los acontecimientos del país, la propaganda de las nuevas ideas.

¿Se habría vuelto loco Fray Camilo?

La respuesta la vemos enseguida: En Noviembre de 1811, se avistó en Valparaíso la fragata Galloway, trayendo para don Mateo Arnaldo Hoevel, materiales de imprenta y operarios norteamericanos especializados en su manejo.

A comienzo de 1812 quedó instalada la imprenta en uno de los departamentos de la Universidad de San Felipe (hoy Teatro Municipal). El establecimiento se denominó: "Imprenta de este Superior Gobierno". Se nombró

director a don José Camilo Gallardo, por ser conocedor del oficio, ya que en 1810 había tenido una imprentita en la que sólo se podían imprimir esquelas de invitación.

El 16 de Enero, el gobierno dictaba el siguiente decreto:

“Santiago, y enero 16 de 1812. No debiendo esperar con solidez el Gobierno las incalculables ventajas que se ha propuesto en la apertura de la prensa, sin que sobre los reglamentos meditados se elija un redactor que adornado de principios, de relijión, talento y demás de virtudes naturales y civiles disponga la ilustración popular de un modo seguro, transmitiendo con el mayor escrúpulo la verdad que sola decide la suerte y crédito de los gobiernos, y recayendo éstas en el presbítero Fray Camilo Henríquez, de la orden de la Buena Muerte, se le confiere desde luego este cargo, con la asignación de seiscientos pesos anuales. Hágase saber al público y cuerpos literarios para los efectos convenientes. Tómese razón en la Tesorería General, y dándose testimonio al nombrado para que le sirva de título bastante, archívese.

CARRERA. CERDA. MANSO. Vial, Secretario”.

Así nació, amables lectores, la “Aurora de Chile”. El nombre mismo encerraba el ideal de los patriotas, esa aurora se vislumbraba ya, aunque lejana; pero su comienzo era el periódico que habría de ir formando las mentes ciudadanas.

Desde el primer número empezó propagando la idea de libertad. Advierte que los artículos sin firma son

de su responsabilidad. Adopta enseguida el seudónimo de Quirino Lemachez, otras veces aparecen artículos firmados por Patricio Leal y también se le atribuyen. No es raro que así fuere, porque al escritor no se le conoce por la firma, sino por lo que dice la pluma. Nadie en la época, se habría atrevido a decir lo que él decía. ¿Qué habría obtenido con rodeos? Las guerras no se ganan contemplándolas, sino luchando. Así él prefiere arriesgarlo todo de una vez, que ir sondeando el terreno. Estupor causaban sus artículos y por eso mismo quedaban grabadas en cada mente sus palabras. Si ellas hubiesen sido tibias, seguramente las habría cubierto con facilidad el olvido. Y el escritor va adquiriendo nombre y las razones que da para querer ser libres encuentran eco, aún entre sus enemigos, comenzando entonces a "criar fama". Claro está que no todos estaban con el monje, ni mucho menos fray Melchor Martínez, realista, que lamentaba no haber sido inquisidor para liquidar en un instante al "hereje" que no respetaba la autoridad del rey. El origen divino de las dinastías, tenía sin cuidado a fray Camilo, porque bien sabía que ese origen se lo atribuían y nada tenía que ver con lo santo y puro venido del cielo.

Los superticiosos se sentían desfallecer: los que no lo eran dábanse a la razón.

Fray Camilo encontró colaboradores para su periódico —que dicho sea de paso, aparecía los jueves— y entre ellos citaré a don Antonio José de Irisarri, don Juan Egaña, don Hipólito de Villegas, don Anselmo de la Cruz, don Manuel de Salas, don José M. Infante y don Manuel José Gandarillas. También había otros más tranquilos como don Agustín Vial, el padre franciscano José María Ba-

zaguchiascua y el español don Manuel Fernández Hortelano.

Todo esto tenía sus bemoles como veremos a continuación: cuenta don Aurelio Díaz Meza¹ que muchos de los artículos publicados en la *Aurora* fueron atribuidos a personas que no eran sus autores y recibían, por ellos felicitaciones; pero se sabe también de un señor, llamado don Pedro María de Guzmán y Roco, que recibió una paliza por habérsele atribuido "una carta de un chileno residente en Lima", en la cual se hacían ciertas apreciaciones a "terceros". Por cierto que el señor Guzmán ni siquiera sabía por qué le estaban rompiendo la cabeza, en los momentos del vapuleo².

Tenía sus peros el oficio.

Pero volvamos al día de la aparición de la "*Aurora de Chile*"; fray Camilo no cabía en sí de gozo; don José Miguel Carrera, igual. El la había encargado.

Camilo Henríquez escribía en cada número dos o tres artículos.

El 13 de Febrero de 1812, la gente corría por las calles de la ciudad, con un ejemplar en la mano. Todos se abrazaban, era un día de intensa alegría. Fray Camilo desde una ventana de la Universidad de San Felipe contemplaba emocionado la escena. Su campo de batalla estaba listo, sólo quedaba presentar combate. Los timoratos creyeron llegada su última hora. Fray Camilo creía lo mismo, pero que sería de a poco. Y el monje se las ingeniaba: faltaban colaboradores, pues bien, colocaba traducciones de "Gacetas" francesas e inglesas.

El, hablaba el francés, no así el inglés; pero el empeñoso fraile no se quedaba corto y es así como anunció en

el número 9 de la Aurora, que había empezado el aprendizaje de este idioma para traducir noticias de EE. UU. e Inglaterra, a sus lectores. Un mes después cumplía con lo prometido.

¡Qué ejemplo para nuestros estudiantes!

La Aurora se publicó hasta el 1º de Abril de 1813; la suscripción importaba \$ 6.— al año en Santiago; \$ 9.— en el resto de Chile y \$ 12.— en el exterior.

“En 14 meses el mantenimiento de la imprenta, importó al Estado \$ 3.900.— sin tomar en cuenta el valor del papel y la tinta”.

Pero así como al árbol se conoce por sus frutos; así también al hombre se conoce por sus obras; veamos entonces que dice fray Camilo desde las columnas de la Aurora: “Vosotros no sois esclavos, ninguno, puede mandaros contra vuestra voluntad. ¿Recibió alguno patente del cielo que acredite que debe mandaros? La naturaleza nos hizo iguales: solamente en fuerza de un pacto libre, espontáneo y voluntariamente celebrado, puede otro hombre ejercer sobre nosotros una autoridad justa, legítima y razonable”. El fué el que preguntó públicamente: “Qué fecha tiene y qué firmas autorizan el pacto que convierte a nuestro país en colonia de España? La dominación de España en vez de apoyarse en algún derecho, está contra las leyes de la naturaleza, que ha colocado entre nosotros y ese rincón de Europa la inmensidad del Océano”.

Fray Camilo siguió sin desmayar su apostolado y no las llevaba todas consigo porque fray Melchor Martínez le tenía ojeriza desde hacía mucho tiempo y en sus Memorias Históricas refiriéndose al redactor de la “Aurora” dice textualmente: “Para editor i maestro, que debía aumentar i

formar la opinión del público fué elegido por el gobierno un fraile de la Buena Muerte, natural de Valdivia, el cual por haber sido declaradamente secuaz de Voltaire, Rousseau y otros herejes de esta clase, había sido castigado por la inquisición de Lima; i después de haber tenido buena parte en la revolución de Quito, se hallaba fujitivo en Chile, activando cuanto podía las llamas de la insurrección. Estas cualidades i delicuenta conducta que debían hacerle despreciable en cualquier país arreglado, eran precisamente sus recomendaciones principales, sin las que sería inútil para el destino.

“Efectivamente, su periódico empezó a difundir muchos errores políticos i morales, de los que han dejado estampados los impíos filósofos Voltaire y Rousseau; aunque en la doctrina del segundo estaba mas iniciado, pues traslada por lo común literalmente los fragmentos de sus tratados. Todo el afán es probar que la soberanía reside en los pueblos; que los reyes reciben la autoridad de éstos, mediante el contrato social; i que son amovibles por la autoridad del pueblo; que la filosofía ha sido desatendida por el espacio de diez y ocho siglos; pero que ya amanece la aurora de sus triunfos, i empieza a levantar su frente luminosa i triunfante, lo que es decir que la impiedad i el error prevalecen sobre la religión de Jesucristo.

“En cuanto a publicar noticias, se observa, más puntualmente que en los anteriores tiempos, aumentar i finjir las que convencen la total ruina de la Península, las ventajas de las provincias revolucionadas de América, i la ninguna esperanza ni probabilidad de recobrar su trono Fernando VII”.

El enemigo era inteligente y le tenía "pica"; pero lo que más le dolía era que fray Camilo no lo tomaba en cuenta, en una palabra, lo dejaba que hablara, sin contestarle.

Fray Melchor miraba la situación bajo el criterio realista, el otro pensaba como patriota. Los modos de pensar eran completamente antagónicos.

Si Fray Camilo hubiese caído por segunda vez en manos de la inquisición, éste habría sido el punto final de su historia.

Camilo Henríquez parecía exasperarse a veces. Lee-mos en la Aurora: "¿Hasta cuando pensar? Bastante lo habéis hecho. Sed libres. Desead ser libres i lo seréis".

Y dice don Miguel Luis Amunátegui: "Que Chile no olvide nunca la memoria del hombre que antes que nadie se atrevió a aconsejar por la prensa que fuera una nación".

Para formarnos una idea más clara aún de lo que pensaba Fray Camilo; leamos el N° 19 de la Aurora de Chile, del 19-VI-1812.

"El descubrimiento de la América dió nacimiento al más infame, al más atroz de todos los comercios: el de los esclavos. Se habla de los crímenes contra la naturaleza y no se cita este horrible y execrable. Casi todas las naciones Europeas se han manchado en él. Un vil interés ha sofocado en sus corazones todos los sentimientos de humanidad y natural justicia. Pero, se dice, sin estos brazos las haciendas quedarán incultas en la zona ardiente.

Ah!, queden incultas, cúbranse de malezas, si para labrar-las se necesita que el hombre sea reducido a la condición de las bestias”.

En el N° 29 de la Aurora, se lee lo siguiente:

AURORA DE CHILE

Número 29. Jueves 27 de Agosto de 1812. Tomo I

Nunc *animis* opus, Aenea, nunc *pectore* firmo.

Pueblos Americanos: os he puesto ante los ojos vuestros sacratísimos derechos. Oh!, y si os fuesen tan caros y preciosos como ellos son amables! si conociéseis la ignominia de vuestras cadenas, la miseria de vuestra situación actual! inmensas regiones han de depender de una pequeña comarca de la Europa? En vano la naturaleza puso entre ella y vosotros la inmensidad del océano? Habéis de surcar lo mares para mendigar favores, para comprar la justicia de las impuras manos de unos ministros perversos? Mil veces os puse a la vista la infamia de vuestra degradación. Mi alma detesta la tiranía y se esforzó por trasladar a las vuestras este odio implacable: la alienta el amor de la libertad y de la gloria, y no omitió medio alguno para despertar en vuestros pechos esta pasión sublime, fecunda en acciones ilustres, y tan necesaria para regenerar a los pueblos, y elevar los estados. Educado en el odio de la tiranía, pasada la mitad de la vida en estudios liberales, volví al nativo suelo después de una ausencia de veinte años, cuando creí poderle ser útil. Empecé el arduo designio de la ilustración pública, descendí al campo peligroso, combatí

contra las preocupaciones, os hablé de vuestros intereses, vuestros derechos, de vuestra dignidad.

He trabajado sólo, sólo me he expuesto al odio de la tiranía y del error.

Mis deseos fueron infinitamente superiores a mis fuerzas; y la época de la espectación y de la incertidumbre detuvo el vuelo del jenio, y la llama del espíritu republicano. Los crepúsculos son propios de la Aurora; la plenitud de la luz pertenece al día perfecto. Oh!, pueda yo algún día gloriarme de haber preparado las mejoras de vuestra suerte! pueda el primer escritor de la revolución chilena ver el triunfo de la libertad americana, e inspirado o de Clio o de Melpómene ocupada la mente de la admiración de grandes hechos pueda celebrar a los héroes patrios! Pero mientras permanezcáis en irresolución e incertidumbre, fluctuando entre temores y esperanzas sois un asunto bien pobre para las musas y aún para la historia. Al contrario, inflama la fantasía, presentan escenas interesantes, son una materia espléndida los héroes de la libertad. Han ocupado a grandes ingenios los araucanos antiguos. Han aparecido estos hombres libres en los teatros más célebres y los pueblos más cultos han admirado sus sentimientos y carácter, y han dado lágrimas a sus infortunios. Desde entonces la historia de la patria ofrece un paréntesis de silencio, y un vacío desanimado y melancólico. El amor de la libertad parece acaso con la cultura? Se cansa el clima de influir en los hombres? Hasta cuando pensáis? Resolved: bastante se ha pensado. Pasad el Rubicón y seréis dueños de un mundo. La fortuna se os sonríe y desdeñáis sus gracias. Sois provincias, pudiendo ser potencias, y contraer alianzas con la dignidad y majestad que corresponde a una nación”.

No contento con esto, leemos en el número 35, del Jueves 8 de Octubre de 1812:

AURORA DE CHILE

Número 35. Jueves 8 de Octubre de 1812. Tomo I.

Tiempo es ya de que cada una de las provincias revolucionadas de América establezca de una vez lo que ha de ser para siempre: que se declare independiente y libre, o que proclame la justa posesión de sus eternos derechos. No me detendré en probar que debemos ser libres. Sería un insulto a la dignidad del pueblo americano, dice uno de nuestros políticos, el probar que debe ser independiente: este es un principio sancionado por la naturaleza y reconocido por el gran consejo de las naciones imparciales. No nos liga pacto alguno; ni hay convención que esclavice indefinidamente a todas las generaciones; ni hay ceremonia religiosa, prescrita por la violencia del despotismo, que anule los derechos de la naturaleza.

Este artículo lo firmó bajo los seudónimos de Julio Públio y Cayo Horacio.

La causa exigía al redactor mayores conocimientos y es así como se dedica entonces al estudio del italiano. Naturalmente que debe haber tenido facilidad para los idiomas dada la rapidez con que los aprende.

Más tarde habría de luchar afanosamente por la instrucción pública.

La preocupación del momento era seguir poniendo al pueblo en ambiente para sacudir el yugo de España: "Fernando VII? ¿No estaba cautivo? ¿Habríamos de seguir siendo sus súbditos". No, señores; el que no está en condiciones de ser libre necesita tutor; Chile, nó.

La "Aurora" hubo de ser censurada, la voz del fraile era demasiado enérgica, enconaba en exceso a los realistas; la Junta quería ser conciliadora. Fray Camilo se indigna y les dice: "Quitadnos todas las libertades, pero dejadnos la de pensar y escribir".

El monje de la Buena Muerte, se valió de toda clase de argumentos para convencer a la gente de la necesidad de ser independientes: "Fernando libre fué jurado rei; después se muda su condición en la de cautivo, desatándose, por consiguiente en el vasallo el vínculo del juramento i la obligación o pacto de obedecer al que juró libre, i no cautivo.

"Pero supongamos que Fernando sea el Monarca de Chile, porque así lo aceptan sus habitantes. Este rei después de cautivo, ¿qué clase de poder civil ejercerá en un país que no sabe si su príncipe vive o ha fallecido i que no duda que se haya civilmente muerto? ¿Cómo podría ser el resorte de su vida civil el que no la tiene, i acaso carece de la natural? ¿Qué leyes, qué reformas podrá enviarnos desde el Castillo de Valencey?"

Este artículo apareció en el N° 39, tomo 1° de fecha 5 de Noviembre de 1812 en la Aurora, firmado por Patricio Leal.

¿No se ve de inmediato la pluma de Fray Camilo? Un seudónimo más eso era todo. Dije anteriormente que al escritor se le conoce por la pluma, no por su firma. Este

es un caso. (Sin embargo hay quienes aseguran que Patrio Leal era don Manuel de Salas).

Pero sigamos la trayectoria a la inquieta vida del monje valdiviano.

El 4 de Julio de 1812 aparece en la "Aurora" el siguiente artículo:

"Comencemos, pues, en Chile declarando nuestra independencia. Ella sola puede borrar el título de rebeldes que nos da la tiranía. Ella sola puede elevarnos a la dignidad que nos pertenece, darnos aliados entre las potencias, e imprimir respecto a nuestros mismos enemigos; i si tratamos con ellos, será con la fuerza y majestad propia de una nación. Demos, en fin, este paso ya indispensable. La incertidumbre causa nuestra debilidad, i nos espone a desordenes i peligros".

La valentía del monje, daba valor a los patriotas, los que bajo su inspiración iban levantando los cimientos de la República. Es así como en la Constitución promulgada el 27 de Octubre de 1812, fray Camilo tuvo una parte muy considerable en su redacción. En ella se consignó este precepto: "el español es nuestro hermano".

El monje no se daba descanso; "la Aurora" dejaba de publicarse el 1º de Abril y el 6 de Abril de 1813, hacía su aparición "El Monitor Araucano". Salía día por medio. Allí lo tenemos nuevamente entregado a su labor, que no habría de ser interrumpida hasta el 30 de Septiembre de 1814, en que apareció el último ejemplar.

Como estimo de mucho interés, anoto los nombres de los gobernantes al promulgarse la Constitución de 1812.

Don José Miguel Carrera

Don Pedro José Prado Jara Quemada

Don José, Santiago Portales.

En el artículo 12 se creaba un Senado y él quedó constituido así:

Presidente: el canónigo don Pedro Vivar y Azúa

Secretario: Fray Camilo Henríquez

don: Juan Egaña

don Francisco Ruiz Tagle

don José Nicolás de la Cerda

don Manuel Araos

don Gaspar Marín (Suplente don Joaquín de Echeverría Larraín)

Suplentes:

don Ramón Errázuriz

don Joaquín Gandarillas.

El monje de la Buena Muerte, tuvo asiento, voz y voto en el primer Senado de Chile, que se reunió el 1º de Noviembre de 1812.

La situación era entonces muy grave; España deseaba a sangre y fuego sus colonias, y éstas sublevadas como estaban no se acordaban de la Madre Patria.

Fray Camilo mientras tanto, se preocupaba de todo aquello que tendiera al desarrollo normal de la vida del país y es así como prestó su aprobación a los estatutos de la sociedad económica de los amigos del país presentado por el Cabildo de Santiago para el fomento de la agricultura, artes y oficios de Chile. A todas sus preocupaciones, agregaba la de criticar en prosa y en verso al régimen colonial.

Ya dije algo sobre el Instituto Nacional. Leamos ahora este párrafo de la "la Aurora" del 19 de Noviembre de 1812, dice así: "Aún está sin establecerse el Instituto

Nacional, aprobado por las autoridades constituídas; i su falta es cada días más sensible. Su plan comprende los objetos más interesantes i más indispensables i no es posible adquirir i comunicar, en menos tiempo, i con menos gastos, tantos conocimientos. El Gobierno está ocupado en grandes i multiplicadas atenciones i solicitudes; más como el Instituto consta de dos partes, la una la sociedad de sabios, i la otra de los alumnos, si se crease la sociedad, ésta entenderá en realizar i organizar todo lo restante del Instituto”.

Deseaba fray Camilo que la instrucción en este plantel fuera cívica, científica y militar; es por eso que don Miguel Luis Amunátegui dice: “El fraile de la Buena Muerte era tan entendido en estrategia como en teología y agrega: no carecían de agudeza sus émulos o adversarios cuando afirmaban que sabía más de cañones que de cánones y de ejercicios militares que de ejercicios espirituales”.

Su sueño fué la creación del Instituto Nacional y ese sueño lo vió convertido en realidad. Veámoslo: “En Julio 27 de 1813, la Junta Ejecutiva i el Senado, a saber: don Francisco A. Pérez, don José Miguel Infante, don Agustín Eizaguirre, Camilo Henríquez, don Juan Egaña, don Francisco Ruiz Tagle, don Joaquín de Echeverría i don Mariano Egaña, solucionaron los inconvenientes para la inauguración del Instituto Nacional”.

El 10 de Agosto de 1813, el Instituto comenzó a vivir; se fusionaron para ello los tres colegios que había en Santiago; a saber: la Academia de San Luis, el Carolino y el Seminario Conciliar.

La ciudad entera celebró el acontecimiento.

Fray Camilo en "El Monitor Araucano" solicitó libros y aunque, eran escasos, sin embargo recibió algunos valiosísimos.

El monje se sentía otro después del triunfo, ahora comenzaba la nueva lucha. Como si no hubiese causado bastante escándalo sus actividades, entre miedosos y realistas, propuso que los sacerdotes adictos a la independencia, salieran a lo largo del país a hacer propaganda a las nuevas ideas dando así mayor consistencia a las instituciones.

Fray Camilo no se quedaba chico tratándose de los destinos de la patria.

Ahora aboga por el comercio libre, diciendo: "Es una manifiesta opresión y una tiranía intolerable obligar a los infelices pueblos a comprar caro lo que necesitan, prohibirles tomarlo del extranjero a precios más cómodos, llevar las producciones de su país y de su industria a donde tenga mejor salida y entablar relaciones comerciales con quienes les tenga más cuenta. Así el comercio libre es una de las libertades más preciosas, o uno de los frutos más dulces de la libertad".

En el N° 41 de la Aurora del 19 de Noviembre de 1812, decía que era necesario enseñar a los chilenos por medio de un catecismo patriótico sus derechos y sus deberes y este catecismo no quedó en la mente de Fray Camilo, sino que comenzó a publicarse en el "Monitor Araucano" el 27 de Noviembre de 1813.

Leamos el famoso compendio que eternamente estará de actualidad en la mayoría de sus pensamientos. Siempre han existido y existirán naciones opresoras y naciones oprimidas.

EL CATECISMO DE LOS PATRIOTAS

“¿Qué es un patriota?

“El amigo de la América y de la libertad.

“El amor de la patria es un sentimiento inspirado por la naturaleza i sancionado por la religión.

“Como la patria es esta gran familia, esta sociedad de nuestros conciudadanos, que comprende todas las familias, debemos amar a la patria más que a nuestra familia, que es una entre tantas. El interés personal está unido al bien de la patria, porque cada ciudadano participa de la felicidad i gloria de la patria. Si la patria tiene un buen gobierno, los ciudadanos son bien gobernados, se les administra bien la justicia, sus hijos son bien educados, hay industria i ocupación para todos, i cada uno vive en la seguridad i quietud. Si la patria vence i confunde a sus enemigos, si florece en la literatura i en las ciencias, cada ciudadano se gloria de pertenecer a la patria. Nuestro Salvador nos dió ejemplo del amor a la patria cuando derramó lá-

grimas sobre Jerusalem, sabiendo los males que iban a venir sobre ella.

“La libertad es de dos modos: libertad nacional y libertad civil.

“La libertad nacional es la independencia, esto es, que la patria no dependa de la España, de la Francia, de Inglaterra, de Turquía, etc; sino que se gobierne por sí misma.

“La libertad civil consiste en que la lei sea igual para todos; en que todos sean iguales delante de la lei, i solo sean superiores de sus ciudadanos los que han sido elejidos para mandarnos por la elección libre de los mismos ciudadanos o de sus representantes libremente nombrados por ellos. Donde hay libertad civil, todos están igualmente sujetos al gobierno; i el gobierno está sujeto a la lei. La libertad civil es la observancia de los derechos del ciudadano. La libertad nacional es la observancia de los derechos del hombre.

“El olvido i el desprecio de estos derechos son las causas principales de las desgracias públicas, de las opresiones i de la corrupción de los gobiernos. Si estos derechos fuesen bien entendidos i estuviesen siempre a la vista de todos, se compararían fácilmente los actos de la autoridad legislativa i ejecutiva con lo que se debe al hombre ya por la naturaleza, ya por el fin de la sociedad civil i de todas las instituciones políticas; i no se habría arraigado tanto el despotismo si los pueblos hubiesen conocido lo que se les debía por principios sencillos e incontestables. Estos derechos son la base de la libertad i de la prosperidad pública. Ellos señalan a los magistrados la regla de sus acciones; a los lejisladores, el objeto de su misión; i a los ciudadanos,

sus libertades i prerrogativas para que no se dejen oprimir ni ultrajar por los tiranos.

“Se han publicado en Europa i en América varias i hermosas declaraciones de los derechos del hombre i del ciudadano. La siguiente es bella i compendiosa.

“El fin i el objeto de la sociedad civil es la felicidad pública.

“Los gobiernos se han instituído para conservar a los hombres en el goce de sus derechos naturales i eternos.

“Estos derechos son la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad i la resistencia a la opresión.

“Todos los hombres nacen iguales e independientes, i deben ser iguales a los ojos de la lei.

“La lei es la espresión libre i solemne de la voluntad jeneral. Ella debe ser igual para todos, sea que proteja, sea que castigue; ella solo puede mandar lo que es justo i útil a la sociedad; i ella solo puede prohibir lo que es dañoso.

“No es contra la igualdad la preferencia que se da por los pueblos libres a las virtudes, a los méritos i a los talentos, porque tienen ante los ojos la utilidad jeneral.

“La libertad es el poder i facultad que tiene todo hombre de hacer lo que no sea contrario a los derechos de otro. La libertad está fundada en la naturaleza: tiene por regla la justicia; i por baluarte i salvaguardia, la lei. Los límites de la libertad están comprendidos en esta máxima de Nuestro Señor Jesucristo: No hagas a otro lo que no quieres que se haga contigo. *Alteri ne feceris quod tibi fieri non vis.*

“La necesidad de anunciar i proclamar sus derechos supone la presencia o la reciente memoria del despotismo.

“Jamás puede suspenderse la libertad de manifestar sus pensamientos, sea por medio de la prensa, sea de cualquier otro modo.

“La seguridad consiste en la protección que concede la sociedad a cada uno de sus miembros para la conservación de su persona, de sus derechos i de sus propiedades.

“La lei debe proteger la libertad pública e individual contra toda opresión.

“Ninguno puede ser acusado ni preso, sino en los casos determinados por la lei, i según el modo i forma que ella prescribe. Todo acto practicado contra un hombre fuera de los casos i forma prescritas por la lei, es arbitrario i tiránico.

“Las penas deben ser proporcionadas al delito i útiles a la sociedad.

“El derecho de propiedad es la facultad que tienen los ciudadanos de disponer a su gusto de sus bienes, rentas i fruto de su trabajo e industria.

“El objeto i fin único de las contribuciones es la utilidad jeneral. Todos los ciudadanos tienen derecho para concurrir al establecimiento de las contribuciones; para averiguar i velar sobre la distribución que se hace de sus productos; i para que se les dé cuenta de su inversión.

“Los socorros públicos son una deuda sagrada de la sociedad. Ella debe proporcionar subsistencia a los ciudadanos desgraciados, sea procurándoles algún jénero de trabajo i de industria, sea preparando mediós de existir a los que no están en estado de trabajar.

“La instrucción es una necesidad común. La sociedad debe favorecer con todas sus fuerzas los progresos de

la razón pública i poner la instrucción al alcance de todos los ciudadanos.

“La protección i garantía social consisten en la acción de todos para asegurar a cada uno el goce i conservación de sus derechos. Esta garantía reposa sobre la soberanía nacional. Ella no puede existir si no hay gran celo contra los progresos de la arbitrariedad, si los límites de las facultades de los funcionarios públicos no están claramente determinados por la lei, i si su responsabilidad es un nombre ilusorio.

“La soberanía reside en el pueblo. Ella es una e indivisible, imprescriptible e inalienable.

“Una porción del pueblo no es la soberanía, ni puede ejercer la potencia soberana del pueblo entero. Pero, congregada una porción del pueblo, debe esponer su dictamen con absoluta libertad.

“El pueblo tiene derecho de rever i reformar su constitución. Una jeneración no puede sujetar irrevocablemente a sus leyes a las jeneraciones futuras.

“Todos los hombres libres que no están bajo la dependencia servil de otro, tienen derecho de concurrir a la formación de la constitución i al nombramiento de sus mandatarios o agentes.

“Los cargos públicos son esencialmente temporales. Ellos no pueden considerarse ni como distinciones, ni como recompensas, sino como deberes u obligaciones civiles.

“Jamás deben quedar impunes los delitos de los mandatarios públicos. Ningún hombre puede creerse inviolable.

“Jamás puede suspenderse, limitarse, ni dificultarse el derecho de presentar peticiones a los depositarios de la libertad pública.

“La resistencia a la opresión es una consecuencia de todos los derechos del hombre.

“Hai opresión contra el cuerpo social, cuando es oprimido cualquiera de sus miembros. Hai opresión contra cada uno de sus miembros, cuando es oprimido todo el cuerpo social.

“Todo el que viola i atropella los derechos del pueblo, es opresor del pueblo, i está en estado de guerra contra la soberanía nacional.

“Tales son en compendio los derechos del hombre i del ciudadano. La observancia i conservación de estos derechos forman la libertad: donde no son respetados, reina la tiranía.

“¿Qué es lo que el buen patriota debe tener en su corazón?

“El triunfo de la lei, la salud pública, la libertad, la prosperidad i la gloria de su patria.

“¿De qué depende la prosperidad pública?

“Del buen gobierno i de las virtudes de los ciudadanos.

“¿Cuáles son en compendio las obligaciones del ciudadano?

“Temer i amar a Dios, como a juez supremo i padre de los hombres.

“Amar, obedecer i servir a sus padres.

“Huir de una vida ociosa, viviendo de su propio trabajo e industria.

“Promover la virtud i la instrucción de los que estén a su cuidado.

“Ser justo siempre que sea llamado a las deliberaciones i funciones públicas.

“Ser valiente para defender la libertad i la justicia.

“Respetar al gobierno, amar a su patria, venerar la lei.

“No envidiar a los ricos, ni despreciar a los pobres, consolar i favorecer a los infelices.

“Vivir con sobriedad, i prepararse para ver sin inquietud acercarse la muerte como el principio de la inmortalidad i el término de las calamidades humanas.

“¿A qué hombres se debe particular respeto?

“A los que llenan con honradez i justicia los cargos civiles i militares para el bien de la República: los primeros son agentes de la autoridad legislativa, los otros de la autoridad ejecutiva; ellos concurren igualmente al orden i seguridad de esta gran familia, que es la patria.

“¿A qué hombres debemos mirar con horror i lástima?

“A los que, pudiendo trabajar, prefieren la vergüenza de la mendicidad, o la del engaño i el petardo, al honor de una ocupación i profesión útil. A los que se dan a la embriaguez i al juego. A los que consumen en el libertinaje el fruto de su trabajo, esponiéndose por su mala conducta a caer en miseria i a no dejar a sus hijos un pan que comer. A los que no respetan las costumbres i la censura pública, turbando la sociedad con sus escándalos i falta de recato i pudor. En fin, a los que perturban la quietud i la armonía del estado.

“¿Cuál es una de las señales más claras de la libertad pública?

“La libertad de la imprenta.

“¿Qué bienes resultan de la libertad de imprenta?

“El denunciar al público todos los abusos.

“El propagar las buenas ideas.

“El intimidar a los malos.

“El proponer sabios reglamentos i útiles reformas.

“El combatir los sistemas perjudiciales.

“En fin, el estender los conocimientos humanos.

“¿Por qué se eternizaron los abusos en el antiguo sistema?

“Por la ignorancia ocasionada de no haber imprenta libre.

“En el antiguo sistema, estábamos tan lejos de ver observados i respetados los derechos, que ni aún los conocíamos, ni teníamos idea de ellos. Educándonos en la ignorancia absoluta de nuestras prerrogativas naturales i sociales, estabamos llenos de errores mui ultrajantes a la naturaleza humana. Se consideraba la patria como el dominio de un hombre solo, que llevaba el nombre de rei. Los que debían haber sido órganos e intérpretes de las leyes fundamentales de la sociedad, eran instrumentos de la injusticia. Los que debían ilustrar a los pueblos, fortificaban i canonizaban la tiranía con impías máximas. Los soldados mantenidos con las contribuciones de los pueblos, no eran soldados de la patria, sino soldados del rei; no eran ciudadanos ni defensores de la libertad pública, sino sus opresores. Estaba considerada la opresión como el estado natural del hombre, o a lo menos como una calamidad inevitable. La ignorancia i el error habían hecho tales progresos que se cree que

cuesta más trabajo i más sangre despedazar las cadenas de los pueblos, que la que hubo de derramarse para esclavizarlos. Por eso, la libertad supone una gran masa de luces esparcidas sobre la muchedumbre; i al contrario la tiranía domina entre errores i tinieblas. Además de las luces, se necesitan virtudes.

“La libertad se conquista con el valor o la fortaleza. Esta es la principal virtud de las repúblicas en sus varios estados, en sus principios, en sus agitaciones i en la profunda paz. Pero no todos los ciudadanos deben manifestar el valor de un mismo modo. El magistrado que hace triunfar la lei, sea haciendo fuente i destruyendo a los malvados, a los perturbadores de la quietud i del orden, a los complotados contra la libertad i seguridad del pueblo, paga a la patria el tributo del valor i de la magnanimidad como el soldado que avanza bajo el fuego del enemigo. Por la misma razón, el hombre público que sacrifica su oponión i sus sentimientos al terror, es tan cobarde como el militar que en el combate arroja sus armas i huye. El funcionario que por adulación o por interés compromete los derechos populares, es tan perverso i vil como el militar que se deja corromper por el dinero del enemigo.

“¿Es algún hombre rei i señor de los demás hombres por derecho divino?

“No. Dios quiere que los hombres tengan algún gobierno, pero no dice que sea gobernante éste o el otro hombre. Cuando los judios pidieron rei, fué electo Saúl, i después David por Dios; pero esto fué solamente para los judíos.

“¿Es alguno rei por naturaleza?

“No. Solo Dios es rei del universo, porque es su creador i por la excelencia de su naturaleza. Todos los hombres nacen iguales. El pobre i el rico fueron hecho de un mismo barro. Dominus de uno limo terrae fecit pauperes et divites. (San Agustín).

“¿Quién puede mandar i gobernar a los hombres lejitimamente?

“Aquél o aquéllos a quienes los pueblos, libres por naturaleza, se habrán sujetado por libre i común consentimiento.

“¿I quién es tirano?

“Aquél o aquéllos que por fuerza de armas, por medios ilícitos i tratados injustos ocupen, invadan i usurpen la libertad de los pueblos.

“I si el que ha usurpado la libertad de los pueblos los gobierna bien, ¿será también tirano?

“Sí. La autoridad arrancada por el terror, aunque se ejerciese bien, es viciosa en su principio i de perjudicial ejemplo. Principatus quem metus extorsis, etsi actibus vel moribus non offendat, ipsius tamen initii sui est perniciosus exempla. (San León).

“¿Qué otro es tirano?

“El que manda con autoridad lejitima, pero perversamente. El que, estando colocado en el mando, prefiere su bien particular al bien jeneral. El que no muestra relijón, ni honestidad en sus costumbres, ni verdad en sus dichos, ni magnanimidad en sus acciones, ni observa las leyes, ni administra justicia. En fin, el que por su mal proceder arruina i hace infeliz la República.

“¿Qué se dice de los primeros tiranos de la tierra?

“La sagrada escritura i lōs santos padres nos dan suficiente luz sobre este punto oscuro. La primera dominación tiránica se atribuye a Lucifer en el intento de ser exaltado sobre todos. Su imitador Caín, antes del diluvio, fué el primero que dominó sobre las jentes, edificando la primera ciudad, i San Agustín le llama el primer tirano sobre la tierra. Después del diluvio, fué el primer tirano Nembrot, también llamado Belo, primer rei de Babilonia. El, dominó sobre los demás sin otro derecho que la fuerza; fué padre de Nino, primer rei de los asirios. El, fué descendiente de Can, hijo de maldición de Noé. Tales fueron los fundamentos de la primera monarquía. (Suárez de Figueroa).

“¿Ha mostrado Dios, nuestro señor, predilección i preferencia por alguna forma de gobierno?

“Puede decirse que el cielo se ha declarado en favor del sistema republicano: así vemos que este fué el gobierno que dió a los israelitas. Estos fueron gobernados por jueces i por los ancianos del pueblo desde Moisés hasta Samuel por un espacio de tiempo como de cuatrocientos años. En los últimos días de Samuel, el pueblo quiso variar de gobierno, i tener un rei como las naciones paganas, Dios les concedió con disgusto un rei, anunciándole el despotismo i servidumbre a que iba a sujetarse, i en que cayó efectivamente.

“Según esto, ¿el sistema monárquico es malo?

“No, porque puede mezclarse i suavisarse con las otras formas de gobierno.

“¿Qué es, pues, lo que tiene de malo?

“Que se encamina al despotismo por su naturaleza i que, en consecuencia de las pasiones humanas, se prefiere el bien personal i de familia a la utilidad jeneral. Los prin-

cipes trabajaron artificiosamente en ser tenidos por dueños i señores naturales de los pueblos, i en hacer creer que su autoridad era, no solo independiente del consentimiento i voluntad de los pueblos, sino que era, por su naturaleza, suprema i sacratísima, como si fuese celestial. Ellos usaban de un lenguaje que descubría su ficción i su locura: mis dominios, mi corona, mi soberana voluntad.

“¿Cuál es el peor sistema de todos?

“El sistema colonial, porque está en contradicción con la libertad de los pueblos, i porque enseña la experiencia que, desde una inmensa distancia, son mal gobernados, no se les administra bien la justicia, i sus productos i riquezas no se consumen en utilidad del propio país, sino en guerras i en lujo i vicios de la corte”.

Piense el lector en la época en que Camilo Henríquez escribe ésto y el estado de cosas en que se debatía Chile. Así podrá dar el mérito debido al apóstol de nuestra independencia. El, quería grabar en el corazón de cada chileno ese Catecismo, símbolo del amor a la tierra generosa que debía ser libre para ser grande.

¡Pobre fray Camilo si hubiese caído en manos de los realistas!

Hagamos un poco de historia, que tanta falta nos hace.

— X —

El Virrey del Perú don Fernando de Abascal estaba convencido que los chilenos tenían el demonio metido dentro del cuerpo: de otra manera no se explicaba el que siendo pobres de solemnidad, careciendo de todos los medios para su desenvolvimiento, les indicaran a los españoles el camino de su tierra. El Virrey parece que no veía más allá de sus narices, puesto que llamando al general don Antonio Pareja, le dijo: General Pareja, aquí tiene dinero, armas y oficiales, es necesario concluir con la revolución en Chile. Forme allá un ejército y trate sin compasión a los revoltosos.

El general, era menos optimista que el Virrey. No se atrevió ni siquiera a contestar a la enérgica orden; se atropellaron en la garganta sus palabras de tal manera que no salió una sola. Una inclinación de cabeza fué la respuesta.

Abascal se sentía satisfecho, se imaginó que sus palabras habían causado gran impresión al militar y de allí su actitud.

Partió Pareja, en Enero de 1813 y desembarcó en la isla de Chiloé. En Ancud y Valdivia formó un ejército con el cual se apoderó el 27 de Marzo, después de un combate de Talcahuano y el 29 de Concepción. Como un fantasma se presentó días después a la cabeza de un ejército de 4 mil hombres, a Chillán.

El gobierno pidió ayuda a los patriotas y estos respondieron ampliamente. Daré a conocer algunas publicaciones del "Monitor Araucano, al respecto:

MONITOR ARAUCANO

Número 1. Mártes 6 de Abril de 1813.

Centenares de jóvenes, hijos y esperanzas de la Patria, se agolpaban armados, pidiendo la ocasión de servirla y se ha encargado la organización de estos preciosos cuerpos a don Agustín de Izaguirre y don Pedro Nolasco Valdés, que la aceptaron con gozo, y la ejecutan con actividad. No contentos con emplear sus personas gratuitamente, hacen oblación de sus fortunas.

Donativos	Pesos Rs.
Don Pedro del Solar, ha dado	500
Don Ignacio Luco	100
Don José Antonio Cañas	100
Don Conrado Walter	51.6
Don Andrés Gómez de Castro	48
Don Santiago Errázuriz	200
Dr. don Domingo de Errázuriz	200

Dr. don José Antonio de Errázuriz	500
Don Rudecindo Castro	50
Don Andrés Nicolás Ortega	50
Doña María Armijo	100
La misma en empréstito	100
Don Juan de Dios Vial del Río	1.000.00

El Capitán don Manuel de Araos, todo su sueldo, y a más la plata de su pequeña vajilla y habíos de montar. Se admitió lo primero, reservando para el caso necesario el entero cumplimiento de sus nobles deseos.

El Tribunal del Consulado	6.000.00
El Tribunal de Minería	4.000.00

12.999.6

(1)

Ambos Cuerpos ofrecen continuar sus erogaciones.

Han ofrecido mantener soldados durante la guerra de Concepción.

Don Antonio Flores	4
--------------------------	---

Don Pedro Nolasco Valdés, don Agustín de Gana, y don José Mariano Astaburuaga, Prior y Consules, ofrecen cada uno mantener 3 solda-

(1) Agregada manuscrita al margen.

dos, mientras se tranquilice Concepción	9
Don Ramón Moreno	3
Los cuatro hermanos don José Santiago, don Fernando, don Isidoro y don Ramón de Errázuriz	40
El Regidor don José Antonio Irisarri	20
Don Joaquín Trucíos	10
Don Antonio Hermida	20
Y a más el valor de mil pesos en ganado, y en caso necesario el que le queda.	
Don José María Guzmán	1
A más 25 vacas, y si fuese preciso cuan- tas tiene.	
El ciudadano Nicolás Matorras y San Martín	10

Para lo que ofrece 100 pesos mensuales, por un año; a cuyo fin refrendará su oferta haciendo desde ahora la de su persona y todos sus bienes para el caso necesario.

El doctor don Mariano de Egaña ha ofrecido servir y está desempeñando la Secretaría sin sueldo, de que ha hecho oblación.

MONITOR ARAUCANO

Número 18. Mártes 18 de Mayo de 1813.

Siguen los donativos de San Fernando

Don Marcelino José de Maturana, cuatro pesos, una res gorda, cuarenta cargas de paja y más si se necesita, una espada, y un potrero seguro con buenos pastos para los animales; además ofrece dar seis fanegas de harina.

Don Santiago Aliaga, dos reales.

Don José Antonio Verdugo, séis fanegas de cebada.

Don José María Espinoza 1 peso.

Juana Valdés, cuatro zapallos por no tener otra cosa que dar.

Doña Francisca Moraga, ocho líos de charqui.

El Presbítero don Timoteo Arratia, doce pesos.

El Presbítero don Andrés Arriagada doce pesos.

El Padre F. Leonardo Meneses, Teniente-Cura de esta villa, una espada vieja, sin vaina.

El Convento de San Francisco, veinticinco pesos y una Rogativa que con Solemnidad de misa cantada, y asistencia de su Comunidad, hace por el triunfo de nuestras armas, contra los piratas y su aliados.

Santiago estaba poseído de terror. ¡Un gran ejército realista se le venía encima!

—¿Dios nos libre!— gritaban las *beatas*. Todos clamaban protección a la Junta.

Esta, ordenó el acuartelamiento de las tropas, formó nuevos cuerpos del ejército y los puso en marcha a defender el río Maule.

Don José Miguel Carrera fué nombrado general en jefe y partió a Talca a fin de establecer allí su cuartel y rechazar al invasor. Se eligió entonces vocales de la Junta a don Juan José Carrera, don José Miguel Infante y don Francisco Antonio Pérez. Secretarios fueron: don Mariano Egaña y don Manuel Salas Corvalán.

Pareja avanzó al norte y llegó a Yervas Buenas. El río Maule separaba a ambos enemigos.

El ejército patriota no tenía casi armamentos y estaba compuesto de gente sin la experiencia de la que traía Pareja; tropas veteranas, peritas en la materia.

Pareja hace llegar a don José Miguel, un parlamentario exigiendo la rendición incondicional de los patriotas.

Don José Miguel Carrera, no estaba acostumbrado a escuchar semejantes órdenes y tal es así, que mandó a apoderarse del parlamentario y su escolta. Al amanecer, esta partida atacó de sorpresa a los realistas en Yervas Buenas. Se produjo enorme confusión. Claro está que se imaginaron que tenían ante sí a todo el ejército de Carrera. La neblina espesa de aquella mañana, estuvo de parte de los combatientes, pero al clarear el día los realistas vieron que los atacantes eran pocos, y los patriotas que no atacaban a la escolta solamente. Los chilenos se retiraron aún cuando ya tenían en su poder importante material de guerra y como rehen al comandante enemigo. Esto ocurría el 27 de Abril.

Pareja retrocedió a Chillán. En San Carlos lo alcanzó Carrera; se dió una batalla en la cual ambos bandos

perdieron gran cantidad de gente. Los resultados fueron nulos para los combatientes.

Don José Miguel partió apresurado a recuperar Concepción y Talcahuano. El momento era decisivo. El Coronel O'Higgins, mientras tanto se apoderó de Los Angeles y sacó cuanto pudo de Las Canteras y que fueran de utilidad para el ejército.

Carrera lograba plenamente su objetivo; los realistas prepararon su defensa, pero don José Miguel era hombre decidido y de acción rápida. Puso entonces sitio a Chillán, a entradas de invierno, que por lo demás fué bastante riguroso. Aquí a otro que no hubiese sido don José Miguel Carrera, lo habría cogido el desaliento. Su ejército no tenía caballos y apenas le quedaban municiones; decidió entonces retirarse a Concepción y Quirihue.

Un inesperado acontecimiento hizo un pequeño paréntesis en la guerra, el general Pareja murió de pulmonía. Inmediatamente ocupó ese cargo don Juan Francisco Sánchez, simple capitán de Infantería.

Pero si los patriotas no se durmieron en Yerbas Buenas, atacando a los realistas de sorpresa; estos no se durmieron en el paso de El Roble para sorprender a los patriotas. A orillas del río Itata fueron atacadas nuestras tropas mientras dormían. O'Higgins preparó la resistencia. La situación era crítica, la sorpresa grande, pero su coraje de soldado, inmenso.

El gran O'Higgins, tomó el fusil de un soldado que yacía muerto en el suelo y levantándole en alto gritó a todo pulmón: "O vivir con honor o morir con gloria. El que sea valiente sígame".

Los soldados sin trepidar avanzaron tras su jefe, llenos de entusiasmo, llenos de fé; ese ejemplo grandioso les arrastraba. Era el 17 de Octubre de 1813, cuando se escribía esta página brillante de nuestra historia.

Los que miran los problemas que agitan a la patria con indiferencia debieran enrojecer de vergüenza ante el heroísmo de estos hombres sin iguales, que no descansaron hasta dejar brillando con honor la bandera de la estrella solitaria sobre el cielo azul de nuestra tierra.

Mientras la fama de O'Higgins cundía, iba decayendo la de don José Miguel Carrera; el desastroso sitio de Chillán fué el punto de partida; el desprestigio militar y político iba echando raíces.

La Junta de Gobierno compuesta por don José Miguel Infante, don Agustín Eyzaguirre y don José Ignacio Cienfuegos, después de formarse una idea completa de las actuaciones de don José Miguel Carrera y recibir informe de muchas personas, acordaron separarle del mando de las tropas.

El coronel don Bernardo O'Higgins fué nombrado general en jefe del Ejército de Chile el 27 de Noviembre de 1813.

Carrera se hallaba en Concepción junto a sus tropas cuando recibió el decreto de la Junta.

Un instante de impaciencia y rabia pasó por él; bien sabía que sus soldados no le acompañarían en caso de rebelarse. El 1º de Febrero de 1814 entregó el mando a O'Higgins.

Los Carreras estaban en sus días grises, don José Miguel; ya hemos visto su situación; don Luis acababa de ser separado de la dirección de la artillería chilena. Cuando

intentaron regresar a la Capital, al segundo día de viaje fueron atacados por un grupo de realistas que los envió en calidad de prisioneros a Chillán, en donde estaba establecido el cuartel general español.

Recién se recibía O'Higgins del mando del ejército, cuando llegaban a las costas de Arauco 800 soldados enviados por el Virrey del Perú de refuerzo a las tropas realistas, y como obsequio, un nuevo jefe (31-I-1814) este era el brigadier don Gabino Gainza, militar de poquísimos méritos.

Y aunque es cierto que me he extendido demasiado en historia patria (es necesario, a fin de que se compenetren bien del estado de cosas en uno de los períodos más interesantes de nuestra historia).

El ejército patriota se encontraba dividido en dos partes: una que mandaba O'Higgins en Concepción y la otra don Juan Mac-Kenna en El Membrillar. Este estaba atrincherado esperándole. Gainza intentó aislarlos y movió parte de sus tropas con este objeto; pero fueron derrotadas por O'Higgins en El Quilo.

El tenaz Gainza no se desalentó y al día siguiente todo el ejército realista se dejó caer sobre Mac-Kenna en El Membrillar y aquí fueron de nuevo derrotados. El talento militar de don Juan Mac-Kenna quedó demostrado una vez más. (20-III-1814).

Gainza no fué perseguido, se rehizo rápidamente en Chillán y decidió apoderarse nada menos que de Santiago; pero del dicho al hecho... Pensaba ganarle la delantera a O'Higgins; pero éste ya había tomado en cuenta la actitud que adoptaría Gainza, comprendiendo también que el que pasara primero el Maule, sería el dueño de Santiago.

El General O'Higgins avanzaba con suma rapidez, más Gainza en balsas y con la ayuda de los realistas que poco antes eran dueños de Talca, había pasado ya el Maule.

O'Higgins tenía ahora en su contra además de la ventaja, el hostilizamiento del enemigo; era entonces necesario esperar la noche. Los patriotas encendieron fuego en su campamento, engañando así a los españoles y después de un rodeo por el lado del oriente, atravesaron el río por un vado lejano, así les tomaron delantera, yendo a atrincherarse a Quechereguas.

Gainza, estaba furioso; la burla había sido demasiado grande. Atacó a los patriotas dos veces, en su anhelo de abrirse paso a Santiago, pero fué rechazado obligándole a retirarse a Talcahuano. (7 y 8 de Abril 1814).

Bueno, dejemos a un lado nuestra brillante historia patria y volvamos a fray Camilo que en todo este tiempo no debe haber permanecido tranquilo. Veámoslo. Escribe en el *Semanario Republicano* de fecha 6 de Noviembre de 1813: "A ciegas, se ha caminado desde el principio de la revolución; cuando más se necesitaba la celeridad, actividad i sistema en las operaciones, se organizó el gobierno de manera que forzosamente había de ser lento i tardío. Se puso en manos de muchos, en vez de confiarse a un hombre de bien i de talento que obtuviese la confianza jeneral. Si no se hallaba un hombre a propósito, para un cargo semejante, menos se podía esperar de la reunión de muchos inútiles. A lo menos, uno solo no habría malgastado el tiempo en disputas y disenciones sin término ni fruto".

Era necesario decir las cosas con franqueza y allí estaba él, para gritarlas a voz en cuello.

El Cabildo de Santiago estaba alarmado en vista del avance de los españoles: citó entonces a caracterizados vecinos para estudiar la situación. El 7 de Marzo de 1814 se realizó la memorable reunión. Comenzaba ésta, cuando el pueblo invadió la sala, pidiendo a don José Miguel Infante, a Eyzaguirre y Cienfuegos que entregaran el mando al coronel don Francisco Antonio de la Lastra, Gobernador de Valparaíso, y mientras éste llegaba a Santiago, al regidor don Antonio José de Irisarri.

Con toda calma don José Miguel Infante les dijo: "Un bien es exonerarse del peso de los negocios. Lo sensible es que no pasarán seis meses sin que el país caiga en poder del enemigo".

La Junta aceptó lo que se les pedía y es así como vemos ya perfilarse la figura de don Francisco Antonio de la Lastra, tan patriota como valiente; su ceño era adusto, pero su corazón todo bondad.

El 11 de Marzo de 1814 a las 8 de la mañana en medio del júbilo general entraba a Santiago. El 14 tomaba el mando.

Como se ve las palabras de fray Camilo no habían caído en el vacío.

Intendente de Santiago fué nombrado don Antonio José de Irisarri.

Una de las primeras medidas adoptadas por Lastra, fué reemplazar la constitución provisional del 27 de Octubre de 1812 por un reglamento provisional, el que fué sancionado el 17 de Marzo de 1814.

La comisión que redactó estos reglamentos la formaron: Camilo Henríquez, nombrado por el Senado; el licenciado don Francisco Antonio Pérez, don Andrés Níco-

lás Orjeras y un delegado designado por cabildo eclesiástico por los prelados regulares.

Aquí se concentraba el poder ejecutivo en una sola persona a quien se le daba el título de Director Supremo.

Impongámonos del siguiente decreto:

“Santiago, 17 de Marzo de 1814.

“A propuesta de la junta de corporaciones, he venido a nombrar para el digno cuerpo del Senado consultivo a los beneméritos ciudadanos don José Antonio de Errázuriz, don José Ignacio Cienfuegos, Camilo Henríquez, don José Miguel Infante, doctor don Gabriel Tocornal i don Francisco Ramón Vicuña.

“Para que tenga efecto, imprímase i circúlese.

“*Lastra*”.

Pero volvamos al sitio de la guerra: hemos visto que O'Higgins reemplaza a Carrera y Gabino Gaínza a don Francisco Sánchez.

Los nuevos jefes estaban dispuestos a luchar y los tenemos avanzando hacia la Capital; pero los patriotas han obtenido ventajas sobre los realistas lo que les hace imposible a estos últimos su afán de conquistar Santiago.

Lastra, tenía su esperanza puesta en el ejército; era su orgullo.

El virrey del Perú confiaba en la fuerza del suyo. Gaínza era el único pesimista de los tres, porque veía la realidad de la situación.

La guerra se prolongaba demasiado, iba ya más de un año. Ambos bandos estaban agotados.

Un acontecimiento extraordinario vino a variar por completo la situación: el Director Supremo ordenaba a

O'Higgins y Mac Kenna tratar con Gáinza. Y el famoso tratado en que se reconocía la autoridad de Fernando VII habría de ser después desaprobado por los mismos que lo suscribieron y sólo dió oportunidad al ejército realista para reponerse.

El Tratado de Lircay estipulaba entre otras cosas que el ejército realista debía abandonar nuestro territorio dentro de un mes. Esto no solamente no lo hicieron, sino que el virrey del Perú lanzó un nuevo ejército contra Chile. Los patriotas sufrieron un rudo golpe a su buena fé.

Pero, ¿por qué motivo los mandatarios de Santiago abandonaban las ideas por las cuales tanto luchaban?

Tratemos de explicarnos: el panorama de la revolución había cambiado radicalmente. Los ejércitos españoles obtenían grandes triunfos sobre las tropas rebeldes en todas partes.

Los insurgente argentinos acababan de sufrir dos formidables derrotas, perdiendo la posesión de todo el Alto Perú, dando con ello una mejor situación al virrey Abascal para mandar poderosos refuerzos a Chile.

Los revolucionarios hispano-americanos creían que sólo mientras durase la guerra contra los franceses, España no mandaría nuevos ejércitos para someter a las intranquilas colonias.

Las noticias que se recibían de la Península eran terribles.

El ejército auxiliar inglés al mando del duque de Wellington realizaba en la Península lo que anhelaban los españoles: la derrota de los franceses, hasta hacerles abandonar el territorio. De aquí a que todos pensaran que esta-

ba cerca el día en que don Fernando VII ocuparía el trono de sus mayores y con ello vendría el castigo a los revoltosos de América.

Lastra vió este fantasma y de acuerdo con su consejeros trató de arreglar la situación lo mejor posible. Ordenó entonces la celebración y cumplimiento del Tratado y llegó hasta el extremo de posponer la bandera chilena por la española que tantos malos recuerdos traía a los patriotas.

Fray Camilo trataba de armonizar; la agitación como reguero de pólvora se esparcía por el pueblo, el descontento era general. El gobierno quiso atemorizar ordenando prisiones y destierros.

Lastra y sus consejeros acogieron demasiado a pecho las noticias de Europa y cometieron con ello un grande error. Estaba España desangrada y necesitaría mucho tiempo para reponerse, por lo tanto las colonias tenían tiempo de prevenirse.

El 23 de Julio, al amanecer, la guarnición de Santiago se sublevaba. Los revolucionarios no respetaron: directorio, senado, cabildo, comandancia de armas etc.

La barrida fué total.

El pueblo se apretujaba en la plaza, y allí mismo nombró una Junta compuesta por don José Miguel Carrera, don Julián Uribe y don Manuel Muñoz Urzúa, que debería gobernar hasta que se eligiese el Congreso.

Camilo Henríquez opinó así del gobierno de don Francisco Antonio de la Lastra: "El nuevo Director, confiado en unos tratados no sancionados por el gobierno de Lima, se entregó a una seguridad letárgica. El erario se exhaustó, se disminuyó, por sí misma la fuerza militar; no se dió un paso para levantar tropas y prepararse para lo futu-

ro, no se enviaron a Lima diputados para negociar la paz, y llegó a tal punto la inacción que ni aún se escribió a aquel gobierno.

“El intendente don Antonio José de Irisarri, el brigadier don Juan Mac-Kenna y otros personajes de cuenta fueron desterrados a Mendoza”.

Ahora leámosle el relato de los acontecimientos al primer periodista chileno: “Depuesto justa, pero ilegalmente, el Director Lastra, i colocado al frente de los negocios públicos el ciudadano José Miguel Carrera, desplegó este nuevo magistrado la pasmosa actividad de su jenio en levantar tropas, recojer dispersos i engrosar el erario. Más no era lo mismo levantar tropas que disciplinarlas i formarlas; no se puede en pocos días, ni en circunstancias difíciles, crear oficiales de honor i pericia.

“Desgraciadamente el ejército que residía en Talca al mando del jeneral O’Higgins no reconoció el nuevo gobierno; se puso en marcha contra Carrera, que acopiaba tropas en la Capital; entre tanto el jeneral Osorio avanzó hasta 30 leguas de Santiago, sin hallar resistencia alguna, porque nuestro mal aconsejado ejército abandonó la posición del río Maule, distante 80 leguas de Santiago donde se pudo detener al comienzo i disputarse el terreno, recibiendo refuerzos de Santiago.

“Muchos i los más condecorados del malhadado ejército preferían la dominación española a la de Carrera, si no para sí mismos, a lo menos para el país, sacrificando la gran causa a intereses del momento, sin advertir cuán fecundas en sucesos inesperados son las revoluciones, i que nuestro único objeto debe ser la libertad e independenciam, dejando para mejores tiempos todo lo concerniente a la libertad ci-

vil i al establecimiento de la conveniente forma de gobierno, que deben dictar las existentes circunstancias, costumbres, vicios i preocupaciones, i que por sí misma establezca la madre naturaleza”.

Después de leer esta relación de Camilo Henríquez, me queda que advertir que, el Virrey del Perú mandó a don Mariano Osorio a remplazar a Gainza. El 1º de Agosto de 1814 desembarcaba en Talcahuano, trayendo refuerzos.

Un nuevo dolor de cabeza para los patriotas significaba este desembarco.

Fray Camilo clamaba por la unión, sobre todo en tan graves momentos. Carrera deseaba dar más solidez a su gobierno que batir a los españoles. Sus enemigos, suplicaban a O'Higgins que viniese con su ejército a reponer al gobierno derrocado.

—¿Por qué destruirnos nosotros mismos?— les decía.

Sus palabras cayeron en el vacío.

El 26 de Agosto una división del ejército chileno al mando de don Bernardo O'Higgins, peleaba en el Llano del Maipo con otra mandada por Carrera, siendo derrotada la primera. Pero la cosa tenía visos de seguir adelante, cuando se presentó un parlamentario de Osorio trayendo un pliego dirigido: “A los que mandan en Chile”.

El Virrey del Perú, exigía sometimiento, dando un plazo de 10 días y amenazando con destruirlo todo. Don Fernando de Abascal como se ve era de armas tomar.

Carrera y O'Higgins se miraron, se estrecharon enseguida las manos; se abrazaron y en un rasgo de profun-

do amor patrio resolvieron luchar juntos para rechazar al invasor.

O'Higgins reconoció entonces la autoridad de Carrera.

Los días del arrogante Osorio estaban contados; sin embargo tendrían también sus momentos de gloria.

La alianza de O'Higgins y Carrera no podía durar mucho, aún cuando se les viera juntos, pues se habían formado dos bandos y sellado con sangre sus diferencias.

Bien pronto se vió confirmado ésto, Carrera quería detener a Osorio que marchaba hacia Santiago en las Angosturas de Paine y O'Higgins en el río Cachapoal. Y cada uno partió por su lado y tuvo lugar la batalla de Rancagua, constituyendo un desastre para los chilenos, aún cuando O'Higgins anotó en las páginas brillantes de su vida otro acto de heroísmo sin igual.

Fray Camilo da cuenta de lo sucedido: "No se sabe por qué nuestra fuerza, se encerró en Rancagua i no se reunió con la tercera división en la ventajosa posición del Mostazal. Se aseguró que el jeneral que se hallaba en este punto, no fué obedecido. Sea lo que fuere lo cierto es que es estraño este descalabro, i que después de la derrota, no se reuniesen los que salieron de Rancagua a la tercera división en la Angostura o en otro punto. Atendiendo a la indisciplina e insubordinación de nuestras tropas o a otras causas, que se esponen en la segunda parte de este ensayo, es un asombro, como dijo el jeneral Carrera al gobierno el que hubiesemos tardado tanto tiempo en ser subyugados".

Fray Camilo, el incansable periodista guiaba la revolución por medio de su pluma; pero ahora comprendía

que el momento de callar había llegado; sería necesario abandonar la patria, si deseaba seguir sirviéndola; pero al partir lo haría con la profunda confianza en el corazón de que volvería para no marcharse jamás. Los intrusos no ganarían definitivamente y esta evidencia del monje, la confirmaron los hechos. El, había combatido tanto a los españoles ¿iría a entregarse en sus manos así no más? El, que sabía que tenía aún mucho que luchar ¿Iría a quedarse esperando que lo cogiesen y llevaran al patíbulo? Ciertamente que no; el pajarillo goza más de la vida volando a través del espacio, que encerrado en una jaula, puesto que ha nacido para ser libre; igual el monje de la Buena Muerte, tenía una misión que cumplir y no la iba a abandonar cuando comenzaba a desarrollarla. ¿Qué era necesario su alejamiento?, claro está; pero que volvería, eso no le cabía la menor duda.

Cuando se imaginaba que Fernando VII pudiera recuperar su trono, dado los acontecimientos de España, sentía inmensa amargura, como la había sentido cuando la firma del Tratado de Lircay: perder todas las conquistas, inutilizar la sangre de tantos patriotas ya derramada, olvidar tantas penas y amarguras sufridas por todos aquellos que anhelaban la aurora de la libertad brillando sobre su tierra. Ahora, tendría que partir, pero no iba solo, ni tampoco llevado a la fuerza como en Lima cuando la inquisición, no recibiría golpes sobre sus espaldas, pero en cambio tendría que sufrir hambre y compartirla con otros que como él no tendrían de ahí en adelante más alimento que sus ideas libertarias, si no se lo procuraban de cualquier manera. Fray Camilo al partir a Argentina pensaba que se

podría sentir como en su tierra y que talvez encontraría en que trabajar.

Pero nos hemos desviado del tema que estabamos tratando: después del desastre de Rancagua, O'Higgins entró a Santiago en medio del dolor de la ciudad. A fin de preparar la emigración a Mendoza. O'Higgins, Carrera y más de tres mil patriotas emprendieron la dolorosa marcha por Uspallata.

La mayoría llevaba únicamente lo puesto; todo quedaba en la tierra amada convertida en campo de batalla. Las mujeres y los niños eran sin duda los que más sufrían, pero recibían el consuelo de venerables ancianos que apenas podían caminar.

¡Cuántas lágrimas! ¡Cuántos recuerdos cariñosos para los que se habían quedado y que posiblemente no volverían a ver!

Era la marcha del patriotismo, de la fé por un destino mejor, el triunfo de una idea que se iba cimentado con lágrimas puras y sinceras.

El árbol necesita el agua para vivir; la idea necesita las lágrimas para florecer y triunfar. Después de muchas penas los emigrados llegaron a Mendoza; fueron recibidos cordialmente por el Gobernador de Cuyo don José de San Martín. Allí tendrían que comenzar ahora la lucha para vivir; sacrificio grande y sublime que les impulsó el amor a la patria.

— XI —

Carmencita. Martínez Altamirano, después de la partida de Abel había sentido en su alma el derrumbe total de sus ilusiones; vanos fueron los consuelos de Fray Camilo, vanas también las esperanzas que le daba Corina, inútiles los consejos de su madre doña Matilde.

Una mañana, en los primeros días de Septiembre Carmencita no apareció en su hogar por parte alguna, don Jerónimo la buscó hasta bajo la cuja; todo fué inútil.

Los gritos de doña Matilde, llamando a su esposo, le hicieron creer a éste que la tormenta iba a caer sobre él. Pero, no, lo que pasaba era que había encontrado sobre la cómoda una carta de su hija y que la estaba volviendo loca.

Don Jerónimo tomó en sus manos la esquila y leyó: "Mamita:

"Ud. perdonará mi falta. Cuando se tiene un solo hijo, es triste perderlo, pero es más triste aún, verlo sufrir.

"Desde que Abel partió al destierro, mis ojos no han hecho otra cosa que llorar. Nada en el mundo me ha

dado consuelo. Lo he buscado en todas partes sin hallarlo. Ahora que comienza la primavera, que la naturaleza está más hermosa que nunca, que las avechillas del cielo gorjean más melodiosamente, he querido buscar la paz de mi alma junto al altar de Dios. De Abel ya no tengo esperanzas. Si él vuelve hallará pronto consuelo. En mi alma no sé que ha pasado, hoy lo amo con todo mi corazón y mañana posiblemente su imagen esté menos clara en mi mente, sin embargo quiero serle fiel. Rogaré a Dios por su felicidad: porque vuelva y luche por su patria hasta hacerla libre.

“Perdón mamita, pero sé que lejos del mundo habré encontrado esa dicha que él no puede darme.

“Ud. que conoce bien mi corazón sabe cuanto he sufrido, un año ya es suficiente.

“Yo siempre en espíritu estaré con Uds. pero no deseo volver a recorrer ninguna de las calles que me vieron tan feliz.

“Al toque de oración, junto al altar del Señor, oraré por mis buenos padres, por Corina y por él a quien olvidaré para siempre.

“*Carmen*”.

Al terminar la lectura de la carta don Jerónimo y su esposa lloraban amargamente.

—Yo te apostaría —exclamó al fin el caballero secándose las lágrimas— que tu hermana la ha convencido que se entre al Convento de las Clarisas.

—Tú no comprendes nada —díjole la señora— iremos a hablar con Sor Rosenda, no podemos quedarnos tan solos.

Un rato después la calesa de don Jerónimo se detenía en la puerta del convento.

Al entrar al locutorio una voz muy queda musitó: Ave María Purísima...

—Sin pecado concebida —contestó doña Matilde, agregando— ¿Sor Rosenda podría recibirnos?

—¿Quién desea hablarle?— exclamó la oculta voz.

—Hágame el favor de decirle que su hermana..

Un instante más y ambas estaban unidas en estrecho abrazo.

—No hay por qué llorar —dijo la monja— cuando el Señor llama a la puerta de un corazón lo hace en cualquier forma. El la ha traído aquí y no hay nada más que conformarse.

—Pero, es nuestra única hija; el consuelo de nuestra vejez —sollozó la señora.

—Así es mi querida hermana —respondió Sor Rosenda— pero ella dice que sólo aquí encuentra paz y desea hacer sus votos perpétuos, por lo tanto Uds. allanarán las dificultades que para ello se presenten.

Don Jerónimo guardó silencio, sabía que una palabra suya bastaría para alterar el carácter de su esposa.

—Vamos, hija— propuso don Jerónimo, por hablar algo.

—¡Estás loco!— gritó la señora — yo no me moveré de aquí sin ver a mi hija.

—Creo que no va ser posible — exclamó sor Rosenda— por cuanto los días de visitas son los juéves.

—Pero tú eres la Superiora— dijo misiá Matilde.

—Es cierto, pero no puedo hacer lo que los reglamentos me prohíben.

Doña Matilde lloraba sinceramente...

Se abrazó a su hermana y tomada del brazo de don Jerónimo salió del convento; una vez en el coche, su llanto se acentuó en tal forma que su consorte lejos de consolarla, lloraba también.

Al día siguiente todo Santiago sabía que Carmencita Martínez estaba en el convento.

Un años después las campanas del monasterio eran echadas a vuelo: la hermosa niña se llamaba ahora Sor Lucía de Jesús. Las otras hermanas no se explicaban por qué ese día vieron deslizarse de su azules ojos una lágrima.

Mientras tanto y en la misma tarde en que sor Lucía entregaba su corazón al Señor; desembarcaba en Valparaíso Abel Blanco. Lo esperaba Fray Camilo.

—¡Padre!.. ¡padre...! ¿Ud. aquí?

—Te he venido a buscar —exclamó el fraile— partiremos de inmediato a Santiago, porque tenemos que hacer un viaje bastante largo. ¿Cómo has estado, hijo?— agregó.

—He sufrido tanto, pero ya todo ha pasado. ¿Qué es de mi padre? ¿Y Carmencita?

—Mi señor don Jaime, muy bien; está en casa de su hermana doña Josefa.

—¿Y ella?

—Bueno, ya hablaremos de ella Abel, pero apresurémonos a salir de aquí y ponernos en camino.

—¡Dos años sin verla!— dijo el joven con emoción.

Fray Camilo, guardó silencio.

—¡Dos años!— volvió a repetir lanzando un hondo suspiro.

El monje de la Buena Muerte encontró que el momento era propicio para cambiar de conversación. Lo impuso de la situación del país diciéndole que habría que emigrar mientras se formaba un ejército en Mendoza.

Abel sólo pensaba en Carmencita.

—Padre —le dice— ¿la dejaré de nuevo cuando ya me es imposible vivir sin ella?

—Abel, puedes quedarte en Santiago si lo desea, porque eres libre, yo tengo que partir...

—Soy patriota como Ud. —respondió Abel— y quiero ofrecer mi persona al general O'Higgins.

—Bien, bien. —dijo Fray Camilo— me alegro, hay mucho que luchar, mientras mas seamos más luego mandaremos cambiar a los españoles de nuestro suelo.

—Pero dejaré antes segura a Carmencita. ¿Qué dice Ud. de eso, padre?

—Yo no digo nada, lo que tú hagas bien hecho está.

Abel tenía en su rostro una marcada tristeza. ¿Qué habría sido de los suyos tanto tiempo? Conjeturas y más conjeturas. Días después divisábase ya Santiago. Abel estaba feliz. Silvó en el camino alegres canciones.

Fray Camilo, tomóle por el brazo diciéndole:— Abel, ¿eres verdadero patriota?

—Sí, lo soy padre...

—¿Estas dispuesto a afrontar cuanta situación grave se te presente?

—Ya lo creo, padre...

—¿Sea lo que sea?

—¿Qué me queréis decir con ello?

—Contéstame la pregunta.

—Siempre que no se relaciones con ella...

—Es que de ella se trata...

—Decídme padre... ¿Ha muerto acaso?

—¡Oh, no hijo, no..!

—¿Entonces qué le ha sucedido?

—¿Me escucharéis con calma? ¿Me lo prometéis?

—Os lo prometo.

—Pues, vais a tener otra pena que guardar en vuestro corazón...

—¡Padre!.. gritó angustiado Abel.

—¡Calma hijo, calma! —prosigo —Carmen ya debe pertenecer a Aquel que nos creó; os quiso olvidar bajo las acogedoras sombras del Convento de Las Clarisas.

Abel escondió su cara entre las manos. De su pecho se escapó un gemido.

Fray Camilo a su lado guardaba absoluto silencio.

Estaban ya en el centro de la Capital. El monje golpeó suavemente el hombro del joven.

—Hijo, vamos de inmediato donde don Jaime —murmuró.

Abel con la cabeza baja le siguió.

—Hay que levantar el espíritu, hay muchas cosas por qué luchar, ella era patriota, en su nombre lucha tú.

—Fray Camilo, ¿cuándo parte Ud.?

—Dentro de tres días —respondió.—

—Partiremos juntos...

—Tú eres dueño de hacer lo que mejor te parezca.

Pocos momentos después don Jaime Blanco, abrazado a su hijo, lloraba. El desaparecimiento de doña Candelaria y el destierro de Abel le habían envejecido notablemente.

—Llegas para que nos vayamos juntos —exclamó el caballero— esta tierra va a manos de los españoles y yo soy patriota como tú y como era ella.

Abel volvió a abrazar a su padre, quien no se cansaba de averiguarle las penas que pasó en el destierro.

—¿Y Carmencita? —dijo el joven.

Palideció don Jaime ante la pregunta.

—¿No lo sabes?— respondió.

—¡Sí, quería asegurarme una vez más!

Las sombras de la noche tendían su espeso manto sobre la ciudad, cuando don Jaime, y Abel impartían las últimas órdenes a sus criados antes de emprender el viaje.

En tanto, en casa de doña Agueda Lecaros, hay también confusión. El nombre de Corina está muy unido a la causa patriota; los realistas varias veces se lo han hecho ver.

—¿Qué va a ser de tí, ahora? —exclama doña Agueda —no te decía que los insurgentes no tenían caso y tú dale que dale con la patria y la lesera, ahora no sé pues; yo, al destierro no voy; ¡mire que sería bonito que yo fuera a pagar tu pecado! ¡Qué comodidad!

—No te molestes por mí, Agueda, pues tengo ya compañera: Ana María Cotapos compartirá conmigo sus pesares.

Agueda se enterneció. Se había librado del viajecito, aún cuando ya tenía pensado decir a su hermana que permaneciera escondida hasta que se olvidaran de ella y entonces comenzar a vivir en paz. Sus plegarias habían sido es-

cuchadas; no fueron vanos los siete rosarios con sus misterios y letanías que recién acababa de terminar. Así se lo decía su corazón.

Doña Agueda en un arranque de amor fraternal, abrazó tiernamente a su hermana, Corina como una estatua, sólo pensaba en el largo camino que tendría que recorrer.

Un golpecito dado en la puerta y Catita entraba en la habitación: —Su Merced, buscan— dijo la negrita.

—Pero ¿quién es moledera?

—La señorita Ana María, su merced — respondió.

—¡Ana María! —exclamó doña Agueda— dile que pase.

Corina salió a recibirla y dándole un estrecho abrazo, la interrogó ansiosa:

—Ana María— ¿cuándo es el viaje?

—Es lo que vengo a decirte, en dos días más tendremos que estar en marcha y quiero proponerte que nos vayamos juntas con don Jaime Blanco y Abel. ¿Qué te parece?

—Mientras más compañía, mejor, además tengo entendido que los Carreras también irán con nosotras; de lo que me alegraría mucho.

—No hay seguridad; tú sabes lo que son ellos: un día están aquí, otro allá; no se quedan tranquilos un segundo.

—Así es; entonces quedamos en que don Jaime y Abel Blanco, partirán con nosotras.

—Eso es, Corina; nuestras penas van a comenzar; pero, ¿qué importa si volveremos para consolidar nuestra patria?

—Dios lo permita, Ana María; Dios lo permita— respondió la niña.

Doña Agueda se acercó.

—¿Así es que Ud. también se va?— le dice a Ana María.

—Sí, señora—, respondió ésta — es necesario, nadie duda de mi patriotismo y exponerse en una locura.

—Ya lo creo, ya lo creo —exclamó doña Agueda— sobre todo cuando se ha ofendido tanto el nombre del rey.

—Nosotras no tenemos rey, señora —respondió “picada” Ana María— nacimos libres y así queremos seguir.

—Si su merced me lo permite —respondió doña Agueda— le diré, que bien merecida se tienen la caminata que se van a pegar hasta Mendoza; ¿de cuando acá eso de ser libres, de mandarnos solos; cuando no somos capaces de ello?

Ana María y Corina se miraron y sonrieron.

—El escudo de los Lecaros —manifestó Ana María— no sería tocado, por cuanto con escudos o sin ellos queremos libertad. Ud. puede ser libre y tener su escudo donde quiera. Nadie trata de atropellar sus derechos...

Doña Agueda estaba amostazada, el palo había sido fuerte.

—Si a mí no me importa el escudo —dijo de los dientes para afuera— sino que estimo ridículo que nosotros sin cultura, sin preparación y sin nada pretendamos considerarnos una nación tal cual es España.

—Ni más ni menos— dijo Corina terciando en la conversación.

Ana María no estaba dispuesta a seguir adelante y

tal es así que volviéndose a su amiga le dice:— Bueno, Corina, entonces pasado mañana a primera hora en mi casa: allí estará don Jaime y Abel.

Una vez que Ana María se hubo despedido; doña Agueda enrostró a su hermana:— Buena compañía llevas: una muchacha loca, un viejo verde que no sabe lo que quiere y un “renegado”. ¿Qué mejor? pues más ya no se puede pedir.

Corina no estaba para contestar; guardó silencio y enseguida se retiró a su habitación, comenzando a destruir aquello que pudiera comprometer a la dueña de casa, después llamó a su hermana y le entregó todo lo suyo diciéndole: Agueda, tú eres dueña de lo mío, me voy nada más que con lo puesto y estos recuerdos de mamá; a mi vuelta, que puede ser pronto o nunca recordaremos de nuevo estos momentos.

Doña Agueda prorrumpió en gemidos. Al sentirlos corrió Catita y la Mañunga.

—¿Qué tiene su merced? ¿qué tiene su merced?— repetía la negrita compungida.

La Mañunga lloraba en un rincón al ver los preparativos de viaje. Ella estaba informada ya por Corina.

Dos días después y en medio del llanto general, los viajeros emprendieron su peregrinación a Mendoza; a medida que se iban alejando de la tierra amada, sentían que se arraigaba más y más el amor a la patria, pisoteada por el implacable enemigo.

Esa noche iba a ser triste para todos, los que partían y los que se quedaban; en éstos últimos se anidaba también la incertidumbre de los días futuros.

¡Cuántos quizás envidiarían la tranquilidad de las estrellas en el cielo azul!

— XII —

Las campanas de muchas iglesias de Santiago han sido echadas a vuelo. El pueblo se arremolina y aplaude y como si fuera poco grita y salta. La ciudad está embanderada. Las tropas abren calle.

—¡Ya vienen, ya vienen!— gritan los “rotos”.

—Ya vienen— dice ceremoniosamente un caballero realista.

Es Osorio y comitiva.

Los realistas están de plácemes. Entre los mirones hay muchos patriotas que también aplauden, para poder enseguida vivir en paz; aunque esa alegría que demuestran con las manos está muy lejos de tenerla en el corazón.

Una “china de pata rajada” grita:— ¡Viva Su Merced don Mariano!

—¡Cállate callanuda! — le dice doña Agueda Lecaros.

La china se siente mal.

El cortejo avanza. Osorio está magnífico, imponente y sobre todo magnánimo: Les perdonará de corazón los pasado extravíos; podían volver a sus casas y dormir tranquilos al calor de esa promesa.

Catita mira para otro lado cuando pasa el presidente.

Doña Agueda le da un fuerte pellizco y la niña grita sin darse cuenta: ¡Viva su merced, viva su merced!

Osorio da hacia allá una mirada y agradece. Doña Agueda llora de complacencia y observa enseguida a todos los que han visto el mirar del flamante gobernador hacia el sitio donde ella se encontraba. Hace un cariño a la negrita.

No fueron pocos los que se imaginaron que Osorio era un santo varón que el cielo les enviaba para demostrarles que España era una madre cariñosa que deseaba acogerlos amorosamente en sus brazos; los otros veían en ese abrazo un apretón excesivamente fuerte y que los iba a dejar sin aliento por un tiempo o bien para toda la vida.

Después de la alegría vino el llanto; el santo varón no era tal y comenzó a apoderarse de casas, haciendas y de todo lo que los patriotas poseían; ordenó destierros y convirtió a la ciudad en un internado del cual nadie podía salir sin su permiso. El Capitán del Batallón de Talaveras don Vicente San Bruno, de fatídica memoria, sería el carcelero oficial; hombre fanático por la causa del rey y que cometiera verdaderas atrocidades. La matanza de patriotas en la Cárcel de Santiago el día 6 de Febrero de 1815, es uno de los crímenes cometidos por este hombre sin entrañas, que engañó a un grupo de indefensos para asesinarlos sin compasión.

Pero no nos vamos a quedar en la Capital, donde aparentemente es dueño de ella don Mariano Osorio, y digo aparentemente, porque en las chinganas de la calle San Pablo se están fraguando complot con el fin de mandar a los españoles al sitio de donde salieron, y pasaremos los Andes para saber lo que hace nuestro héroe.

— XIII —

Fray Camilo en Argentina se dedicó con verdadera devoción al cultivo de las ciencias y de las letras. Pero no era de los que se contentaban con poco y comenzó el estudio de la medicina hasta recibirse de médico. La profesión le daba algo para el sustento, pero él tenía que ayudar a la manutención de muchos chilenos que arrostraban una miseria espantosa.

¡Cuántos llegaban hasta él en busca de salud, sin traer un céntimo para cancelar la consulta! Fray Camilo colocaba entonces en esas pobres manos una moneda para ayudarles a comprar las medicinas. En esas condiciones poco podía esperar del ejercicio de su profesión; pero, qué enaltecedor su ejemplo y sobre todo cuando él piensa en que con ésto va a cooperar un poco más en bien de su patria. Y el monje fué sembrando por todas partes la energía y al mismo tiempo la bondad de su corazón y su actividad no habría de cesar un instante.

En 1814 fué elegido regidor del Cabildo de Buenos Aires. Aún le quedaba tiempo para dedicarse a otras cosas

y es así como acepta la redacción de la Gaceta de la Capital Argentina desde Abril de 1815 y sirve ese cargo hasta Noviembre del mismo año. Su sueldo era de \$ 1000. —al año.

Y esto que voy a relatar pondrá una vez más en claro la rectitud de Fray Camilo: había en Buenos Aires, dos periódicos destinados el uno a criticar al gobierno y el otro a defenderlo. El Ayuntamiento se encargaba de pagar los redactores a quienes también nombraba; pues bien; al monje de la Buena Muerte se le propuso ésto diciéndole que tenía que condenar algunas actuaciones gubernativas en Observaciones y defender las mismas en la Gaceta.

¡Bonito sistema!

A fray Camilo se le subió la sangre a la cabeza. ¡Qué se habían imaginado! Lo que él decía, no se lo rebatiría él mismo.

Y no teniendo más que eso para vivir, dejó el empleo indignado.

Comenzó entonces su miseria, que hubo de soportar pacientemente y durante largo tiempo. Dedicóse entonces a hacer cigarrillos; lo acompañaron en este trabajo doña Mercedes Fontecilla y otras ilustres patriotas entre ellas Ana María Cotapos y Corina Lecaros.

Pero el trabajo no había de faltarle aunque fuera poco remunerado y el 30 de Febrero de 1817 le fué ofrecido el cargo de redactor de "El Censor"; periódico que salía los jueves y después los Sábados. Prestó aquí sus servicios hasta el 11 de Julio de 1818.

El monje soñaba con su tierra. El 20 de Enero de 1817 exclamaba ante un grupo de argentinos: "No pasará

mucho tiempo sin que el pabellón de Chile, aparezca formidable en el Mar Pacífico". (2)

Y tenía razón el gran patriota.

Dejemos a Fray Camilo en Buenos Aires sufriendo toda clase de miserias y volvamos a Chile, donde hemos dejado a don Mariano Osorio creyéndose dueño y señor de la situación

Esto no le duró mucho, porque le llegó la noticia de que venía de España el Mariscal del Campo don Francisco Casimiro Marcó del Pont, a sucederle en su cargo.

Don Mariano consideró ésto una negra ingratitud y no de muy buena gana el 26 de Diciembre de 1815 entregó el mando al sustituto.

Marcó del Pont era un militar de poquísima inteligencia, amanerado en grado sumo y si llegó al gobierno de Chile, se debió al prestigio de un hermano suyo en la corte. Se rodeó de gente atrabiliaria y dispuestas a hacer lo que deseaban y es así como se estableció un verdadero régimen de terror.

Manuel Rodríguez, fué el dolor de cabeza de don Francisco Casimiro. Hoy lo viva a la salida de un Te Deum y mañana le abre la portezuela del coche y todo ésto cuando él tenía a precio su cabeza.

Esto le amargaba la vida al flamante gobernador y lo peor era que en este país de rebeldes hasta las mujeres conspiraban y ésto era "desconcertante" según la expresión de don Francisco Casimiro.

El gobierno de Marcó del Pont felizmente duró po-

2) Miguel Luis Amunátegui.

co y se distinguió por lo enormes sufrimientos que tuvieron que soportar los patriotas.

Mientras tanto el ejército de San Martín había pasado los Andes.

Cuando la noticia llegó a oídos del gobernador, éste llamó a su despacho a don Rafael Maroto y le dijo:—Mire, mi señor don Rafael, hágase cargo del mando porque yo no puedo aguantar más a esta gente.

—Pero, Excelencia...

—No hay peros que se tenga, yo me encargo de arreglar la situación con España.

Y don Francisco Casimiro endozó el "clavo" y comenzó a preparar la huída.

El 12 de Febrero de 1817, fecha gloriosa de nuestra historia, comenzó nuestra independencia a vislumbrarse nítidamente. Las fuerzas de San Martín y O'Higgins destruyeron en los cerros de Chacabuco a las fuerzas españolas.

Santiago recibió la noticia del triunfo en forma delirante. Cuando dos días después O'Higgins y San Martín hacían su entrada a la Capital el pueblo los recibió en forma nunca vista.

El 16 de Febrero don Bernardo O'Higgins fué nombrado Director Supremo de Chile.

Don Francisco Casimiro Marcó del Pont con todos sus apellidos y títulos emprendió las de villadiego, poseído de verdadero espanto; pero no era fácil escapar; él y San Bruno tenían cuentas pendientes y deberían antes arreglarlas; el primero con el terrible susto que había pasado al caer en manos de los patriotas y de la furia de los santiaguinos podía dar por saldada su cuenta. Se le envió enseguida a la Argentina. El segundo, no tenía perdón; tanta sangre pa-

triotas derramada por su causa clamaba venganza. Se le sometió a proceso y fué fusilado. Así terminó su vida el abominable San Bruno, hombre sin corazón, que tantas penas, lágrimas y desgracias trajo a los desdichados patriotas.

Fray Camilo en tanto no cabía en sí de gozo con el triunfo de Chacabuco; su alma enferma, estaba más aliviada, el porvenir de Chile lo veía brillante, luminoso, aún cuando el triunfo no fuera definitivo. Mientras no se robustecieran nuestras posiciones, siempre estaríamos bajo la amenaza de invasión y ese pensamiento del Monje de la Buena Muerte se vió confirmado con la aparición de Osorio por segunda vez y que traía poderosos refuerzos del Perú.

Pero el ambiente era distinto en esta ocasión y el magnífico don Mariano no iba a tener un solo día de verdadera gloria y ni una sola noche dormiría en paz.

— XIV —

Abel Blanco cumplió fielmente el juramento hecho junto al cadáver de su madre: formó parte de las tropas de O'Higgins y peleó por la patria en Chacabuco. Sentía en el fondo de su alma la satisfacción del que lo da todo por un ideal.

¡Cuántas ilusiones se anidaban de nuevo en su alma! El, que antes de partir a Mendoza llevaba el corazón destrozado, volvía ahora pletórico de alegría y lleno de fuerzas, tan propias de la juventud.

Cuánta razón había tenido fray Camilo al decirle:— "El corazón es como un imán, atrae, y de repente te vas a encontrar de nuevo en las redes del amor".

Y eso era ahora realidad. La sombra de Carmencita era un sueño lejano ya, una visión dulce y placentera que dejó huellas al pasar y que el tiempo iba borrando poco a poco.

Una tarde, qué bien lo recordaba, allá en Mendoza, cuando don Jaime, junto a Corina hacía cigarrillos a fin de tener con qué mantenerse, al pasar él, dijo su padre a la

niña:— No sé que daría porque Abel borrara de su alma ese dolor que lo tiene siempre taciturno, siempre triste.

Y ella sin levantar la vista respondió:— Es que cuando se ama algo tan hermoso, tan noble, tan bueno como era Carmencita; un corazón bien puesto no olvida así no más.

Esas palabras de Corina, estaban impresas en su mente y parecióle que ellas eran un bálsamo en su herida. Cuando él fué a sentarse a su lado y la niña le sonrió, mostrando la belleza de su rostro; le pareció que ya no estaba tan solo y que podía hacerle toda clase de confidencias.

—Yo —díjole Corina— no soy una chiquilla sino una mujer de 25 años, y quizás por eso es que me doy cuenta perfecta de lo que pasa en su corazón. El hombre, es siempre niño, entiendo que tiene Ud. 28 años; y se ilusiona con mucha facilidad, no es así para olvidar, desgraciadamente.

—Dígame ¿Ud. no ha amado nunca?

—No he tenido tiempo, porque primero tuve que dedicar todos mis cuidados a mi madre, que estuvo postrada 8 años en cama y una vez que ella murió, Agueda siguió a mi cuidado como hermana mayor.

—¿Y a Ud. no le gustaría amar a alguien que la comprendiese y compartiera con Ud. los momentos dulces y tristes de la vida?

—Le repito, que yo ya soy una mujer y más que el amor me atrae el bienestar que puedo proporcionar a los demás.

—¿Sí?... ¿Y ese bienestar no lo daría en especial a alguien?

—Si lo encontrara ¿por qué nó?; pero, siempre que ello no sea motivo para negárselos a los otros.

—Entonces sépalo Ud. que nadie hasta este instante había podido hacerme borrar el amor a Carmencita de mi alma y Ud. ha hecho el milagro.

—¡Abel... Ud. no sabe lo que dice!

—Sí, lo sé... y más que eso, que la amo con toda mi alma. Se lo hice saber a fray Camilo y él me dijo:— No hay en el mundo una mujer más buena y abnegada que Corina, si la amas no la pierdas.

—Bondad de él y nada más— manifestó emocionada la niña.

Todo esto lo recordaba Abel con tanto cariño y pensaba que una vez que llegara a Santiago, podría orgulloso pedir la mano de la niña que se había desvivido cuidando a su padre en Mendoza y que al separarse le había hecho esta sola promesa:— Si Ud. realmente me quiere yo sólo puedo decirle que no está Ud. ausente de mi corazón; lo esperaré allá en la Capital, junto a don Jaime, quien en su bondad me llama hija; nada más le puedo decir.

Y así ahora el joven oficial del ejército patriota, tenía más bríos en los combates cuanto más recordaba a Corina que ya debería encontrarse en Santiago.

Efectivamente, hacía ya algunos días que doña Agueda Lecaros había estrechado contra su corazón a su hermana. Los raídos vestidos de ésta le causaron profunda impresión.

Catita y la Mañunga besaban las manos de su "amita".

Desde entonces la vida era otra vez rutinaria para ella, pero ahora concurría a la misa en la mañana y a la distribución de la tarde, acompañada por doña Agueda, y enseguida ambas iban a visitar a don Jaime Blanco.

De vuelta a casa rezaban el rosario con Cata y Mañunga y cuando Corina anunciaba una oración por la patria, doña Agueda simulando un bostezo pretextaba mucho sueño y se retiraba a su alcoba.

El sol brillaba más que nunca al día siguiente 12 de Febrero de 1818; la naturaleza toda parecía alegrarse, ese día sería inolvidable para Chile, porque sus hijos sellarían con solemne juramento su independencia.

Sin embargo el destino les reservaba un revés y fué la Sorpresa de Cancha Rayada, donde Osorio atacó de noche a las fuerzas patriotas. Era el 19 de Marzo de 1818. O'Higgins, el inolvidable, fué herido en el brazo derecho; muchos soldados quedaron en tierra para no levantarse más.

En Santiago la noticia se extendió rápidamente y muchos pensaron que de nuevo habría que emigar a Mendoza. Esta vez no era para tanto, aún cuando la situación era grave. Manuel Rodríguez gritaba por calles y plazas calmando los ánimos e incitándoles al mismo tiempo a la defensa de su tierra. Corina y don Jaime Blanco iban de un lado a otro inquiriendo noticias. ¿Le habría sucedido algo a Abel?

El corazón de la niña nada le decía y ella tenía plena confianza en que había de volver sano y salvo.

Mas tarde, OHiggins, cabizbajo, y San Martín pensativo, entraban a Santiago. La ciudad sintió alivio dentro de las horas de sozobra que había vivido. La presencia de ambos jefes les infundía ánimos y esperanzas.

Días después y mientras se preparaba un nuevo ejército que batiera de una vez por todas a los españoles, Abel y don Jaime se encaminaron a casa de doña Agueda Lecaros. Corina no se encontraba allí.

Cuando Catita anunció a su ama la llegada de estas visitas se llenó de sorpresa.

—¡Dios mío!— exclamó — corre Cata a casa de las Cotapos y díle a Corina que se venga— mientras tanto hazlos pasar al salón —agregaba—.

—Como nó, su merced, como nó, su merced— dijo la negrita asustada.

Don Jaime y Abel entraron al salón y esperaron un instante.

Doña Agueda, esbelta y muy echada atrás avanzaba hacia el largo salón.

Ambos visitantes se pusieron de pie. La señora hizo una venia y se adelantó hacia ellos.

—¿A qué se debe el honor de esta visita mi señor don Jaime?

—El placer de saludarla en primer lugar señora, y además el presentarle a mi hijo Abel...

—Le conocía ya — respondió la aludida.

—Así es señora — dijo el joven después de estrecharle la mano.

—Bueno, —manifestó don Jaime— me imagino que Corina no está, lo que hasta cierto punto dificulta lo que me había propuesto hacer...

—¿Y cual es ello, mi señor don Jaime?— dijo doña Agueda.

—Como Ud, ha sido para Corina una verdadera madre, vengo a solicitarle la mano de ella para mi hijo Abel...

De no estar sentada la señora, habría quedado tendida largo a largo sobre la estera con semejante sorpresa.

—Yo... yo no sé que decir —exclamó al fin— Co-

rina nada me ha manifestado ni tan siquiera sospechaba. Bueno, en fin, ahí viene...

La señora estaba en un estado tal de nerviosidad que no sabía dar ni desatar.

Efectivamente, Corina al ver llegar corriendo a Cata a casa de las Cotapos, en cuyo corredor se encontraba junto con Ana María, comprendió que algo extraordinario sucedía en su casa.

Una vez impuesta por la negrita, se despidió de su amiga y partió al hogar.

Doña Agueda al verla no halló qué decirle, sólo atinó a abrazarla.

Corina no comprendía ese ímpetu cariñoso de su hermana, claro está que poco después se lo explicaba todo.

Don Jaime no cabía en sí de felicidad.

—Hija mía —le dice— Abel y yo anhelábamos este instante, ahora tu dirás si deseas ser la compañera de mi hijo para siempre...

Corina sintió que su alma se llenaba de una alegría desconocida para ella hasta entonces y sólo respondió:— Yo no puedo desear, más que lo que él quiera...

Don Jaime la abrazó, diciéndoles:— Ahora Uds. hijos míos hagan lo mismo. El caballero y doña Agueda contemplaron enternecidos la escena.

Muy entrada la noche la calesa de don Jaime Blanco tomaba por la Cañada y doblando por la de Peumo se perdía en la obscuridad.

La luz de uno que otro farol se encendía y apagaba...

Días después el ejército de Chile estaba listo para batir a los españoles y partió al Llano del Maipo. Allí en igualdad de condiciones empezó la lucha. La primera gran batalla nada decidió.

Al atardecer el general O'Higgins, con su brazo herido y su cuerpo consumido por la fiebre llegaba con su estado mayor al campo de batalla. El Llano presentaba un triste aspecto; sobre él muchos permanecían inmóviles; las cadenas de montañas marcaban el horizonte. El cielo estaba claro aún. O'Higgins avanzó hasta San Martín y abrazándole exclamó:— "Gloria al Salvador de Chile", San Martín poseído de verdadera emoción respondióle:— "General, Chile no olvidará jamás el nombre del ilustre inválido que en el día de hoy se presenta en el campo de batalla en ese estado".

Las tropas redoblaron su entusiasmo y a los gritos de: ¡Viva la Patria! ¡Viva Chile!, avanzaron y vencieron.
¡Chile era libre!

Así nació la patria nueva.

El toque de las campanas de Santiago llegaba tenuemente hasta Maipú; los restos del ejército patriota se dedicaron a recoger heridos. Osorio alcanzó a huir con unos pocos.

Los santiaguinos, como en la vispera, llenaron la Catedral, el nombre de la Virgen del Carmen, proclamada patrona del ejército de los Andes estaba en todos los labios; allí también le había hecho el Director Supremo don Bernardo O'Higgins el juramento de levantarle un templo en el sitio en que se diera la batalla que consolidara nuestra independencia, y estaba ahora presente todo su pueblo para darle con lágrimas en los ojos los agradecimientos.

San Martín y O'Higgins llenos de gloria entraron a Santiago.

Aquella noche podrían dormir tranquilos: los españoles no se pasearían más como dueños sobre estas tierras que no soportan yugo alguno, venga éste de donde venga.

— XVI —

Fray Camilo más allá de los Andes aún se regocijaba del triunfo de Chacabuco y tranquilo emprendía diferentes trabajos. “En Julio de 1817, fundó en Buenos Aires una sociedad a que se bautizó con el nombre del buen gusto del teatro. Su fin era lograr las buenas exhibiciones teatrales. Allí se representaron dos dramas suyos: “Camila o la patriota de Sud América” y “La Inocencia en el Asilo de las Virtudes”.

Ambas no encontraron acogida en el público.

Al respecto dice don Miguel Luis Amunátegui:

“Camilo Henríquez nunca ha escrito por el solo antojo de borrar papel, para granjearse una fama bulliciosa, cuyo ruido concluye por disiparse en el vacío.

“Siempre se ha propuesto algún objeto noble o útil en cuanto trabajo ha salido de sus manos.

“Ha empleado su vida, su vida entera, en defender la independencia, la libertad, la civilización, la tolerancia, civil y religiosa, el progreso.

“Su pluma ha sido alternativamente una espada de combate contra la opresión y una herramienta de cultivo moral e intelectual”.

Cuando llegó a Buenos Aires la noticia del triunfo de Maipú, el pueblo se llenó de regocijo, el faro de la libertad irradiaba sus rayos sobre los pueblos de América.

Los innumerables desaciertos de Osorio y Marcó del Pont contribuyeron poderosamente al triunfo de la causa. ✧

Fray Camilo bendecía esos desaciertos y miraba en ellos la mano de Dios que abomina las tiranías. Con todas las fuerzas de su alma deseaba encontrarse en su tierra y abrazar a sus hermanos patriotas que habían acogido en su pecho el grito de libertad, ese grito que tanto escándalo causara y que fuera motivo de tantas ofensas a su nombre; pero, él tenía la absoluta confianza de que ese rayo de luz lanzado sobre las tinieblas de la tiranía, sería visto por muchos; y no se equivocó; allí estaba el resultado: Chile, la hermosa tierra de Caupolicán y Lautaro era libre como ellos la desearon y por la que tanto sufrieron.

Fray Camilo, sintió la tibiéz de una lágrima que surcaba sus mejillas; era un contraste a su carácter enérgico, pero eran otras las circunstancias; la patria por la que tanto había sufrido estaba lejos y su pobreza le impedía pensar siquiera en volver a ella.

—¡Dios mío —murmuró— Haz que pueda un día pisar mi amada patria que debe esta más hermosa ahora que es libre!

Secóse los ojos el fraile. Estaba profundamente triste...

— XVII —

Una vez que las tropas victoriosas, hubieron vuelto del Llano del Maipo, el teniente don Abel Blanco, solo pensó en escribir a Fray Camilo. Corina, feliz como estaba, tenía su pensamiento en el fraile patriota que en Argentina sufriría quizás que miserias.

—Abel —le dice— ¿por qué no nos proponemos recolectar algún dinero entre los patriotas y enviárselo a él a fin de que se venga?

—Voy a escribirle de inmediato —respondió el joven— ¿si gustas, me ayudas a hacerlo?

—Con alma y vida —díjole la muchacha.

Y esta carta salió para Buenos Aires:

“No se imagina Ud. lo feliz que estoy. ¡Cuánta razón tenía Ud. al aconsejarme! Corina y yo hubieramos deseado que Ud. nos casase, pero no queremos tardar en hacerlo, por cuanto mi padre está enfermo y muy solo.

“Aquí la situación es otra, los realistas han dejado de serlo y los españoles que han quedado vivos deben estar aún arrancando.

"Esta es su obra, una nación que comenzará a florecer y cuyo comienzo se lo debe a Ud.

"¿Podríamos saber los proyectos que tiene para el futuro? ¿Le es posible o no venir a gozar del descanso y gloria que bien merecida se tiene?"

"Impacientes quedamos pensando en Ud., que todo lo ha dado sin esperar nada de nadie.

"Lo abraza con todo cariño

"Abel"

Un mes después y mientras la misiva viajaba a su destino, el Teniente Abel Blanco y Corina Lecaros, se unían para siempre bajo la bendición de Dios.

Doña Agueda como madrina había hecho derroche de elegancia. A la entrada y salida de la iglesia muchos notaron en ella ciertos atractivos ocultos hasta ahora.

Don Jaime estaba tan feliz, que parecía encontrarse en sus años mozos, cuando iba camino del altar a unirse a la entonces encantadora niña doña Candelaria Ballesteros.

Luego vino la fiesta en la casa, donde doña Agueda quiso bailar una cuadrilla junto a Corina y teniendo por compañero a don Jaime.

La Mañunga por una ventana del corredor miraba hacia el salón y no se explicaba el por qué reía y lloraba a la vez. Catita en cambio, se tapaba la boca para que sus risas no se fuera a oír dentro. La figura de doña Agueda era la causa de que la negrita se oprimiera el estómago riendo.

Muy tarde ya, las calesas fueron saliendo una a una de la vieja mansión de los Lecaros y sus ocupantes comentaban lo agradable de la fiesta.

Mientras la felicidad se anidaba dulcemente en los corazones de muchos seres; por el alma de doña Agueda, pasaba una nube de densa soledad y profunda tristeza; sin su hermana la existencia le estaba de más; la casa era excesivamente grande, las piezas demasiado espaciaosas, el oratorio solo y frío: en fin, ya nada le atraía y su estado de animo habría empeorado si dos días después Catita no viene corriendo y le dice: Me permite su merced... me permite su merced... me...

—Hasta cuando negra de “moledera” —responde la señora— ¿Qué diablos quieres?

—Mi señor don Jaime, su merced; mi señor don Jaime, su merced.....

—¿Aquí?— exclamó la señora, llena de sorpresa.

—Sí, aquí mi amita... aquí mi amita...

—Hazlo pasar al salón, por vida tuya... dice la dama nerviosa.

—Mi señora doña Agueda— exclama una vez que la ve aparecer.

—Mi señor don Jaime — responde la aludida.

—El motivo de mi visita, además de saludarla, es el proponerle que una vez que regresen los novios, Ud. se vaya con nosotros y gobierne esa casa que desde que se fué Candelaria está abandonada, triste y sola. Siempre con Abel nos habíamos hecho esta reflexión; además para Corina, será mucho más agradable vivir cerca de Ud. que sin saber si le puede suceder algo o no. Por lo demás Ud. sabe que el caserón reúne ciertas comodidades y sobre todo es bastante grande.

—Es muy atento Ud. mi señor don Jaime, sin embargo, hay tantas cosas en esta casa que me impiden una res-

puesta inmediata; en ella he vivido toda la vida y cada cosa me es tan familiar, que francamente por el momento no puedo más que agradecerle de todo corazón su generosidad sin límites.

—No hay tal generosidad, señora, sino que es el anhelo de que la familia esté unida. Bueno de todas maneras, piénselo Ud. y cuando los muchachos regresen ya tendremos de nuevo ocasión de hablar.

Tarde de la noche la calesa de don Jaime entraba bulliciosa por la calle del Peumo.

— XVIII —

Don Manuel de Salas, viejo amigo de Camilo Henríquez, corría de un lado a otro, parecía agitado, visitaba cuanto amigo tenía, siempre de prisa; siempre preocupado. ¿Qué le sucedía al ilustre ciudadano?

Ahora está frente a Su Excelencia, el Director Supremo don Bernardo O'Higgins.

—Perdonará vuestra Excelencia mi importuna visita, pero ella obedece a dos motivos: el primero es desearos las felicidades que merecéis en esta Navidad que se aproxima y el segundo, hablaros de alguien a quien hemos, al parecer, olvidado.

—Permítame mi señor don Manuel, una interrupción e impóngase de esta carta que ya ha salido para Buenos Aires.

—¡Excelentísimo señor!— sólo pudo exclamar Salas.

—Nada, nada don Manuel, yo no me olvido de los buenos patriotas, fray Camilo vendrá a ayudarme a construir Chile, al que ha amado con toda su alma; así se

lo he pedido y con verdadera pena me he impuesto de su pobreza.

—Vuestra Excelencia, debe saber que entre los amigos le hemos juntado quinientos pesos, para que tenga para los gastos de viaje; además sabemos que está cancelando algunas deudas que ha contraído y no desea salir de allá mientras no las haya cubierto. Si Vuestra Excelencia quisiera ordenar el envío de este dinero le seríamos muy reconocidos.

—Don Manuel, vaya Ud. tranquilo, así se hará no lo dude y ruégole ahora que venga a verme dentro de algunos días que creo tendremos noticias del ausente.

—Gracias, Excelencia y perdone el tiempo que le he quitado, pero...

—Don Manuel de Salas, yo no estoy aquí para ser servido, sino para servir; esta es vuestra casa y yo vuestro amigo, disponed de mí con entera confianza.

Y extendiendo su mano estrechó fuertemente la del caballero, quien llevaba en su alma grabada la entrevista con el hombre cumbre de nuestra historia.

Días después don Bernardo O'Higgins le enviaba una pequeña nota invitándole a palacio.

—Mi señor don Manuel —díjole— Aquí tiene Ud. algo que le interesa.

Le extendió una carta. Leyó:

“Buenos Aires, enero 1 de 1822.

Excelentísimo Señor:

“Mi siempre amado i admirado paisano, yo dejé al magnánimo corazón de Vuestra Excelencia, sentir i cal-

cular mis afectos de reconocimiento i admiración al leer su cariñosa i jenerosa comunicación de 15 de Noviembre último.

“Partiré con la brevedad posible para esa nuestra dulce patria a admirar las grandes cosas e intentos inmensos que he sabido, aunque mui en globo, que va debiendo a Vuestra Excelencia, i que aquí son poco conocidos: sin embargo de que voi con una especie de temor, porque Vuestra Excelencia ha formado una idea demasiado ventajosa de mi mediocre aptitud.

“Un extranjero que escribía en un país devorado de facciones, intrigas disimulaciones i opiniones, se guardó comunicaciones privadas así como renunció al cargo de escribir sobre materias políticas, i se refugió a otro país extranjero donde vivió cerca de un año, hasta que los desórdenes trajeron el orden, que felizmente se va radicando más i más.

“Yo felicito a Vuestra Excelencia, porque a un mismo tiempo i como de acuerdo con el memorable gobierno de esta ciudad, cuyo ministerio ha de ser admiración del mundo, entiende en la gran obra de la civilización, que es la segunda parte de la ardua empresa en que entramos cuando proclamamos la independencía, que logramos ya, i en que Vuestra Excelencia se ha cubierto de eterna gloria. Por esto principalmente deseo dar a Vuestra Excelencia mil abrazos, i que cuente siempre con el fino afecto de su cordial amigo i servidor que sus manos besa.

“Camilo Henríquez”.

—¿Qué dice Ud. de eso?— dijo el Director Supremo.

—Que es un gran patriota, Excelentísimo Señor.

—Y más que eso don Manuel, es el faro de nuestra libertad, él fué el primero, que arriesgándolo todo se atrevió a levantar su voz para decirnos que debíamos ser libres. Eso no se olvida y tampoco lo harán los siglos. Decid a todos la buena nueva y prepararse para recibirle.

Después de despedirse, don Manuel de Salas, se encaminó a casa de don Jaime Blanco para darle antes que a nadie la noticia.

Don Bernardo O'Higgins se acercó a una de las ventanas del palacio, contemplando desde allí los arreboles de una hermosa tarde de verano.

— XIX —

¡Apresurado está fray Camilo. Su paso por las calles de Buenos Aires es rápido; de vez en cuando se dibuja en sus labios una sonrisa.

¿En qué piensa el Monje de la Buena Muerte? ¿Qué alegres ideas endulzan su alma?

Es fácil suponerlo. Sus artículos ya lo han dado a entender: pronto emprenderá viaje a su tierra, a su amado Chile, belicoso y fértil.

Se acercaba el día en que podría contemplar una vez más la hermosura de la cordillera nevada y las cadenas de montañas que tienen rodeada la bella nación en que había nacido. El, en forma alegórica se despedía de los argentinos que le acogieran con cariño y respeto. Todo eso era ya tiempo pasado; el presente estaba más allá de los Andes y quería vivirlo porque no podía torcer la mano del destino.

El 8 de Febrero de 1822, daba su adiós a Buenos Aires donde no habría de volver jamás. Su paso por Argentina estaba escrito en el libro de su vida y él tenía que

ir allá, quisiera o nó. Fray Camilo siguió su destino, no trató en ningún momento oponerse a él; su vida estaba dedicada al servicio de Dios y a El se entregó; pero sintió al mismo tiempo el llamado de la Patria y tampoco lo deshojó. Era lógico.

¿Se opone acaso el servicio de Dios al de la Patria?
¡Nunca!

Y eso no solamente lo comprendió Camilo Henríquez, sino que muchos que como él habían colocado sólo en Dios su mirada; y tenemos el ejemplo entre nosotros del Obispo Martínez de Aldunate; Cuero y Caicedo en Quito; Hidalgo, en México; este último dió la vida luchando incansablemente por la independencia de su patria. Sería largo enumerar los sacerdotes que enarbolaron en América la bandera de la rebelión, considerando en conciencia que con ello contribuían a la felicidad de sus semejantes.

Dios y Patria siempre han marchado unidos y ese lema encierra en sí, la filosofía de la vida.

No puede realmente amar a Dios, el que estando en situación de aportar sus sacrificios para salvar a la patria la deja marchar al despeñadero; ni tampoco puede amar a la patria el que la aleja de Dios que es Justicia, Amor y Bondad.

Muchos ministros del Señor fueron abanderados de los pueblos y tras ellos marcharon los que estaban dispuestos a luchar; las naciones se hicieron grandes y libres; cada país tuvo su historia; se forjaron los héroes y nació el amor a la patria.

¿Quién que haya sufrido por un ideal, por un objeto, no ama aquello por lo que ha sufrido y dejado a un lado su tranquilidad?

Nunca se defiende lo que no se ama. Sería anormal, ilógico el caso de un individuo que arriesgara hasta su vida por algo que le es indiferente.

Camilo Henríquez amaba a su patria y sabía que su concurso era indispensable en las críticas y decisivas horas en que vivía. ¿Habría sido justo que negara su participación en decidir sus destinos?

Ni siquiera pudo pensarlo; un impulso interior le llevó a precipitar los acontecimientos; no esperó que éstos vinieran a él.

Era en realidad un caso excepcional; cuando el pueblo está revolucionado, comenzamos a vivir los acontecimientos; pero cuando éste oculta sus movimientos; mejor dicho los sofoca en sí, es entonces necesario provocarlos, hacerlos producirse y que en su avance coja a los indecisos o timoratos.

La situación de Chile, estudiada por fray Camilo era esa; muchos tenían en su alma el deseo de ser libres, de arrojar a los españoles de su tierra; a la que si bien es cierto habían hecho su descubrimiento, no es menos cierto que taban a los tibios que deseando ser libres temían a las barplotación y esclavitud. Entre esos valientes se encontraban: Martínez de Rozas, O'Higgins, Los Carreras, Manuel Rodríguez, etc. y estaban de parte del monje, o bien habían estado, pues Martínez de Rozas dormía el sueño eterno desde 1813.

En este grupo de patriotas prominentes, se apoyaba otro grupo que añoraba la libertad y éstos a su vez alenataban a los tibios que deseando ser libres temían a las barbaridades de los españoles. Naturalmente que era para asustar a cualesquiera el hecho de que cuando menos se lo pen-

saban, los que se dirigían a la Catedral a oír su misa, se encontraban con el cadáver de algún distinguido ciudadano patriota pendiente de la horca en la plaza mayor. Había que tener la dosis de patriotismo de los padres de nuestra patria para despreciarlo todo y mirar nada más que el fin que perseguían. Mientras Manuel Rodríguez, astuto y risueño se burlaba de los gobernadores españoles, Camilo Henríquez con su pluma juntaba a todo el pueblo alrededor de una idea, y qué idea, "satánica" como la había calificado el fraile realista Melchor Martínez.

La actitud de fray Camilo causó escándalo en la época entre pacatos, que les parecía no ver en él al sacerdote; pero fuera de la lucha de su incansable pluma, nada más pudieron decir de él sus detractores. La inquisición en Lima, le había castigado por leer libros prohibidos; en una palabra, por rebelde; era innata en su ser la idea de libertad. ¿Habría sido justo, que negara sus convicciones? ¿No se llama hipocresía decir lo que no se siente? Pues bien, Camilo Henríquez no pudo serlo y ese don que el Creador le diera, lo puso al servicio de la causa.

¿Qué papel habría hecho Fray Camilo al alentar a los realistas, si él pensaba lo contrario? ¿Qué se habría pensado de fray Camilo, si hubiese pedido a los patriotas resignación con su suerte; sin poderles alentar con un porvenir mejor, porque no lo sentía y estaba convencido de que no podría ser más halagueño?

Ante todo, no podía ser hipócrita; pensó en voz alta, la "Aurora de Chile", fué su pensamiento, su persona; lo que allí aparecía era lo que deseaba decir y que todo el mundo lo supiera. Desde el primer momento se colocó en un bando: el de los patriotas.

Hasta él no llegarían los realistas, luego no les tendría que aconsejar lo que no sentía. En cuanto a los patriotas, bien sabían el terreno que pisaban.

Fray Camilo sin ofender a Dios, convirtiéndose en la lumbrera de su patria. Su pluma estaba destinada a revolucionar el ambiente y la bondad de su corazón a calmar muchas penas.

Cada individuo tiene un papel que desarrollar a su paso por la vida, el monje de la Buena Muerte, tenía uno y muy importante: dar el primer grito de libertad en un pueblo en que pocos conocían su significado.

Y él cumplió su misión plenamente.

Ahora, venía a recibir su recompensa.

Santiago entero está de fiesta, hasta la más humilde casa luce su bandera y adornos, las campanas de las iglesias han sido echadas a vuelo, Las salvas del cerro Santa Lucía se suceden a cada instante. Todo contribuye al regocijo popular para saludar al gran patriota que vuelve.

Abel Blanco, Corina, doña Agueda y don Jaime, en la plaza frente al palacio están impacientes; un poco más allá, la Mañunga y Catita beben sendos vasos de aloja de culen; la primera se siente sofocada y eso que está en primera fila; la segunda deja la aloja y comienza con un gran vaso de mote con huesillos. Al decir de doña Agueda, Catita fué nada más que a "tomar" y comer en público.

La calesa en que viene fray Camilo apenas logra abrirse paso entre la muchedumbre, su avance es sumamente lento; por fin llega a la plaza; el pueblo aplaude y grita de entusiasmo, el monje se seca los ojos y bate a veces el pañuelo.

Mientras tanto en el palacio el Director Supremo se impacienta.

Fray Camilo ha llegado a las puertas del Palacio de Gobierno; el pueblo lo ha vitoreado todo el camino. Los vivas a él, a Chile y al Director Supremo se suceden a cada instante. En sus ojos humedecidos por la lágrimas brilla la gratitud para ese pueblo libre. El fraile que sabe olvidar los agravios y nunca los beneficios se siente pequeño, ante la grandeza que ve en ese pueblo que le rodea.

Don Bernardo O'Higgins sale a su encuentro y lo estrecha fuertemente en sus brazos.

—Juntos construiremos la patria —le dice el Director.

—Excelencia — respóndele el monje— vos ya habéis construido sus sólidos cimientos y levantado sobre ellos un edificio; el que sea grande o pequeño no depende de vos señor, sino de los ciudadanos que lo elevan.

—Fray Camilo, vuestro fué el primer grito de libertad y el comienzo de la dura batalla; queda todavía mucho que sufrir, especialmente con la incomprensión para llegar a dar solidez a las instituciones que forman la patria.

—Nada importa Excelencia la incomprensión y crítica malévola, cuando se está convencido de la bondad del ideal por el cual se lucha; vos que habéis sido gloria de Chile, ejemplo de valentía y heroísmo, especialmente en Rancagua y Chacabuco, estáis expuesto más que nadie a la crítica, que no es otra cosa que la envidia con otro nombre.

—Lo que se haga por la patria siempre es poco, sobre todo cuando comienza a nacer —exclama don Bernardo.

Los gritos del pueblo llegan donde ambos se encuentran. El Director Supremo coje suavemente de un brazo al monje invitándolo a asomarse a ver la multitud que lo aclama.

Cuando aparecen, el entusiasmo llega al delirio.

O'Higgins saluda moviendo la mano derecha. Fray Camilo sonríe.

—Esto que Ud. ve —dice don Bernardo —son los hombres que Ud. hizo libres....

—Excelencia, yo no les llamaría así, sino los hijos que O'Higgins conquistó con el brillo de su espada: para ser libres y para ser hombres.

La voz de misiá Isabel Riquelme llegaba hasta ellos. Un numeroso grupo de patriotas encabezados por don Manuel de Salas están en el salón esperándoles.

Los dos patriotas se retiran de la vista del pueblo para recibir los parabienes de los voceros de una nación agradecida.

La calle del Peumo está repleta de calesas de las que han descendido elegantes damas y caballeros. Son los invitados de don Jaime Blanco a la tertulia en honor de fray Camilo Henríquez. Doña Agueda Lecaros en su papel de dueña de casa, ya que dos años ha era la esposa de don Jaime, estaba nerviosa, el monje aún no llegaba y la hora avanzaba.

La juventud hacía derroche de lujo y deslumbraba con su belleza.

La llegada de don Bernardo O'Higgins, doña Isabel Riquelme y Rosita Rodríguez, causaron sensación, los invitados se pusieron de pie y los aplaudieron estrepitosamente. Doña Agueda no cabía en sí, y más aún cuando el Director le dice:— Bendigo esta ocasión en que he tenido el placer de conocerla.

El pueblo se había amontonado junto a la puerta de la casa de don Jaime y hacía comentarios a medida que llegaban los invitados.

Por fin hizo su entrada al salón fray Camilo todas las miradas se dirigieron hacia él. Abel fué a su encuentro, dándole un abrazo. El monje hizo lo mismo con Corina y don Jaime, quien presentóle a su esposa; ésta estaba feliz.

Avanzó el monje haciendo reverencias a ambos lados hasta un estrado cubierto con una alfombra y en el cual estaban los invitados de honor.

Don Bernardo O'Higgins, su madre y su hermana lo acogieron con la más cariñosa sonrisa. Una vez que hubo tomado asiento, se dejaron sentir las suaves notas del clavicordio, preparándose las parejas para iniciar un minué. Luego apareció el negro calesero con su vistosa librea de paño lacre, verde y azul, portando una bandeja de plata con pequeñas copas de mistela o asoleado de Huasco y algunos "engaños" preparados especialmente por las monjitas, sirviendo a todos los que estaban "planchando".

Don Bernardo O'Higgins dijo alzando la copa:— ¡Por la dueña de casa la ilustre patriota misiá Agueda Lecaros!

La aludida exclamó:— Excelencia, gracias, pero yo la bebo por vuestra madre que dió a nuestra patria al más grande y noble de sus hijos.

Doña Isabel Riquelme, avanzó hasta la dueña de casa abrazándola con cariño.

Abel levantó su copa diciendo:— Por fray Camilo, el gran patriota, el noble amigo a quien debo la vida.

Las copas se alzaron de nuevo y los que se preparaban para bailar aplaudieron estrepitosamente.

Fray Camilo, emocionado pidió un instante de silencio y manifestó:— Por que Chile tenga siempre hijos

como lo que me rodean, para que sea un país grande y noble.

Una gran ovación coronó sus palabras.

El clavicornio de nuevo se dejaba sentir. El minué se iniciaba ya. Don Bernardo tomó por compañera a Corina y Abel a Rosita O'Higgins, colocándose entre los danzantes.

El espectáculo era hermoso. El salón profusamente iluminado con candelabros de plata de cinco o seis velas cada uno, agradaba a la vista.

Fray Camilo, doña Agueda y don Jaime, simpatizaron de inmediato, —eran otras las circunstancias sin duda alguna.— Cambiaron ideas sobre el futuro de Chile y alabaron sin reserva la entereza y caballerocidad del Director Supremo. Doña Isabel Riquelme que conversaba en ese instante con misía Paula Jara Quemada alcanzó a oír lo que de su hijo se decía y volviéndose hacia ellos les manifestó:— Mi hijo ha considerado que todo se lo debe a la patria, por lo tanto lo que por ella haga siempre será una contribución a sus favores.

La patriota señora estaba emocionada. Tantas cosas que habían vivido en poco tiempo, horas de intensa angustia, de grandes sacrificios, ahora de alegrías y sinceridad.

Las parejas pasan y pasan; el clavicordio no ha callado un instante. La aloja de culen, las mistelas y los dulces de las monjitas han hecho saborear a los invitados que no bailan, esa ha sido la entretención de aquella memorable noche. Fray Camilo ha deleitado a sus oyentes con sus cuentos llenos de chispa y gracia. Doña Agueda en el fondo de su alma encontraba ahora razón a los patriotas que amaban sinceramente al monje.

El minué ha terminado.

El desbando es general en el salón cada uno se dirige al lugar que le parece. Los danzantes reciben felicitaciones. Fray Camilo, se dirige al Director, diciéndole:— Tiene Ud. mucha gracia, Excelencia...

—¡Cuánto siento no poder decir a Ud lo mismo!— exclamó éste.

Los presentes rieron del tono con que el Director había respondido.

Inmediatamente el fraile se pone de pie, diciéndole:—Si su Excelencia tiene deseos de saberlo, yo estoy dispuesto a salir al frente.

—De ninguna manera, fray Camilo: creo que la mayor gracia suya es estar en el sitio en que se encuentra y tan bien acompañado.

—Efectivamente, me siento feliz al lado de tantos patriotas.

Las señoras agradecieron el piropo y doña Agueda además recordó aquel tiempo en que ella le llamaba "jote hereje" y sin quererlo sintió gran pesar.

La charla se prolonga lentamente en medio de inmensa alegría; afuera se oye una voz monótona:—

Ave María Purísima; las doce han dado y sereno.

— XXI —

Fray Camilo se sentía nuevamente en su casa.

Recién de vuelta a Chile en 1822, fundó "El Mercurio de Chile" del cual fué su redactor hasta el 21 de Abril de 1823.

Don Miguel Luis Amunátegui dice al respecto:—"Camilo Henríquez tiene la gloria de haber redactado el primer periódico impreso en Chile. Tiene también la gloria de haber fundado la primera revista".

Anteriormente, en Agosto de 1822, redactó el periódico "Diario de la Convención de Chile"; éste concluyó en Octubre del mismo año.

Pero retrocedamos un poco en nuestra historia y veamos un capítulo de ella en el cual fray Camilo desarrolló un importante papel.

El 7 de Mayo de 1822, el Director Supremo expidió un decreto para reunir una convención preparatoria. El objeto de ésta era determinar la calidad de los electores y de los elegibles para un futuro Congreso, fijando las bases de la representación nacional. La primera reunión se efec-

tuó el 23 de Julio de 1822. Veamos que dice de ella Camilo Henríquez:— “La instalación de la Convención se ha celebrado con iluminaciones, fuegos de artificios, globos areostáticos i cuatro exhibiciones teatrales. Presentaron una vista graciosa las inscripciones luminosas celestes de la primera noche i los cuadros transparentes del Director i de Lord Cochrane en la cuarta”.

Hubo repiques de campanas, salvas de artillería, la ciudad se embanderó y hubo una misa de acción de gracias en la Catedral.

En la noche del 23 se efectuó una función teatral y al comienzo se declamó esta composición de fray Camilo:

Ensalzad de la patria el nombre claro
hijos del Sud; despedazad cadenas;
apareced glorioso en el mundo
por nuestra libertad e independencía.

En triste oscuridad tristes colonos
por tres centurias os miró la tierra,
indignada del bajo sufrimiento
que toleraba aprobios y miserías.

¿Derechos sacrosantos e inmutables
no recibísteis de la naturaleza?
Pues, ¿por qué tan esclavos habéis sido,
viviendo oscuros en la dependencia?

¿Sois hombres, pues ser libres, que los cielos
al hombre hicieron libre sus eternas
e imprescindibles leyes lo prescriben,
y la razón lo dicta y manifiesta.

Y ¿el célebre derecho de conquista?
¿Puede ser un derecho la violencia?
¿Llamar derecho al robo, al exterminio!
Derecho es de ladrones y de fieras.

Si da derecho la conquista, somos
sólo nosotros dueños de estas tierras,
pues todos somos sin haber disputa
de los conquistadores descendencia.

Titulos mas sagrados y mas nobles
tiene la patria porque libre sea.
Poblada de hombres libres gozar debe
toda su libertad e independencia.

¿Hasta cuándo en papeles miserables
se buscan los derechos? La suprema
mano los escribió en los corazones:
esta es la voz de la naturaleza.

En fin; ¡gracias al cielo! Ya la patria
de su sueño y letargo se avergüenza:
Maldice el sufrimiento de tres siglos,
siglos de oscuridad y de cadenas.

Revive el fuego patrio: en nuestros pechos,
la llama de los héroes ya se muestra;
se ama la libertad; se ama la gloria;
el gran nombre y la fama se desean.

En donde en otro, tiempo el yugo indigno
de servidumbre se sirvió por fuerza,
hoy de la libertad republicana
el estandarte tricolor se eleva.

Arde la juventud en marcial fuego;
ardor republicano es quien la alienta;
los nobles gozos de los pueblos libres
la razón preconiza y los celebra.

Este día solemne y sacrosanto;
de una vida más noble no parezca;
se eternice en los fastos; y la fama
se encargue de extenderlo por la tierra.

Estos versos los había compuestos Fray Camilo para la celebración del 18 de Septiembre de 1812.

Puede imaginarse el lector el revuelo que causó en la época y la enorme valentía del fraile, que con ello exponía la vida.

Estos versos fueron colocados en los arcos de triunfo que se levantaron en la plaza principal como celebración del 18. Fray Camilo ha sido considerado como un mal poeta, no siendo yo de esa opinión, dejo al lector que lo juzgue por los que acaba de leer y los que van a continuación:

“MONITOR ARAUCANO”

Número 31.— Jueves, 17 de Junio de 1813.

Santiago, 17 de Junio de 1813.

Este día solemnísimó por la festividad del Corpus se enarboló en la Plaza mayor el estandarte nacional. Acerca de este suceso, son los versos siguientes:

Cuando en medio del pueblo predilecto,
El Dios de los Ejércitos se muestra,
Y nos llena de esfuerzos y alegría
Con su amable y dulcísima presencia;
Cuando en pompa triunfal es conducida
El arca de la alianza y fortaleza;
De libertad el símbolo aparece
El Estandarte tricolor se eleva,

Al mirarlo del Maule en las orillas
Desmayó la pirática caterva,
Tiembra al verlo en Itata; y en San Carlos
Lo miró, y su memoria le tormenta.

Los tres colores son los tres Poderes,
Majestad popular, la Ley, la Fuerza;
Reunión venturosa a cuya vista
El León se postra, se confunde y tiembra.

Ved la señal augusta de Santiago,
Espanto de las huestes sarracenas;
Ved la cruz adorable que en los riesgos
Nos guía, nos sostiene, y nos alienta.

Ella en nube brillante a Constantino
La victoria anunció: por ella seas
Chile feliz en todos tus sucesos;
Envidiable en la paz, terrible en guerra.

"Camilo Henríquez".

El monje de la Buena Muerte fué llamado a formar parte de la Convención nombrándosele Secretario. Allí redactó el Reglamento de la Cámara.

"El 30 de Julio don Bernardo O'Higgins facultó a la Asamblea por un decreto, elegir por sí misma diputados suplentes respecto de los pueblos que no habían podido nombrarlos. La elección se hizo por escrutinio el 3 de Agosto.

"Camilo Henríquez fué elegido por aclamación diputado por Valdivia. Los señores no quisieron que esta elección se hiciese por escrutinio".

"Allí había de luchar por conseguir que se mejorasen los hospitales, hospicios i cárceles esponiendo tanta miseria i lástima que ellos inspiran".

Una vez conseguido ésto comenzó su lucha para obtener una ley de amnistía política la que don Bernardo O'Higgins acogió favorablemente. El 14 de Agosto de 1822, salió la ley que el corazón misericordioso de fray Camilo le solicitara.

“La popularidad del Monje de la Buena Muerte era envidiable”. (1)

La marcha de la República seguía adelante y es así como el 30 de Octubre de 1822 se celebró la última reunión de la convención.

A las 11 de la mañana estaban todos reunidos bajo la presidencia de don Francisco Ruiz Tagle. Se firmó la Constitución. Después llegó el Director Supremo acompañado por Diputados, de los tribunales y corporaciones.

✕ Don Bernardo O'Higgins juró la Constitución ante el presidente de la Cámara y después de esto se levantó la sesión.

El Jefe de Estado fué recibido con aplausos, mientras las campanas llenaban de entusiasmo al pueblo. Las salvas de artillería atronaban el espacio.

Entre los firmantes de esta Constitución está Fray Camilo; posiblemente redactó algunos de sus artículos.

Pero, esta Constitución mereció muchas críticas; no es el caso de analizarla, sino que veamos sus resultados.

El 28 de Enero de 1823, el Director Supremo renunció a su cargo, ante los principales vecinos de Santiago, en el salón del Consulado hoy Tribunales de Justicia). 1944.

Lo reemplazó una Junta compuesta de don Agustín Eyzaguirre, don José Miguel Infante y don Fernando Errázuriz.

Fray Camilo perteneció al Consejo de esta Junta gubernativa interna, como se la denominó. De los trece ciudadanos que fueron nombrados para componer el Con-

1) M. L. Amunátegui.

sejo, se eligió un presidente que fué don Manuel de Salas y un secretario que no podía ser otro que Camilo Henríquez.

La Constitución jurada con tanta pompa el 30 de Octubre de 1822, fué reemplazada por el reglamento orgánico y acta de unión del pueblo de Chile, dictado el 30 de Marzo de 1823 por don Juan Egaña, representante de Santiago, don Manuel Novoa, representante de Concepción y don Manuel Antonio González, de Coquimbo.

La Junta compuesta por Infante, Eyzaguirre y Errázuriz, cedió su puesto al General don Ramón Freire, elegido al día siguiente Director Supremo, por los plenipotenciarios nombrados arriba.

Fray Camilo escribió esta página dando cuenta de los hechos: "Qué nombre daremos al acontecimiento memorable del 28 de Enero?

"Fué un movimiento de libertad ejercido digna i jenerosamente, resistido de un modo valeroso, aceptado, en fin con heroísmo.

"Los hijos de Arauco no se desmienten jamás. No apelaron a bajezas, no maquinaron en las tinieblas, no se acordaron de sorpresas, ni esperaron nada de los delitos.

"Las provincias del Sur y del Norte estaban en independencia i en actitud hostil.

"El pueblo de Santiago se reúne con las autoridades municipales; toma en consideración los riesgos i el decoro de la patria; i se penetra de la necesidad de un nuevo pacto con las provincias, de una nueva administración jeneral, de un nuevo ministerio, i en fin, de una representación nacional, digna de este nombre, que produzca i asegure la libertad civil con instituciones convenientes. El pueblo conoce

toda su fuerza, pero nada quiere por violencia; quiere que su majestad sea reconocida de un modo tan puro, como sus intenciones.

"El Director, esta primera espada de la América, este terror de los enemigos de Arauco, se juzga desairado, pero respeta al pueblo que ha defendido i que le elevó a la suprema autoridad.

"El pueblo i el Director entran al fin en un combate singular, que, en tales circunstancias, solo puede verse en esta raza magnánima i generosa, en un combate de razonamientos. ¿Quién puede describir escena tan nueva i tan interesante? ¿Qué vigor, qué dignidad, qué energía unida a tanta moderación! Los extranjeros que la presenciaron, la han llamado admirable.

"A nosotros nos parece que los chilenos aparecieron este día más grandes que cuando arrollaron i confundieron a sus enemigos.

"La escena cambió de aspecto, i se convirtió en una reunión de hermanos que en comun deliberan i adoptan medidas para la quietud, el bien i el contento de todos. El pueblo elije i el Director proclama la Junta que empieza a ejercer el poder.

"El jeneral O'Higgins restituído a la carrera de su jenio, que le señaló el destino, puede dar todavía a la patria días de gloria.

"La trompa de la guerra resuena a lo lejos, i lo llama a la victoria".

— XXII —

Camilo Henríquez, defendió con todas las fuerzas de su alma a O'Higgins en el Senado y él mismo redactó el documento por el cual se permitía al ex-Director Supremo abandonar el país.

Freire tenía ahora muchos problemas que resolver. Fray Camilo aprovechando su influencia la ponía al servicio de sus semejantes: Leamos:

“Santiago, Junio de 1823.

Excelentísimo Señor:

“Después que el Congreso de Chile anunció al mundo la existencia política de nuestra naciente nación por aquel grande acto de justicia i humanidad en que declaraba libres a cuantos vieron la luz en su territorio (siendo este noble movimiento el primero de su vitalidad), sólo faltaba seguir la marcha de su opinión i de las luces, los sentimientos de un pueblo jeneroso, justo i humano, perfeccionando aquella lei, dando así un grande ejemplo i una sanción solemne a la opinión de toda la tierra i al reconocimiento de

los derechos imprescindibles de todos los individuos de la especie humana.

“La esclavatura, excelentísimo señor, continuaba en el país en fuerza de un permiso arrancado violentamente del rei católico; más, concluido su imperio en Chile, i habiéndose pronunciado aquel príncipe de un modo tan elevado i digno contra la servidumbre al cerrarse el Congreso de Viena, llamando al tráfico de esclavos horrible, inhumana, abominable e inconsistente con los principios evangélicos i los de eterna justicia, ¿Cómo pueden tolerarse por más tiempo las consecuencias de aquel permiso en un pueblo celoso de la libertad i equidad cuyo precio conoce, i entiende el espíritu de su relijión? ¿Ni como podía llamarse propiedad la de los amos, cuando nada puede adquirirse con justicia i usurpación en fuerza de una tolerancia inicua, i cuando, por otra parte, los derechos del hombre no pueden prescribir jamás?

“No era ya posible sufrir por más tiempo los resultados del comercio horrible que ha mantenido en las costas del Africa el robo de hombres i las demás abominaciones que le seguían. ¿Cómo, en medio de un pueblo libre, había de continuar la práctica execrable de vender i comprar a nuestros prójimos, como si fueran bestias, o como se hace con los miserables cautivos entre los mahometanos?

“En virtud de estos principios, el Senado presenta a la sanción de Vuestra Excelencia la siguiente lei de libertad confirmativa i ampliativa de la dictada por el Congreso anterior:

"Artículo 1

"Son libres cuantos han nacido desde el año 1811, i cuantos nazcan en los territorios de la República.

"Artículo 2

"Son libres cuantos pisen el suelo de la República.

"Artículo 3

"Cuantos hasta hoi han sido esclavos, son absolutamente libres desde la sanción de este acuerdo.

"Tengo el placer de ponerlo en noticia de Vuestra Excelencia i saludarlo con el más alto aprecio.

"Manuel Novoa, presidente.

"Doctor Camilo Henríquez, secretario".

El 24 de Julio de 1823 se promulgó esta ley.

Pero vamos a retroceder un poco en nuestra historia:-

El 13 de Marzo de 1823, apareció en el "Mercurio de Chile", un artículo en el que se llamaba apóstoles de la razón a Voltaire, Rousseau etc.

Esto naturalmente causó verdadero revuelo entre los que tenían en mal concepto a los filósofos franceses.

Fray Tadeo Silva, dominicano, se enfureció, y lanzó a la publicidad un folleto titulado "Los Apóstoles del Diablo". Se veía que estaba hecho un "quique". Fué tal el barullo que formó, que fray Camilo hubo de fundar un

periódico a fin de defenderse. Este se llamó "El Nuevo Corresponsal".

—Los autores condenados por la iglesia —vociferaba fray Tadeo— son sus favoritos, luego es un hereje.

Camilo Henríquez no estaba tampoco como una oveja, sino que colocó los puntos sobre las íes.

—Yo no admiro a Voltaire y a Rousseau por sus opiniones teológicas —le decía— sino por los servicios que han prestado a la causa de la libertad y de la civilización. En un hombre puede aceptarse una virtud y rechazarse un defecto, no todo es malo en los individuos; aún en el más perverso suele haber algo bueno.

Fray Tadeo no le entendía así, y su encono llegaba a tal punto que le hacía dudar hasta de la fé del monje de la Buena Muerte. Decidióse entonces a atacarle sin cuartel; para ello fundó "El Observador Eclesiástico".

Desde esas columnas sostenía sus ideas realistas y no cesaba un punto.

Como puede verse, debe haber sido muy entretenido leer ambos periódicos e imponerse como dos sacerdotes talentosos exponían sus puntos de vista.

Pero fray Camilo no dió gran importancia a su contendor, ya que sus miras estaban colocadas sobre un plano más alto y fué así como el nuevo tema que iba a tratar sería motivo de rabias para muchos. Leamos el N° 6 del "Mercurio de Chile". "La libertad de imprenta i la publicidad de las sesiones lejislativas son los dos grandes elementos del sistema constitucional..."

"Una vez abierta la tribuna, esto es, establecida la libre representación nacional, aunque sea bajo una constitución viciosa e insuficiente, las luces del siglo suplirán lo

que falta. La ardiente voz del patriotismo se hará oír: despertará el gusto a las ciencias sociales i a la meditación”.

Cuando algunos se opusieron a que el pueblo concurriera a las sesiones nocturnas, fray Camilo se indignó y tenía justa razón para ello por cuanto consideraba que debía imponerse de los problemas de interés nacional; y todavía más, pidió que se tomaran taquigráficamente las sesiones a fin de que los que no pudieran asistir por uno u otro motivo, se impusieran de ella por la versión tomada.

El fraile extiende su mirada hacia todos lados y donde ve algo de utilidad para la patria, por eso lucha hasta conseguirlo.

Y no se piense que el camino estaba llano, no señores, ni mucho menos; libre de fray Melchor Martínez y otros, se encontraba ahora por segunda vez con Fray Tadeo Silva, quien vociferaba en contra de los libros que según su criterio eran malos. “El 30 de Agosto de 1823 lanzaba una proclama maldiciendo a los autores, a los comerciantes, y a los compradores, a los lectores y a los que guardaban en su poder estos libros infames”. (1)

Por supuesto que Fray Tadeo al vaciar estos anatemas tenía fija en su retina a Camilo Henríquez que tanto le había dado que hacer.

Y estos libros no eran novelas pornográficas como las que con razón se combaten hoy día, sino que de aquellos que contenían ideas contrarias a las de la época y por supuesto a las del anticuado padre Silva.

Fray Camilo esbozaba en sus labios una sonrisa an-

1) M. L. Amunátegui.

te la furia de su contendor, a quien las ideas libertarias transformaban en un enérgumeno. Pero, habían sido tantos los críticones de sus actitudes que ya no les hacía caso y vale la pena recordar que cuando el 19 de Noviembre de 1822, a las 10 y tantos de la noche un fuerte temblor aterrorizó a la ciudad, varios sacerdotes realistas, que aún quedaban, salieron a las calles y plazas gritando a voz en cuello que el "remezón" era la ira del Señor contra Chile. Las beatas y beatos se machucaban por las calles en señal de penitencia y según dicen: "en Renca murió uno de los penitentes de tanto golpearse". Fray Camilo francamente no estaba de acuerdo con el sistema y al día siguiente en "El Mercurio de Chile", explicaba que los temblores eran fenómenos naturales y que no creyeran en tal o cual superchería. Claro está que los predicadores quedaron "como negros" y él triunfante, pero se conquistó con ellos muchas enemistades. Meses más tarde en Abril de 1823 una plaga de erisipela estalló en Santiago, éste habría de ser otro motivo para que se atacara a Fray Camilo por la actitud que iba a asumir. En primer lugar pidió que volviera a actuar de inmediato la Junta de Sanidad fundada por O'Higgins el 30 de Julio de 1822. El Director Supremo don Ramón Freire, expidió un decreto el 27 de Mayo ordenando que funcionara nuevamente. (1)

Camilo Henríquez propuso enseguida que momentáneamente el Convento de la Recolectión Dominica, sirviera de Hospital, por ser amplio y tener mayores aptitudes.

1) M. L. Amunátegui.

Las beatas se estremecieron: el hereje quería concluir con los conventos. Más de alguna lanzó una interjección de la cual después tendría talvéz que acusarse.

Parece que esto no se realizó, al menos que yo sepa, en todo caso el concepto en que los timoratos lo tenían, no sufrió variación.

—¡A quién se le ocurrió traer al país a este apóstata. Al bueno de don Manuel de Salas, no más!— decían las viejas.

Fray Camilo estaba sordo a toda crítica, ahora lo vemos muy contento porque en la sesión del 27 de Junio de 1823, su idea propuesta en la convención preparatoria y que se refería a la supresión de la pena de azotes aplicada por los jueces civiles y la de palos usada en el ejército, por fin era acogida favorablemente.

Y mientras la inquina de sus enemigos llegaba a todos los límites, él mira el bienestar de su patria y ve coronado con el triunfo otro de sus grandes anhelos: La Biblioteca Nacional.

“Santiago, Julio 22 de 1823.

“Con arreglo a lo decretado el 19 del corriente sobre el establecimiento de una Biblioteca Nacional, he acordado i decreto:

“1º La Biblioteca Nacional será por ahora servida por un bibliotecario primero, con la dotación de quinientos pesos; un bibliotecario segundo, con la dotación de cuatrocientos pesos; un portero con la dotación de ciento; distribuyéndose así los mil pesos señalados en el gobierno anterior para la dotación de sirvientes de una biblioteca.

"2º Tendrá la biblioteca un protector, para cuyo destino elijo desde ahora a don Manuel Salas.

"Nombro para bibliotecario primero a don Camilo Henríquez; para bibliotecario segundo, a don José Miguel de la Barra. El bibliotecario primero nombrará el portero.

"4º Señalo dos mil pesos anuales sobre el ramo de vacantes para la compra de libros para el uso de la Biblioteca.

"Este decreto de refrendará por el ministerio de hacienda, insertándose en el Boletín.

"Freire"

"Egaña"

Fray Camilo era un hombre admirable, estaba en todas partes; donde se necesitaba servir a la patria allí encontrábase su humilde persona: es así como en el Congreso de 1823, tuvo dos suplencias: "Sesión de 1º de Septiembre de 1823.

"Se procedió a la elección de diputados por Chiloé; i verificada por escrutinio, resultaron electos el Sr. don José María Rozas, i el presbítero don Isidro Pineda, i para suplentes, don Camilo Henríquez i don Melchor Concha, quedando para la sesión siguiente el nombramiento del otro diputado propietario por haber resultado empate".

La elección aplazada recayó en don Manuel Ortúzar.

El acta de la sesión del 26 dice: "Se leyó un oficio del ministro de gobierno en que avisa haber sido electo di-

putado por Coquimbo el Sr. don José Manuel Barros i por suplente el señor don Camilo Henríquez”.

Los bríos del monje de la Buena Muerte iban disminuyendo; se sentía achacoso; su vida había sido de lucha; de combate; ahora venía a notar que las fuerzas le faltaban. En vista de ésto envió al Congreso este oficio:

“Santiago, diciembre 4 de 1823.

“Señor Secretario del Congreso.

“Señor: El mal estado de mi salud me precisa ya a partir para las aguas de Colina.

“La comisión económica ha espuesto al ministro de hacienda las poderosas razones que tuvo para no suscribir a las ideas de la comisión de hacienda i sus miras sobre el plan jeneral. No le es posible hacer más por ahora.

“El señor secretario tendrá la bondad de esponerlo todo al soberano Congreso. asegurándole mi profundo respeto.

“*Doctor Camilo Henríquez*”

Los chilenos acostumbrados al dinamismo del monje, no se convencían de su enfermedad; pero el mal que lo aquejaba iba haciendo poco a poco efecto en su organismo, sus resultados no se verían sin embargo tan pronto.

Sus 55 años pesaban sobre sus hombros. Vióse en la necesidad de pedir permiso al Congreso para no asistir a sus sesiones.

Santiago, diciembre 9 de 1823.

“En conformidad a lo ordenado tengo la honra de poner en manos de usía el adjunto certificado que instruye de mis enfermedades actuales para que, presentado con mi más profundo respeto a la sala soberana, se sirva espedir su resolución en atención a mi solicitud.

“Ofrezco a usía con este motivo toda mi consideración.

“Doctor Camilo Henríquez”

Certificado:

“El infrascrito profesor de cirugía, medicina etc. a petición de parte, i para los fines que le convengan, certifico que ha más de dos meses he asistido al señor don Camilo Henríquez de una fiebre con síntomas de intermitente o terciana, procedente de un fomes gástrico sostenido por la detonación de todo su sistema gástrico; i teniendo calificadas esperiencias de la virtud tónica i desobtruente de las aguas termales, he tenido a bien ordenárselas, usadas en las mismas fuentes para que, coadyuvando la mejora de atmósfera, sea más conseguible el apetecido fin de su mejoría.

“Es cuanto debo informar en honor de la verdad i sin ofender los deberes de mi profesión.

“Pedro Moreno”

“Santiago, diciembre 9 de 1823.

Partió Fray Camilo en busca de salud, pero su tranquilidad no existía allí; deseaba estar al corriente de todo lo que se hacía por Chile: sin embargo hubo de luchar contra sí y soportar lo más posible en su alejamiento.

El Congreso de 1824 le tenía reservado un puesto de batalla y él no se negaría a servirlo. Es así como el 22 de Noviembre de 1824 se instaló la Asamblea.

La ceremonia era la misma de hoy día.

Fray Camilo recibió dos diputaciones: la de Copiapó y la de Rere. Optó por la primera. En Santiago obtuvo 76 votos para propietario y 4 para suplente.

“Era tal la fama del monje que se extendía a lo largo de toda la República”. (1)

En el Congreso tuvo que luchar de frente con muchos problemas; era un hombre que se le necesitaba en todas partes.

Nadie veía que su salud se iba agotando, y él por servir a la patria no daba importancia a sus achaques; ni siquiera recordaba los sufrimientos en los baños de Colina.

El 12 de Julio de 1824 el general don Francisco Antonio Pinto fué nombrado ministro de gobierno y Relaciones Exteriores. Buscó auxiliares inteligentes llamando a fray Camilo y le dió un empleo de importancia.

Como puede verse la actividad del monje, lejos de disminuir, aumentaba, lo que lógicamente, para él que no era de una contextura muy fuerte y había desplegado ya tantas energías, tenía que ser perjudicial.

1) M. L. Amunátegui.

— XXIII —

Misiá Trinidad Gana, ha amanecido con el carácter mas alterado que de costumbre: fray Camilo está cada día más porfiado.

—De qué sirve cuidarlo —murmura —si no le hace caso a nadie...

Ella rezonga donde el monje pueda oírla.

El disimula lo mejor posible y comprende que si no le contesta algo, el rezongo continuará.

—Misiá Trinidad —le dice— Ud. perora porque no puede dejar de hacerlo; además no necesito tantos cuidados. Vea Ud. hoy he amanecido con fuerzas y entusiasmo. Y tanto es así, que he contestado afirmativamente a este oficio; lea Ud.:

“Santiago, noviembre de 1824.

“A consulta del ministro secretario del departamento de relaciones exteriores, vengo en nombrar por oficial mayor del mismo departamento al presbítero don Ca-

milo Henríquez, de cuya probidad i conocimientos me hallo satisfecho. El nombrado será puesto inmediatamente en posesión de este destino, para lo cual se le comunicará el presente decreto, de que se tomará razón donde correspon-da.

“Freire”

“Francisco Antonio Pinto”

—¡Lo único que faltaba! —exclamó doña Trinidad— Ud. no debe darse más trabajo que el que tiene. Es necesario que desista aunque desee lo contrario; la salud ante todo...

—Muy exacto es lo que Ud. dice— respóndele el fraile— más esa salud a que alude es la de la patria y hay que conservársela. Yo, ya estoy viejo, achacoso; las pocas energías que me quedan quiero también entregárselas; es lo natural. ¿A qué cuidarse a última hora? ¿Por qué negar el esfuerzo final? No vale la pena, mi buena doña Trinidad; no vale la pena... Las cosas no deben hacerse a medias, sino dándose por entero.

—¡Esta bien! — murmuró malhumorada la señora— haga lo que mejor le parezca.

Fray Camilo iba a hacer como siempre su voluntad. Dióse pues todo el trabajo que se le pedía hasta que dos meses después o sea a comienzos de 1825, pensó que doña Trinidad Gana había tenido razón cuando protestaba de su dinamismo.

El ocho de Enero la llamó apresurado desde su lecho.

—Doña Trinidad... doña Trinidad, hágame Ud. la caridad de pasarme ese legajo que está sobre la mesa.

La buena señora puso en manos del monje lo que le pedía, agregando:

—¿Me imagino que no va a levantarse, con la fiebre que tiene?

—De ninguna manera, doña Trinidad; al menos en la mañana —agregó en tono festivo.

—¡Dios me libre!— gritó la aludida — que yo no nací para tratar con porfiados; pero Ud. se equivoca si piensa pasearse por su habitación con ropa, por lo demás la única que tiene; porque ella está muy lejos de aquí.

Efectivamente, la señora, tenía bajo llave las prendas indispensables que habría necesitado colocarse a fin de no atentar a la moral.

Fray Camilo se rió. Esos mimos no los tuvo ni en su infancia.

—Doña Trinidad —le dijo— esta es una tiranía insoportable y me revelo contra ella.

Hizo ademán de salir del lecho.

—¡Dios mío, dame paciencia!— exclamó la señora.

Fray Camilo interiormente se divertía del susto que la había hecho pasar.

—Doña Trinidad, vaya Ud. por el amor de Dios en busca del escribano: deseo que mi testamento esté en forma; búsqieme Ud. misma los testigos. La vida no la tenemos comprada.

La señora sintió en su corazón un gran pesar. Imaginóse tal vez que la muerte estaría en la habitación, al acecho. La verdad era que se acercaba el día en que el monje habría de pagar su tributo como todo mortal.

Es una calurosa mañana, 8 de Enero de 1825. Junto al lecho de fray Camilo están los que han de legalizar su testamento: Pedro José Díaz, Francisco Borja Berenguel, José María Casanova, y Agustín Díaz, escribano del estado y Cabildo.

Los derechos fueron 1 peso 55 centavos.

En la habitación contigua se sintió un sollozo.

Misiá Trinidad Gana tenía el alma llena de amargura. La piadosa dama tomó en sus manos un viejo rosario, elevando su espíritu más allá de los bienes terrenales. Su vida dedicada al servicio de Dios la había completado acompañando al monje de la Buena Muerte en calidad de ama de llaves y compartiendo en silencio sus pobreza y miserias.

Un suave golpe en la puerta de calle la distrajo un instante, secóse apresurada los ojos y se encaminó hacia el corredor. Abel Blanco y su esposa estaban allí.

Los recibió con el cariño de siempre imponiéndoles con todos sus detalles de la enfermedad de fray Camilo.

—Pero, ¿qué dice el médico? — inquirió Corina.

—Lo de siempre: que son cosas de la edad, que él no se cuida y que su trabajo es excesivo; en estas condiciones no hay más que esperar lo que Dios quiera.

Sacó la señora un pañuelo y secóse los ojos.

Abel estaba nervioso.

—¿Podríamos pasar a verle?— interrogó.

—En este instante está legalizando su testamento —respondió la señora.

Salían al corredor el escribano y los testigos. Doña Trinidad se dirigió entonces a la alcoba del enfermo acompañada de los dos viejos amigos de éste.

Al verlos extendió los brazos.

—¡Cuánta alegría, creí que ya me habían olvidado Uds.!— les dice.

—De ninguna manera, fray Camilo, Ud. está siempre presente entre nosotros— respondió Abel.

—Tan gentiles y tan buenos— exclamó el fraile, agregando:— ¿cómo está el niño? ¿Y mi señor don Jaime? ¿Y doña Agueda?

—El niño, muy bien, hoy se los ibamos a traer; porque si no me equivoco Ud. no lo ve desde que lo bautizó y esto es una barbaridad — díjole Corina.

—¡Oh, no, hijita, no es así; hace solamente un mes que no los veía; además Uds. son jóvenes y yo viejo; es lo natural entonces que me traigan aquí sus retoños para bendecírseles y quererlos como lo he hecho con Uds.

Abel estaba silencioso: la salud del consejero de su alma le inquietaba. Al notar su cansancio e imaginárse que la visita larga pudiese causarle daño se pone de pie para irse. Fray Camilo abre desmesuradamente los ojos, parece una súplica.

—¡Ya se van Uds., cuando recién llegan? ¡Cómo les aburre un viejo!

Su tono era tan triste que Abel de inmediato le dijo:— No, no es eso, Ud. parece fatigado y nuestro anhelo es su pronta mejoría; una visita prolongada puede serle perjudicial.

—No hagan caso a este viejo regañón, siempre tiene algo de qué quejarse. Prométanme tan sólo que volverán y si... bueno, si no nos viésemos de nuevo...

—¡Fray Camilo!— interrumpio Abel.

—Un momento, hijo, si nos nos viésemos de nuevo, decía haz tú Abel todo lo que esté de tu parte por hacer grande esta tierra por la que hemos sufrido y amado intensamente; por la que tanto pensó tu madre, mi buena señora doña Candelaria y por la que han dado su sangre tantos patriotas.

Misiá Trinidad se retiró silenciosa a llorar a la habitación contigua.

Corina y Abel guardaron absoluto silencio.

El fraile prosiguió:— Denle un cariño especial al niño y... vuelvan sin tardar...

Ambos se acercaron al lecho del enfermo; él les estrechó las manos diciéndole:— Sean muy unidos y muy felices.

—Hasta mañana, padre— dijeron los jóvenes.

—Adiós hijos — respondiéndoles tristemente el fraile.

Al pisar de nuevo la calle de los Teatinos la joven pareja sentía una intensa pena en el corazón.

El llanto de la buena misió Trinidad lo sentían aún en sus oídos.

Más tarde al estrechar Corina contra su corazón a su pequeño hijo, lamentaba no habérselo llevado al monje que tanto lo quería.

Don Jaime y su esposa quedaron consternados con la noticia de la enfermedad de fray Camilo; ella como si aún sintiera remordimientos de haber sido su enemiga, propuso que se rezara un rosario completo por la mejoría del buen amigo; como si fuera poco, llamó a Catita, muchacha grande ya y le hizo un cariño en la mejilla; recordaba que la negrita fué la primera en conocerlo. Esta no comprendió nunca el motivo de la efusión de su ama.

El día avanzaba.

Fray Camilo en su lecho, se consumía lentamente con la fiebre.

Más allá, tras las gruesas murallas del Convento de las Clarisas, hay murmullos de voces y gemidos.

Sor Rosenda cierra y abre su devocionario sin poder concentrar su pensamiento, por fin se va a postrar junto a la imagen del Redentor e inclina apesadumbrada la cabeza.

Sus labios murmuran una plegaria: No nos quites Señor de nuestro lado a Sor Lucía de Jesús; mas si así lo habéis dispuesto, que se haga Señor vuestra divina voluntad...

Sor Lucía de Jesús, en el mundo Carmencita Martínez, agoniza lentamente en una obscura celda del Convento; a su lado su padre, don Jerónimo, y doña Matilde, su madre, rezan entre sollozos las plegarias del moribundo. Más tarde Corina, besa suavemente la frente de su amiga de la infancia.

La ciencia fué impotente para conocer el mal que la aquejaba y como una flor fué poco a poco inclinando su tallo para no levantarse más, sólo se veían lágrimas en sus ojos y en sus manos albas su largo rosario.

Ahora, dos días ya que sus labios no pronuncian palabra alguna y sólo por el palpitante del corazón se sabe que vive.

Aquella tarde al retirarse los padres de ella y Corina: Sor Lucía quedó en el mismo estado de gravedad.

Una hora después como un gemido sobre la ciudad, doblaban las campanas de las monjas Clarisas, la última lágrima había rodado por las pálidas mejillas de la joven

religiosa. Doña Matilde al oír los fúnebres sonos había caído desmayada. Corina y Abel quedaron pensativos y tristes.

La tarde va llegando al ocaso; tras las montañas se ha ocultado el sol; comienza a teñirse azul el cielo y aparecen a los lejos las primeras estrellas.

— XXIV —

Amanece.

Son los últimos días del verano de 1825.

Misiá Trinidad Gana ha permanecido toda la noche junto al lecho de Fray Camilo. A ratos afirma su rostro sobre las ropas y dormita un instante. Sólo se oye la fatigosa respiración del enfermo.

Un profundo suspiro de la señora y el monje de la Buena Muerte abre los ojos y mira en torno suyo.

El viejo reloj de los Teatinos deja sentir sobre la dormida ciudad sus cinco campanadas.

—Misiá Trinidad —le dice— no olvide que deseo recibir los Santos Sacramentos, en cuanto sea hora; hágame Ud. la caridad...

Siempre el tono humilde con que el buen fraile pedía lo que era para él.

—¡Oh, de ninguna manera, dentro de poco vendrá un padre de San Francisco; duerma Ud. un poquito, para que descanse bien!— respondió la señora.

Al poco rato sentíase de nuevo su quejosa respiración.

Doña Trinidad frente a la vieja cruz de madera de la habitación, llora amargamente.

Eran las siete de la mañana cuando fray Camilo tenía ya en su corazón a Aquel a quien había consagrado su existencia combativa.

Estaba completamente tranquilo.

Abel a cada instante llegaba con don Jaime a verle y acompañarle. El monje les decía:— Cuando un hombre ya no es útil, debe marcharse. Yo como estoy no puedo servir bien a Dios ni tampoco a mi patria. ¡Cuán grande es la sabiduría divina!

La última página de la vida del monje patriota se estaba escribiendo con letras de oro en la historia de un pueblo.

El reloj de San Francisco lentamente marcaba las horas del memorable 16 de Marzo de 1825.

Una brisa fresca penetraba por la entreabierta ventana de la alcoba del fraile.

De las manos de doña Trinidad Gana se escurrían silenciosas una a una las cuentas de su largo rosario.

— XXV —

Las campanas de la iglesia Catedral llevan a la ciudad a intervalos sus tristes tañidos.

Parece un lamento del majestuoso campanario.

La vieja iglesia de San Francisco, hace sentir también su presencia.

Por la calle de los Teatinos avanzan lentamente y con ruido sobre el empedrado varias calesas; en una de ellas va don Ramón Freire y don Francisco Antonio Pinto. Ambos silenciosos, de vez en cuando sus miradas se cruzan sin decirse nada.

El coche se detiene frente a una modesta casa signada con el N° 33.

Descienden.

Al pasar el umbral de ella se siente el suave aroma de las flores.

Un grupo de personas que se retiran detienen el paso al ver al Director Supremo.

El campanario de los Teatinos se unía a los otros comenzando a extender sobre la ciudad el amargo doblar de sus campanas.

La población se alarma. ¿Qué ha sucedido? ¿A qué se debe el triste tañido de las iglesias de Santiago? ¿Por qué el paso apresurado de muchos ciudadanos hacia la calle de los Teatinos?

La calesa del Director Supremo vuelve hacia la Cañada.

—Es una pérdida irreparable para Chile— exclama don Ramón.

—Los más grandes patriotas se nos van — dícele don Francisco Antonio Pinto.

Guardaron de nuevo silencio; sólo el avance del coche sobre el empedrado va marcando el trascurso del tiempo.

Fray Camilo duerme el sueño de la paz; el reparador de tantas fatigas; el merecido descanso para los que han vivido luchando.

Con la mirada y el corazón puesto por primera vez íntegramente en Dios, había recibido esa mañana los consuelos de la Santa Religión Católica.

Dormía amortajado con el viejo hábito de la Buena Muerte.

Junto al lecho mortuario han pasado amigos y enemigos. Era preciso que cerrara para siempre sus ojos, para que realistas y patriotas comprendieran que habían perdido un tesoro. Fray Camilo no luchó solamente para un bando; sino para Chile, dando solidez a sus instituciones, cooperando a la dictación de buenas leyes, abogando por la supresión de otras, dándonos el primer periódico y la primera revista y siendo el primero también en clamar públicamente por nuestra independencia. Así levantó los cimientos de este Chile ingrato al cual soñó libre y soberano y a

quien entregó todas sus energías, por quien sufrió las calumnias y el odio tenáz de sus enemigos y el cual en el transcurso del tiempo sólo ha ido borrando su memoria en vez de agigantarla mostrándola como ejemplo a los hijos de esta tierra.

El Congreso acordó honores fúnebres.

Los diputados llevaron luto durante tres días.

El Gobierno se asoció al duelo nacional.

“Ministerio de la Guerra.

“El Supremo Director ha dispuesto que se hagan al finado presbítero don Camilo Henríquez, los mismos honores fúnebres que se hicieron al prebendado don Joaquín Larraín.

“En su virtud, se servirá usía disponer que se haga en el día de mañana una salva en el fuerte del Santa Lucía durante las exequias, con los intervalos que se practicó en las del citado prebendado. De suprema orden lo comunico a usía para su cumplimiento.

“Dios guarde a usía muchos años.

“Santiago, Marzo 16 de 1825.

“*Bartolomé Mujica*, prosecretario.

“Señor Comandante Jeneral de las armas mariscal de campo don Luis de la Cruz”.

Las sombras de la noche se ciernen sobre la ciudad.
La calle de los Teatinos aparece triste y solitaria.

Uno que otro farol con su vela de sebo rompe debilmente la obscuridad.

Suave brisa extiende su invisible manto.

De pronto se escucha en el silencio una voz monótona:

—Ave María Purísima, las nueve han dado y sereno...

OBRAS CONSULTADAS

“Aurora de Chile” del 1 al 46 Tomo I y del 1 al 13 T. II

Facilitadas por el Comandante Sr. Pedro Pablo Barrientos, Jefe del Archivo Histórico del Estado Mayor del Ejército de Chile.

Amunátegui, Miguel Luis
Barros Arana, Diego
Bustos Pérez, Vicente
Díaz Meza, Aurelio
Lavissee, Ernesto
Martínez, Melchor
“Monitor Araucano”

Camilo Henríquez
Historia de Chile
Historia de Chile
Patria nueva.
Historia General de Francia
Memorias Históricas
“Semanario Republicano”

INDICE

Introducción	3
Capítulo I Sus primeros años	9
II Situación de España en 1808.	20
III Bando de Posesión del Conde de la Conquista.	27
IV Una familia patriota.	33
V Año 1811.	41
VI El Primer Congreso Nacional.	57
VII Después del 1º de Abril de 1811.	63
VIII La "Aurora de Chile".	69
IX El Catecismo de los Patriotas.	84
X El "Monitor Araucano".	94
- XI Una familia patriota.	115
XII Llegada de Osorio.	125
XIII Fray Camilo se recibe de médico en Buenos Aires.	127
- XIV Un patriota.	132
XV Batalla de Maipú.	138
XVI Fray Camilo en Buenos Aires.	140
- XVII Entre patriotas.	142
XVIII Don Manuel de Salas y don Bernardo O'Higgins.	144
XIX Regreso de Fray Camilo.	150
- XX Tertulia en Santiago.	157
XXI Funda El Mercurio de Chile.	161
XXII Ley sobre la esclavitud.	170
XXIII Enfermedad.	181
XXIV Sus amigos.	189
XXV Muerte del Monje.	191
- XXVI Soledad.	194